

José Villanueva Zamora

Almería

Costa del Narcotráfico



ciencias sociales
Instituto de Estudios Almerienses

ALMERÍA,
COSTA DEL NARCOTRÁFICO

José Villanueva Zamora

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES
Colección Ciencias Sociales. Nº 26

Almería, Costa del Narcotráfico

- © Texto: José Villanueva Zamora
- © Imágenes: José Tesoro Amate y Cuerpo Nacional de Policía
- © Imagen de cubierta: José Tesoro Amate
Revisión: Antonia Sánchez Villanueva
- © Edición: Instituto de Estudios Almerienses
www.iealmerienses.es

ISBN: 978-84-8108-585-3

Dep. Legal: AL-1188-2014

Primera edición: Noviembre 2014

Diseño de cubierta y maquetación: Servicio Técnico del IEA. Susana G. Almenzar

Imprime: Escobar Impresores, S.L.

Impreso en España

PRÓLOGO

Rastrear los 226 kilómetros de la costa de Almería metro a metro, palmo a palmo, durante más de una década. De Pulpí a Adra, no había playa, acantilado o duna que no conociesen, que no hubiesen inspeccionado, vericuetos que no les hubiese servido de escondrijo para la observación. Pasaron largas noches apostados a la intemperie, hiciera frío o calor, sin moverse, casi sin hablar, con las estrellas como testigos, el silencio como compañero y sus propios pensamientos como consuelo. Madrugadas en vela que no siempre se vieron recompensadas con el éxito inmediato pero que, a la postre, consiguieron su objetivo gracias a altas dosis de empeño, mucha profesionalidad, una excepcional capacidad colectiva de análisis y, por encima de todo, una lealtad inquebrantable entre todos ellos.

El Grupo de Estupeficientes del Cuerpo Nacional de Policía que nació en Almería a principios de la década de los 80 marcó una época y definió un estilo propio en la lucha contra el narcotráfico. Tanto, que terminó por convertirse en un referente para otros muchos, y la fama de sus logros se extendió por España e incluso por otros países europeos, algunas de cuyas policías recurrieron a ellos para conseguir desarticular peligrosas organizaciones criminales internacionales de tráfico de drogas.

Eran media docena de hombres, de curtidos policías, entre los treinta y los cuarenta. Cada uno procedía de una unidad diferente. Cada uno llegaba con su propia mochila de experiencias. El destino quiso reunirlos un buen día en un equipo de nueva creación, un experimento en realidad para el que no contaban con ningún manual previo, ningún antecedente que pudiera servirles de ejemplo, ningún maestro avezado que les guiara. Pero recibieron una instrucción clara, sin ambigüedad: Almería se había convertido ya por entonces en una costa 'caliente' en el tráfico de estupeficientes, una de las preferidas por los grupos organizados

para introducir hachís por su cercanía con el Norte de Africa y por su condición de litoral con muchos kilómetros de playas vírgenes, poco pobladas y escasamente vigiladas. Había que frenar aquella imparable entrada de alijos de droga y terminar con la condición de *paraíso* para el narcotráfico en que se había convertido la costa almeriense.

En unos años en los que apenas empezaban a introducirse los ordenadores como instrumento cotidiano de trabajo y almacenamiento de información; en que los teléfonos móviles eran aún aparatos de coste prohibitivo y gran envergadura; en que los GPS todavía sonaban a instrumentos de película americana; en que las telecomunicaciones se reducían a transmisores con más fallos que aciertos, la labor de detección, información, seguimiento y localización se hacía infinitamente más compleja de lo que hoy, tan solo dos décadas después, somos capaces de recordar.

La ausencia de las facilidades que hoy nos ofrece la tecnología se suplía con recursos personales, antes que materiales. Y ahí, nuestros protagonistas demostraron una capacidad inigualable para poner en juego sus aptitudes y habilidades al servicio del objetivo para el que fueron reclutados.

Un simple detalle, como la forma de la cenefa decorativa de una fachada; un apodo cogido al vuelo, como el de *El valenciano*; una observación casual, como la de un bidón vacío de gasolina; una rutina, como la de comprobar el tipo de combinado que alguien bebía en un bar, fueron datos que, bien hilados y encajados, sirvieron para desarticular poderosas bandas que llevaban tiempo introduciendo importantes alijos por la costa de Almería. Y, en la mayoría de las ocasiones, sin necesidad de disparar ni un solo tiro.

A veces se pasaron años de seguimiento estrecho y búsqueda de información antes de dar el golpe definitivo a algunas de ellas. En ocasiones, narcotraficantes y policías se conocían tan bien los unos a los otros, que sabían mutuamente sus movimientos. La paciencia, el no cejar nunca en el empeño, fueron grandes aliados del grupo. A la postre, fueron muchos los logros, lo que les hizo convertirse en un referente entre los especialistas en lucha contra

Prólogo

el tráfico de drogas en España. La prensa local de aquellos años dio cumplida cuenta de todos aquellos éxitos, con grandes titulares que contribuyeron a alimentar la leyenda.

Los tiempos han cambiado. Los métodos en la desarticulación de redes de narcotraficantes, mucho más, sobre todo por la irrupción de tecnologías que utilizan tanto unos como otros. Pero en la memoria de quienes conocieron la actividad de aquel Grupo de Estupefacientes de Almería perdura el sentimiento y la convicción de que constituyeron un equipo único, irrepetible, y que, pese a todo, sus planteamientos y forma de abordar el trabajo tienen aún mucho de vigente.

Antonia Sánchez Villanueva
Periodista. Subdirectora de *La Voz de Almería*

A los que fueron y ya no están

A Maria Luisa, Mari Carmen, Juanita, María, Pepita, Maria José, Isabel, Chari, Popola, Otilia, Juani, Rosa, mujeres que supieron aceptar y comprender los avatares de la profesión de sus maridos, los insólitos horarios, las inesperadas llamadas que los llevaban de improviso de uno a otro extremo de la provincia.

ÍNDICE

Prólogo	5
Introducción	13
I. Playa La Juana. En el límite.	17
II. La Alcazaba. Noche de fin de año.	23
III. De la Alcazaba al Paseo de los Tristes. La operación más breve.	29
IV. Playa La Habana o Albufera. Gran despliegue de medios.	33
V. La Milla y Playa de Berja o Balanegra.	39
VI. Playa de Balerma.	41
VII. Guardias Viejas. Playa Los Baños.	49
VIII. Guardias Viejas. Primera gran operación.	55
IX. De la Urbanización de Roquetas de Mar hasta las costas de Mazarrón. Playa Percheles.	63
X. Playa de Los Baños o Salinas de San Rafael. La Boca (primera grabación de un desembarco).	69
XI. Playa Las Palmerillas. <i>El Torero</i> .	75
XII. De Tabernas a Playa de Las Palmerillas.	81
XIII. El Cañarete.	87
XIV. Almería. Playa de la Universidad.	95
XV. Playa del Perdigal o del Alquíán.	103
XVI. Cala Carbón.	109
XVII. De Villaricos al Parque Natural Cabo de Gata-Níjar. Cala Bergantín y La Polacra.	115
XVIII. Carboneras: Playa El Algarrobico y Playa Los Muertos.	121

XIX. Mojácar. Playa Macenas.	129
XX. De San Juan de los Terreros a Almerimar con parada final en la estación de Renfe de Almería.	137
XXI. San Juan de los Terreros. Los Dátiles.	143
XXII. De las playas a mar abierto (del menor al mayor traficante).	153

INTRODUCCIÓN

El recuerdo es como la sal: en la cantidad adecuada le da sabor a la comida; pero si se exagera, estropea el alimento. Quien vive demasiado en el pasado, gasta su presente en recordar” (Paulo Coelho).

Es justo lo que nos hemos propuesto con estos relatos. Por una parte, recordar momentos, casualidades, anécdotas, que dieron sentido y sabor a un trabajo a orilla del mar, a lo largo de toda la costa almeriense, desde La Rabita hasta San Juan de los Terreros, tantos kilómetros recorridos palmo a palmo, durante más de una década, y por otra, mostrar la cara menos conocida de unos policías que se divertían y disfrutaban con un trabajo que exigía mucho sacrificio y honestidad y cuya mayor recompensa siempre ha sido la satisfacción por el trabajo bien hecho.

Aquellos policías constituían un grupo operativo que trabajaba con escasez de medios humanos, técnicos y materiales y se veía limitado por procesos burocráticos lentos y desfasados trámites normativos. A su favor jugaban una notable capacidad de improvisación, abundante y actualizada información, junto a una contrastada capacidad y profesionalidad de sus componentes, además de una disponibilidad absoluta y el apoyo de organismos e institucionales nacionales e internacionales a la hora de desarrollar su labor.

Es justo destacar su enorme profesionalidad (sabían, querían y podían hacer muy bien su trabajo) y su notable instinto (daban sentido a situaciones, hechos, señales o signos que observaban con sobrada facilidad). Siguieron a rajatabla una máxima: defender y practicar el respeto, la lealtad y la confianza entre sus componentes. La suma de estos tres pilares dio lugar, más allá de los reconocidos éxitos profesionales, a la amistad que aún hoy perdura entre ellos

Lo que se relata en este libro persigue varias finalidades, pero sobre todo busca reseñar la metodología y procedimientos

policiales en la lucha contra el tráfico de hachís en el periodo que va desde los años ochenta a mediados de los noventa, y que protagonizaron un grupo de policías para los que el trabajo era sobre todo, ilusión, constancia y labor de equipo. Quizá una de las claves de los éxitos estuvo en saber aceptar los fallos, superar los errores y compartir en la misma medida los aciertos, que resultaron ser más y mejores de lo que muchos predijeron.

Para comprender el sentido de este libro es necesario tener presente el contexto en el que se desarrolló el trabajo de este grupo policial. El tráfico de hachís de aquellos años presentaba unas características muy distintas a las de hoy. En aquella época el transporte desde las costas de Marruecos hasta las de Almería se hacía en lancha rápida equipada con varios motores, tripulada por marineros que, con una brújula y ayudándose de los faros de la costa y de un guía, desembarcaban los fardos de hachís.

Dicho así no parece que existan muchas diferencias en cuanto al transporte de como se realiza en la actualidad, pero las hay y se resumen en la ausencia entonces de la sofisticada tecnología de hoy en día. Un ejemplo: en aquellos años no se disponía de GPS (tan habitual en la actualidad), al menos en los primeros tiempos.

El hombre guía, también llamado *paterista* era español y residente en alguna población de la provincia, principalmente en el Poniente. Era el responsable del almacenamiento, y el que, junto al responsable de la droga en Marruecos, elegía con antelación el lugar de desembarco en las costas almerienses. El marroquí, responsable del cargamento, buscaba el transporte a Centroeuropa.

Otra diferencia sustancial es que no se utilizaba entonces la tecnología en telecomunicaciones que hoy está a la orden del día, y de la que las organizaciones dedicadas al narcotráfico poseen los últimos avances. Sin la tecnología de vanguardia que hoy conocemos, los procedimientos que se utilizaban para poder descubrir los lugares de alijo y abortar los desembarcos en la costa estaban basados en tres clásicos de la acción detectivesca: **observación, análisis de datos y deducción**. Era así, controlando los traslados de Melilla a Almería de los responsables de la droga

y sus contactos en Almería y en su provincia, como llegaban a saber el lugar elegido, y, en el sentido inverso, conociendo los traslados de Almería a Melilla de los responsables de guiar la lancha rápida, así como el estado del mar y de la fecha que aquellos abandonaban el hotel en Melilla en donde se alojaban, podían predecir con bastante seguridad el día del desembarco.

Esa fecha del desembarco no era inamovible, pues en la costa marroquí también tenían que cubrir algunas exigencias, por lo que desde que el hombre-guía abandonaba el hotel en Melilla había que vigilar el lugar designado, camuflados, para evitar ser detectados por los responsables de transportar el cargamento desde la costa hasta el lugar de almacenamiento. Los fallos en el viaje ocasionados por múltiples razones, tales como empeoramiento del estado del mar o imprevistos en la costas de Marruecos, facilitaban el conocimiento de los integrantes de las organizaciones, pues así llegamos a saber con bastante precisión los vehículos que utilizarían, quiénes formaban la organización y, por consiguiente, muchas de las circunstancias que les acompañaban, como propiedades o posibles lugares de almacenamiento. Y si llegaron a conocer bien a los integrantes de las organizaciones de narcotraficantes, también ocurrió al revés, lo que en muchas ocasiones acabó convirtiendo las operaciones en un juego del gato y el ratón.

Este libro refiere, en definitiva, las anécdotas que salpicaron las distintas intervenciones contra el tráfico de hachís en la década de los 80 y 90, aquellas que nunca se contaron y que muchos ni siquiera pueden imaginar, en un recorrido por los distintos lugares de desembarco de alijos de la costa almeriense. Una tarea que se basó en cuatro pilares: analizar, explicar, predecir y actuar. Los lugares de desembarco a lo largo de toda la costa de Almería, desde Adra a Pulpí, fueron numerosos. Los distintos relatos no respetan estrictamente el orden cronológico de las operaciones, y tampoco detallan datos como las cantidades exactas de droga intervenida en cada momento o el número concreto de detenidos, algo que, por otra parte, no es el objetivo de esta narración.



I. PLAYA LA JUANA. EN EL LÍMITE.

Las noticias que recibíamos procedentes de Marruecos solamente nos indicaban que en días posteriores a la festividad de los Reyes Magos se efectuaría un “desembarco de hachís por el Poniente almeriense”, pero sin especificar lugar concreto, ni quiénes eran los receptadores de la misma.

Esta noticia tan breve y tan imprecisa puso en marcha inmediatamente el correspondiente análisis para saber los grupos de traficantes que operaban por aquella zona y establecer el correspondiente operativo policial. Cada grupo de esta naturaleza, como cualquier otra organización, tiene sus fortalezas y sus debilidades, sus amenazas y sus oportunidades. Conocerlas es lo que pone en marcha una serie de dispositivos para impedir sus actividades. Lo contrario son misiones aleatorias que normalmente conducen al desconcierto, son *palos de ciego*.

No eran pocas las personas que integraban aquellos grupos de narcotraficantes, a veces prestando trabajos para unos y otras veces para otros. Se trataba también generalmente de individuos bastantes conocidos en sus lugares de residencia, generalmente pequeñas poblaciones del Poniente almeriense. Se conocían sus aficiones, sus lugares de esparcimiento, sus amistades. Se podía predecir, con baja probabilidad de error, dónde se encontrarían en cada momento de cada día, un conocimiento fruto de las múltiples vigilancias a las que eran sometidos. Vigilar no quiere decir intentar saber algo preciso. Todo, incluso lo irrelevante, puede ser útil algún día. Lo importante es saber lo que los demás no saben que sabes.

Conociendo el procedimiento y sabiendo que una persona de la confianza de los receptores del cargamento y conocedor del lugar de destino debía viajar con la tripulación desde las costas de Marruecos hasta las de Almería, se comienza a controlar los pasajes en avión y en barco para detectar si alguno de los conocidos

integrantes de aquellos grupos iba a realizar la travesía desde Marruecos a las costas almerienses.

En la medida en que se posea información sobre los integrantes de las organizaciones, así será de eficaz esta medida de control de pasajes, que también, en ocasiones, había que trasladar a la ciudad de Málaga.

Tan importante como esa información era conocer las predicciones meteorológicas, que permitan la navegación en embarcaciones rápidas, y la fase lunar, ya que la oscuridad permite alijar con mayor seguridad.

Así es como se supo el 11 de enero de 1988, que el *paterista* viajó desde Almería a Melilla en avión. Era el primero en la lista de vuelo. No se alojó en hotel alguno y pasó la frontera de Melilla a Marruecos. La fase de la luna ofrecía oscuridad suficiente para facilitar el desembarco y el estado del mar también permitía la navegación.

La noche del 11 al 12 de enero llovió abundantemente y se vigilaron distintos accesos a las playas en las que era probable que se pudiera desembarcar la droga, pero no se vio coche o personas que estuviesen sometidos a control. Sin embargo, a veces lo que no se ve puede ser tan significativo como lo que se observa, y esto nos indicaba que en esa noche algo había fallado:

¿Podría ser que no los hubiésemos detectado, o son los traficantes los que podrían haber descubierto nuestra presencia?

¿Podría haberse pospuesto el viaje por alguna razón no conocida? Si así era, eso implicaría seguir controlando la misma zona durante las noches sucesivas.

También podría haber sucedido que hubiesen regresado a origen, es decir a Marruecos, sin desembarcar, o hacerlo en otro lugar, por razones de seguridad decididas a última hora, por equivocación o conveniencia. Estas y otras muchas posibilidades eran las que había que clarificar.

Días después se supo que la madrugada del 11 al 12 el *paterista* que por la mañana había viajado a Melilla desde Almería había sido identificado por una patrulla de Adra, en torno a las cinco de la mañana, cuando caminaba solo cerca de Guainos Bajos en

dirección a Málaga. De esa manera supimos que aquella persona había regresado y no lo había hecho a través del ferry Melilla-Almería, ni por avión. Cabía la opción de que hubiese viajado en una embarcación junto con el cargamento.

Y en ese caso, ¿dónde había desembarcado? ¿Por qué caminaba solo? ¿Por qué en dirección a Málaga y no hacia Almería? ¿Habría equivocado el lugar de desembarco? ¿Por qué no se pudieron comunicar con los colaboradores que le esperan en tierra?

Muchas preguntas por responder y una sola certeza: el desembarco se había tenido que realizar en un lugar no acordado por la organización, y que solo él conocía. Necesariamente el hachís desembarcado tenía que ser transportado del escondite al almacén, en un lugar seguro.

La vigilancia sobre aquellos individuos continuó durante los días siguientes. Llegaron a detectarse diversas reuniones en lugares distintos, más o menos próximos a la localidad de Adra, lo que confirmaba nuestras conjeturas, es decir, que tenían algún tipo de problema y que posiblemente se trataba de recuperar la droga desembarcada, pues de lo contrario no procedía realizar tantos encuentros con los riesgos de ser vistos y consiguientemente relacionarlos.

Aquellos seguimientos nos llevaron hasta Motril. También se detectó que uno de los marroquíes responsables de la droga, asustado, se había trasladado hasta Málaga para regresar al día siguiente y otro responsable había viajado hasta Barcelona.

A mediados del mes de enero, como consecuencia de las dificultades que, al parecer, la organización tenía para trasladar la droga desde el lugar de alijo al lugar de almacenamiento, tuvieron que ofrecer ese “trabajo” a diversas personas, algunas ajenas a aquella organización. Esta circunstancia facilitó que pudiéramos conocer otro dato importante sobre aquel entramado: no solo confirmar que el desembarco se había producido sino que el alijo se encontraba a “unos 25 kilómetros”.

Pero este último dato no desvelaba el lugar que tratábamos de conocer, sino solo la distancia entre dos puntos que ignorábamos cuáles eran: ¿Cuál era el punto de origen y cuál el de destino?

¿Tratarían de aproximarse al lugar para conocerlo mejor y disponer los medios y recuperar la droga? Si así fuese ¿quiénes irían a verlo?

La noche del 16 al 17 de enero, como en los días anteriores, se realizaron seguimientos a la mayor parte de aquel grupo, habiéndose convenido que desde el momento de iniciar cualquier recorrido tras los sospechosos se pusieran los cuentakilómetros parciales de los coches policiales a cero y así medir el lugar que dista 25 kilómetros desde el que se comienza.

Este acuerdo solo lo cumplió uno de los policías, el resto no lo consideró necesario o bien lo olvidó. Fue en el momento en el que un miembro de aquella organización en Almería, junto con otro de la organización en Marruecos, comenzó a circular por la carretera N-340 dirección Málaga en el coche propiedad del almeriense.

Este coche circulaba entre dos coches policiales que, con fuertes medidas de seguridad, lo controlaban. Al llegar al límite de la provincia de Granada con la de Almería, justo donde está colocado el cartel de señalización de "Provincia de Granada", el vehículo paró y se aparcó en un carril allí existente.

Este hecho fue interpretado por el coche policial que circulaba detrás como una medida de seguridad por parte de los traficantes, o bien como una señal de que habían sido detectados y, por lo tanto, suspendieron el seguimiento. Esta decisión la trasladaron al coche policial que circulaba delante, el que abría la caravana, pero si bien fue recibido su mensaje, este último no podía comunicar con el otro interlocutor, debido a deficiencias de los equipos portátiles que en aquella época utilizaban.

El policía que conducía el coche camuflado que circulaba en primer lugar trataba de decirle a los que circulaban detrás que el punto de destino que buscaban, el que distaba 25 kilómetros desde que comenzaron a circular, era precisamente aquel en el que se habían parado, pero le resultó imposible comunicar este dato clave en la operación. Como no recibían sus mensajes y había quedado muy claro que se retiraban, ya solo restaba esperar unos momentos más para decirles a todos sus compañeros su satisfacción, que también sería la de los demás, es decir, que el lugar de desembarco

estaría en la playa existente en el mismo lugar en donde se habían aparcado y por lo tanto, que no temieran otras consecuencias.

Tras abandonar el seguimiento, unos por creer que habían sido detectados y el otro por creer que había sido descubierto el lugar de alijo, no tenía sentido continuar con la observación. Los equipos regresaron a Almería y en el trayecto, cuando de nuevo pudieron comunicarse, se oía a algunos muy decepcionados al creer que habían sido descubiertos. Una pregunta les hizo abrir los ojos: ¿Pusisteis el contador parcial del coche a cero cuando iniciasteis la marcha? Tras un silencio contestaron que no. La respuesta no se hizo esperar: “Está lloviendo; vámonos a casa y mañana a primera hora a buscar la droga en aquel lugar”. Era, desde luego, una hipótesis que había que comprobar.

En la mañana del 17 se registraron intensas lluvias y fuertes vientos: a primera hora de la mañana fue hallado el alijo, oculto en dos oquedades al filo del agua, en el paraje conocido como Playa La Juana, desde donde, con la ayuda de embarcaciones, pudo ser recuperado.

¿Cómo y por qué había ido a parar allí la droga? La embarcación procedente de Marruecos que la transportaba en aquellos días de mediados de enero equivocó su rumbo. El lugar donde debían descargar la mercancía era el conocido como La Milla, situado entre Balanegra y las Lagunas de Adra, pero varió el rumbo y se dirigió cerca del Cabo Sacratif, situado en Torre del Mar, población próxima a Motril.

Los tripulantes, al percatarse del error, comenzaron a costear navegando hacia Adra, pero el combustible que llevaban era el justo para cubrir la ida y vuelta (una práctica habitual para no restar capacidad para la droga), por lo tanto no pudieron hacer muchas más millas de las previstas y, como quiera que tenía que regresar a Marruecos esa misma noche, decidieron desembarcar en algún lugar seguro, esconder la droga y tratar de recuperarla más tarde. El lugar en el que lo hicieron era un punto en el límite de la provincia de Almería con la de Granada, en un paraje montañoso que separa la playa de la carretera nacional 340, conocido como Playa La Juana.



II. LA ALCAZABA. NOCHE DE FIN DE AÑO.

La Alcazaba es un lugar situado entre Adra y Guainos. Un pequeño grupo de viviendas deshabitadas, situadas en una colina, que constituyen un verdadero observatorio sobre el mar y sobre la playa al pie de la montaña. Para llegar hasta los invernaderos situados a pie de playa hay que desviarse de la carretera nacional 340 justo al rebasar el puente, en dirección a Málaga. Transitando por una vereda, que puede ser divisada desde la carretera nacional 340, se llega a la playa existente debajo del puente también conocido como el puente de la Alcazaba.

Aquel lugar era uno de los elegidos por diversos grupos de traficantes para recibir la droga. Sin embargo, desde el punto de vista policial, no ofrecía la seguridad necesaria, lo que parece una contradicción, que ha jugado a favor de la policía, pues han sido diversas las intervenciones que allí se han efectuado. La inseguridad a la que nos referimos está definida fundamentalmente por la visibilidad que ofrece desde la carretera para cualquier coche que circule en dirección a la playa. Por lo tanto, el momento del desembarco se asegura muy bien, no así el traslado de la droga desde la playa hasta la carretera N-340, al divisarse desde cualquier lugar próximo el ineludible recorrido que tiene que efectuar hasta llegar a la misma.

Por el contrario, la seguridad que aquel lugar podría ofrecer a los contrabandistas estaba basada en el control que desde la playa se puede ejercer sobre cualquier persona o vehículo que allí se dirija. Si era necesario, se posponía el traslado de la droga desde la playa al lugar de almacenamiento para realizarlo incluso en horas diurnas y de trabajo, durante las que resultaría menos sospechoso circular por aquella vereda.

Dos operaciones desarrolladas a finales de la década de los años 90 ilustran perfectamente lo que acabamos de explicar.

Día 31 de diciembre de 1989, en torno a las nueve de la noche. Las familias se preparaban para celebrar la Nochevieja.

Quienes transitaban por la calle lo hacían con bolsas o preparativos para la cena, camino de la casa de familiares o amigos con los que iban a celebrar la salida del año y dar la bienvenida al nuevo

Los integrantes del grupo de policía no estábamos al margen de aquella jornada festiva. Todos nos encontrábamos de descanso, con las familias, a punto de iniciar la cena de fin de año. Todos a excepción de uno, el encargado de estar atento a las incidencias.

Sonó el teléfono en casa, al oírlo e ir a responder el único pensamiento era adivinar quién podía ser el comunicante y la razón de una llamada tan intempestiva. Tal vez la llamada era para felicitar el nuevo año, antes de que las líneas telefónicas se colapsaran.

– Dígame

– Esta noche tenemos trabajo –dijo el comunicante–. Lo quieren hacer por la Alcazaba y muy pronto.

– Recógeme cuanto antes y mientras yo llamo al resto –fue la respuesta escueta–.

Antes de salir, una mirada a la mujer y a los hijos, sin necesidad de dar más explicaciones., La respuesta estaba pintada en sus rostros en forma de gesto de decepción pero de sus bocas apenas salió una leve queja y, sobre todo, un consejo: “vaya noche para trabajar, tened cuidado”.

Una escena similar se debió repetir en todos los hogares. Todos los policías fueron localizados cuando estaban a punto de sentarse a la mesa navideña. Todos acudieron con prontitud y diligencia. La cita era en Adra. Como era de prever, ninguno pidió explicaciones. Dos máximas guiaban sus vidas: responsabilidad y sentido del deber.

Alrededor de las once horas todos estaban ya reunidos en el Paseo de Adra, junto a una gasolinera. Frente a ellos, aparcada en la carretera nacional, una furgoneta blanca con franjas azules, matrícula de Almería, y, en su interior, el sujeto que constituía el objetivo de esa noche.

Se decidió vigilarlo y no situarse en la montaña del paraje La Alcazaba, entre la carretera y la playa, por temor a ser detectados.

De cualquier forma, parecía que aquella furgoneta sería la que transportaría la mercancía, que estaba previsto se desembarcara aquella noche. También era previsible que alguien de la confianza de aquel sujeto que constituía nuestro objetivo –como tal mencionábamos en nuestras comunicaciones- estuviera escondido entre los invernaderos junto a la playa en el lugar elegido para el desembarco, en un punto desde donde cualquier ruido sería detectado. Por consiguiente, no podíamos acercarnos al lugar previsto.

Muy pronto llegaron los ruidos de las campanadas tras las uvas, el alboroto de la gente, los cohetes y las alegrías para festejar el nuevo año. Desde nuestros puestos brindamos con agua y comimos bocadillos.

Pasaban las horas. Ni la furgoneta se movía, ni tampoco la persona que estaba en su interior.

Este sujeto se distinguía por *trabajar* solo o acompañado de otro, al que convencía en el último momento para que realizara las actividades más peligrosas, como entregas, almacenamiento o transporte, evitando así posibles filtraciones. Tenía una gran facilidad para encontrar a personas en situación de precariedad a las que ofrecía una importante cantidad de dinero para realizar la tarea, que generalmente solo ellos dos sabían. Tampoco solía tener problemas en que los otros aceptaran el trato. Algunos fueron detenidos y nunca declararon en contra de quien les había reclutado.

El perfil que teníamos dibujado de aquel individuo lo defendía como un socarrón, discreto y reservado, tozudo, terco y desconfiado, con escasas dotes para la empatía y de vida austera. Tales características reforzaban la seguridad que en sí mismo mostraba, una seguridad que se percibía con facilidad. Posiblemente temía que si compartía sus proyectos con alguien, podían ser sabidos o previstos por la policía. Esa actitud, a la postre, era también su talón de Aquiles.

Durante la larga espera nos movíamos de vez en cuando con los coches por la carretera nacional 340, con la intención de

observar desde allí alguna señal que nos indicara algún movimiento y también para hacer que el tiempo transcurriera más deprisa.

Alrededor de las dos de la mañana sucedió algo. De pronto, un coche Citroën C5 de color rojo salió de aquel paraje entre la carretera nacional 340 y la playa. Podría ser que viniese de la playa tras recoger la mercancía (sin embargo, la altura del coche indicaba que no llevaba carga). Pero también cabía la posibilidad de que procediese de un bar situado en la zona. O bien ser el colaborador del objetivo, que por cualquier razón abandonaba. Seguimos al Citroën C5, que se cruzó con la furgoneta vigilada sin hacer señal alguna. Aparcó junto a un edificio que podría ser su domicilio, y se bajó. Transcurrido un rato, se observó a través de los cristales, usando una linterna, el interior del coche para comprobar que allí no se transportaba paquete alguno. No había nada. Regresó el policía a Adra, narró lo sucedido, todos anotaron la matrícula, el lugar en el que quedó aparcado, para hacer las correspondientes y posteriores comprobaciones.

Seguían transcurriendo las horas. De repente, a las cinco de la mañana, el objetivo arranca la furgoneta. Todos pensamos que se dirigía a recoger la mercancía en la playa, pero giró en la misma carretera y tomó la dirección opuesta, hacia su domicilio, al que llegó momentos más tarde.

Decepcionados, sin apenas hacer comentarios, regresamos a nuestra base. Era una de esas situaciones en las que falla lo previsto por razones que en ese momento no podíamos saber.

El día 1 lo pasamos durmiendo toda la mañana y el día dos se decidió ir a aquel lugar para intentar encontrar alguna pista que nos aclarara qué había pasado. Pero no fue solo la pista lo que encontramos sino nada más y nada menos que el cargamento de hachís desembarcado, que por alguna razón no se atrevieron a sacar de la playa aquella noche.

Una de las pautas de trabajo del grupo ha sido siempre hacer autocrítica después de cada actuación. En este caso son muchas las preguntas que quedaron sin respuesta: ¿Por qué el objetivo principal no fue a la playa a recoger la mercancía? ¿El conductor del Citroën C5 detectó la presencia policial?

¿Por qué no se comunicaron que la droga había sido desembarcada y solo había que recogerla? ¿Qué explicación dieron a los responsables de la operación?

Tendemos a pensar que todo puede y tiene que ser explicado. Cuando no podemos, surge una especie de desazón que es casi un sentimiento de culpa.

Aquella noche, seguramente, los árboles no nos dejaron ver el bosque.

Varios días más tarde se supo que el conductor del Citroën C5 era el encargado de sacar la mercancía de la playa, que no se atrevió y se marchó huyendo a Argentina. Nuestro objetivo una vez más se libró de la detención, pero siguió “trabajando” de la misma manera, aunque a partir de ahí ya en solitario. Tras él visitamos otros parajes como los denominados La Milla o Los Baños.

Y respecto al escenario, el paraje de La Alcazaba era usado también por otros grupos de traficantes, algunos con características muy parecidas al anterior, es decir con dos personas, uno encargado de vigilar y otro encargado de transportar el hachís que su proveedor de Marruecos le facilitaba.



III. DE LA ALCAZABA AL PASEO DE LOS TRISTES. LA OPERACIÓN MÁS BREVE.

Era una práctica habitual en el Grupo el control de alojamiento en hoteles y el de alquileres de vehículos, que nos permitía tener más información y conseguir más eficacia en la lucha contra el tráfico de estupefacientes.

A diario recogíamos los partes de hospedería, que consistían en unas pequeñas tarjetas, de color blanco para los españoles y de color amarillo para los extranjeros. La selección la íbamos haciendo por el conocimiento en algunos de los casos de las identidades de las personas alojadas y otras veces de una manera aleatoria, desechando aquellas que claramente eran representantes o comerciales de empresas. A las tarjetas que ofrecían dudas les marcábamos con un rotulador un punto de color rojo y las archivábamos. Cuando iban apareciendo nuevas tarjetas de la misma persona, fuese del mismo hotel u otro, las uníamos a las que ya había. De todas las controladas, sobresalían las de extranjeros de origen marroquí o españoles de origen árabe.

El método era similar con el alquiler de vehículos. Controlábamos diariamente la lista de coches alquilados de las distintas empresas, desechando aquellos con nombres desconocidos o que aparentemente no nos decían nada. En cambio nos quedábamos con el nombre conocido o de personas residentes en los pueblos de Almería, sobre todo del Poniente, Roquetas, La Mojonera, El Ejido, Adra etc. De las personas que alquilaban vehículos de estos lugares no se escapaba ninguno a nuestro control. A estos pueblos los denominábamos como los *cárteles*.

Esta rutina, que incluso a nosotros nos pareció en un principio una pérdida de tiempo y un trabajo inútil y de poca eficacia, pronto nos reveló su gran utilidad. En realidad, el trabajo era cuestión de media hora diaria y la eficacia resultó con un porcentaje tan elevado que llegó a impresionarnos gratamente.

Gracias a estos dos sistemas de trabajo conseguimos amplísima información y la identidad de muchas personas dedicadas al tráfico de drogas, que quizá de otra manera nunca hubiésemos conocido, ni siquiera sospechado. Es más, se llegó a la desarticulación de algunas organizaciones a través de estos métodos o sistemas de trabajo.

Hay muchos ejemplos, pero nos vamos a centrar solo en la que consideramos pudo ser la operación más rápida, eficaz y menos trabajosa conseguida por el grupo en la desarticulación de una organización dedicada a esta ilícita actividad de tráfico de drogas.

Ocurrió la tarde del 19 de noviembre de 1990. Eran las siete y nos encontrábamos en La Mojonera realizando algunas tareas profesionales cuando, de repente, vimos a una de esas personas identificadas a través del control sobre alquileres de vehículos llegar andando hasta la gasolinera del pueblo, y ponerse al volante de una furgoneta bastante grande con el anagrama de una conocida casa de alquileres de vehículos. La sorpresa fue mayúscula... La furgoneta en cuestión era distinta a la que esa misma persona había contratado solo cuatro días antes.

Como los motivos de nuestra estancia ese día en La Mojonera podían esperar, optamos por centrarnos en la vigilancia del individuo y averiguar para qué alquilaba los vehículos.

Seguimos al hombre en la furgoneta hasta una empresa de la salida del pueblo, donde hizo una pequeña carga, que no pudimos precisar. A continuación regresó a la localidad y aparcó en una calle próxima a su domicilio, al que se dirigió a pie.

Las preguntas empezaron a brotar: ¿Por qué estaba aparcada la furgoneta en la gasolinera? ¿Por qué aparcó posteriormente en otra calle, si en la suya había aparcamiento? ¿Para qué alquilar cada cierto tiempo una furgoneta, si disponía de vehículos? Y las respondíamos con otras preguntas: ¿Será que no quiere que la vean en la puerta de su casa? ¿Alquilaría los vehículos, de gran tamaño, para transportar grandes cantidades de droga? Si este era el motivo, ¿cuándo sería el alijo?

Estábamos en esta tesitura, marcándonos como tiempo límite las diez de la noche para decidir seguir o abandonar el control del

individuo, cuando este hace su aparición a las 21.15 horas, arranca el vehículo y se dirige hasta unos invernaderos próximos, donde deja la carga que anteriormente había hecho. Minutos después sale y se traslada hasta la localidad de Las Norias, donde recoge a un individuo joven, para continuar circulando hasta la localidad de Balanegra, donde hace una parada en la misma carretera nacional, encontrándose con otras tres personas que habían llegado en un turismo.

La parada dura apenas el tiempo de que las tres personas que habían llegado en el turismo se suban a la furgoneta y que los de esta suban al turismo, que arranca y, a gran velocidad, con unas repentinas prisas, se dirigen a Adra, seguidos por los otros en la furgoneta.

Rebasan Adra y al llegar al puente de La Alcazaba, lugar muy familiar para todos los integrantes del Grupo por operaciones como la relatada en el capítulo anterior, la furgoneta se desvía de la carretera general, por un camino de tierra que existe al empezar la estructura del puente y que lleva hasta la misma playa, donde hay una zona de invernaderos. El turismo aparca al terminar el puente, y los dos ocupantes se bajan y se dirigen ladera abajo hacia la playa.

Ya no quedaban dudas de para qué quería el individuo la furgoneta. Las prisas que habían mostrado en la última parte de su recorrido hacían presagiar que los acontecimientos se habían precipitado y que el desembarco de hachís se había hecho o estaba a punto de producirse, pero nos resultaba imposible desplegar el dispositivo adecuado para intervenir en la misma playa.

Con la rapidez que se pudo, el componente del Grupo que llevaba el único visor nocturno del que disponíamos se echa pie a tierra para ver lo que estaba ocurriendo en la playa y comunica poco después por los medios de transmisión que una lancha se alejaba de la orilla, las cinco personas estaban cargando la furgoneta de fardos de hachís y que esta se ponía en marcha en dirección a la salida.

Ante la precipitación de los hechos y la velocidad de vértigo con la que se había realizado el desembarco, optamos por la seguridad en

la intervención y elegir un lugar en Adra, punto obligado para el paso del vehículo cargado con el hachís.

El lugar elegido era el Paseo de los Tristes, calle de una sola dirección y muy estrecha. Fue una intervención rápida, limpia, precisa. La furgoneta entró en la calle precedida y seguida por sendos coches policiales. El de delante detuvo la marcha y obligó a frenar al vehículo de los contrabandistas, mientras los policías que circulaban detrás abrían sorpresivamente la puerta del conductor, lo sacaban en brazos, lo metían en el coche y lo conducían a lugar seguro. Otro policía se puso al volante de la furgoneta y la condujo al mismo lugar. La rapidez en la actuación hizo que, en pocos minutos, la calle quedase totalmente desierta, como si nada hubiera pasado, circunstancia primordial, ya que los demás componentes de la organización que venían en el turismo se acercaban al lugar, seguidos por el coche del Policía que había entrado en la playa.

En el mismo sitio y empleando la misma estrategia que con la furgoneta se procedió a la detención de los ocupantes del turismo. La operación resultó todo un éxito, teniendo en cuenta que éramos cinco los actuantes y tres vehículos policiales camuflados.

La desarticulación de esta organización duró unas cinco horas. Jugó en ella el factor suerte, sobre todo en su inicio, al plantearse de forma inesperada, pero el éxito no se puede achacar solo a la suerte sino sobre todo al trabajo constante y riguroso, a una labor constante de documentación e información que, a la postre, dio grandes frutos cuando menos se esperaba.

Aquella noche todo sucedió muy rápido, sorpresivo, con coordinación. La intuición, la mutua confianza y un mejor entendimiento propiciaron que se desarrollara sin apenas comunicaciones y las que se produjeron, fueron simples y precisas.

La sensación que nos llevamos es que formábamos un gran equipo. Esto es lo que reflejamos en los días posteriores cuando realizamos la correspondiente autocrítica.



LA PLAYA DE LA ALBUFERA HA SIDO LUGAR DE OPERACIONES DE VARIAS BANDAS DE NARCOTRAFICANTES

IV. PLAYA LA HABANA O ALBUFERA. GRAN DESPLIEGUE DE MEDIOS.

En toda relación entre personas, sean del tipo que sean, familiares, amorosas, de vecindad, o profesional. siempre surgen pequeños problemas que “van colmando el vaso” hasta llegar a terminar en la mayoría de los casos en verdaderos conflictos. La conflictividad es inmanente al ser humano. Da igual que las personas relacionadas sean o no afines y luchen por unos mismos objetivos. Al final, el vaso se derramará.

En la vida profesional-policial no iba a ser menos; los conflictos surgen entre los diversos grupos policiales, a pesar de ser afines y buscar el mismo objetivo: hacer cumplir la Ley.

Esta conflictividad aumenta si las relaciones son entre grupos con distintos organigramas porque la afinidad no es completa.

Todas las reglas tienen su excepción y en el caso que narramos a continuación no iba a dejar de cumplirse el dicho. Es así como allá por el año 1.987 conocimos en el grupo a un conjunto de personas jóvenes, alegres, humildes y, sobre todo, con unas ansias enormes de trabajo y aprendizaje, una de cuyas misiones profesionales, entre otras, era combatir el tráfico de drogas.

Desde el primer día, la cohesión fue total, no solo en lo profesional, sino también en lo familiar, que aún veinticinco años después, perduran con unos inmensos lazos de amistad.

Aunque pertenecíamos a dos colectivos diferentes, actuábamos, como si de uno solo se tratara, entendiendo que nuestra misión y único objetivo era impedir en lo posible el tráfico de drogas, no entrando nunca en partidismos de quién movía la pelota, o intentar llevarla al campo propio.

Las amplias operaciones de narcotráfico en que nos vimos involucrados las realizábamos totalmente coordinados, incluso entremezclados, como si se tratase de un solo conjunto. Con ellos pasamos noches de insomnio, peligros, carreras, caídas, risas, llantos y un amplio abanico de hechos anecdóticos que hizo que nuestra amistad se forjara sin fuerza humana capaz de disolverla.

Y es que cuando hablamos de las operaciones de este Grupo de Estupefacientes, incluimos también en ellas a los integrantes del Servicio de Vigilancia Aduanera¹ de Almería, ya que juntos luchamos codo a codo en todos estos operativos contra el tráfico de estupefacientes.

Con esta afinidad, en el verano del 97, como en otras muchas ocasiones, nos propusimos como objetivo terminar con las actividades de narcotráfico que un grupo de individuos del Poniente almeriense realizaban, con Adra como principal centro de operaciones,

El número de integrantes de esta organización era bastante extenso y contaban con bastantes medios: disponían de hasta de tres lanchas para el traslado de la droga desde las costas marroquíes hasta las costas de Almería. Estaba totalmente estructurada y se repartían las funciones según este organigrama:

- Un financiador.
- Un organizador del grupo.
- Un proveedor.
- Un encargado de las lanchas y de sus respectivas tripulaciones, que se ocupaba también de vigilar las lanchas del Servicio

¹ En adelante nos referiremos como SVA

de Vigilancia Aduanera. y Guardia Civil. y controlar sus movimientos.

- Un encargado de disponer la cobertura necesaria para la recogida de la droga en la playa, para lo que contaba con un número indeterminado de personas.
- Tres lanchitas.

El lugar elegido por la organización para realizar el desembarco de drogas era el entorno de la Albufera y Río de Adra. Se trata de una zona muy extensa de terreno donde se encuentran dos pequeños lagos de agua salada, rodeados por un laberinto inmenso de invernaderos. Como acceso solo cuenta con dos entradas desde la carretera nacional, una al levante una vez rebasada la localidad de Balanegra y otra al poniente, en las localidades de La Curva y Puente del Río. Las dos entradas se unen por un camino de tierra cuyo trazado es paralelo a la playa, con numerosos socavones y baches. La playa no es utilizada por los bañistas, ya que por la proximidad de los invernaderos, siempre hay restos de cosechas y de malos olores. Al oscurecer, terminadas las faenas en los invernaderos, la zona se convierte en un lugar muy solitario y de una oscuridad completa, que provoca verdadero terror el transitar por él. Entre los invernaderos, numerosos caminos que hacen difícil salir de la zona, incluso de día, ni que decir tiene de buscar salidas en la noche.

Los componentes del Grupo procurábamos siempre tener un conocimiento del terreno en el que había posibilidades de intervenir en una operación de alijo de drogas, pues ese conocimiento nos haría llegar más rápido al sitio deseado y acudir en ayuda del compañero que lo necesitase. En la Albufera, como en la zona de Puente del Río, los recorridos que hacíamos de día no valían de nada, pues siempre terminábamos cogiendo el camino equivocado.

Sin embargo, estos problemas no los tenían los componentes de la organización, ya que el encargado de recoger la droga en la playa se rodeaba de un nutrido grupo de personas, todas residentes y trabajadores de los invernaderos que conocían el lugar y sus entramados como la palma de la mano. El día en que

iban a realizar algún alijo, el encargado del personal de recogida de la droga se apostaba en un lugar alto por encima de la carretera nacional, desde donde divisaba los caminos de acceso, comunicando la entrada de cualquier vehículo sospechoso o de las fuerzas de seguridad a los compañeros que dejaba por los invernaderos. Estos, antes de ocultarse a la espera de la llegada de la embarcación con la droga, siempre hacían un recorrido por los invernaderos más próximos a la playa con el objeto de detectar que no quedaba nadie por los mismos. En una ocasión detectaron nuestra presencia dentro de uno de los invernaderos, y para poder salir del “trago” sin que se percataran de que los estábamos vigilando, nos hicimos pasar por ladrones de mercancía. Conseguimos que no se dieran cuenta de la verdad, pero, en contrapartida, tuvimos que abandonar el radio de acción del desembarco.

Los conocimientos que la organización tenía de nosotros eran muy amplios; nos conocían personalmente a la mayoría, sabían los coches que utilizábamos, con matrículas incluidas, controlaban y aprovechaban los turnos de cambio de la Guardia Civil y de Policía local de Adra, la dirección que tomaba la lancha del SVA y el terreno acotado para que no pudiésemos entrar. Este conocimiento les hacía tener una seguridad infinita en el resultado de las distintas operaciones de tráfico de hachís que realizaban.

El nuestro también era muy amplio sobre ellos. Los conocíamos, sabíamos su punto de alijo, su forma de operar y la posición que cada uno ocupaba en cada momento, sus medios de transporte en el mar y, sobre todo, que en el momento del desembarco teníamos que estar muy lejos del punto de alijo para que no fuésemos detectados.

Con estas expectativas llega el día esperado, un atardecer del mes de septiembre del año 94, cuando se detecta cómo una de las lanchas de la organización se echa a la mar, con el estado de la misma en buena disposición para la navegación. A partir de ese momento se iniciaba la partida, ellos con sus conocimientos sobre nosotros y viceversa; ya solo era cuestión de ir moviendo fichas. Las que nosotros movimos eran las siguientes:

- Control sobre el dispositivo marítimo:** Hacer un movimiento falso y hacer creer que el rumbo de la patrullera del S.V.A, sería el levante.
- Control sobre operativo de tierra:** Hacerles ver que esa noche no estábamos de trabajo, para eso sólo teníamos que dejar como señuelo los coches que sabíamos que estaban “quemados” en un lugar que viese claramente en su ronda la persona encargada del control de los mismos los. Por tal motivo no podían localizarnos en su radio de acción, ni vehículos ni personal, había que permanecer ocultos y sin movimientos. El lugar elegido ya estaba señalado, en lo más alto de la zona, desde donde se divisaba toda la bahía y podíamos llegar en poco tiempo al punto de alijo. Las patrullas de Guardia Civil y Policía local de Adra tenían que seguir con los itinerarios marcados. La hora fijada por la organización para el desembarco sería con toda probabilidad durante los relevos de estas patrullas.

Pero la noche pasa y la partida hay que suspenderla, el rival pide tiempo muerto. El motivo: un error en el itinerario de la lancha, que equivoca el trayecto hasta el punto de carga y tiene que hacer más recorrido del previsto, por lo que, en su regreso, se queda sin el combustible necesario para llegar a su punto de destino.

Al día siguiente la partida se pone de nuevo en marcha, con la salida de otra de las lanchas de que disponían para suministrar combustible a la que se encontraba en alta mar.

A partir de esos momentos se vuelven a realizar los mismos movimientos por ambas partes que el día anterior.

Como se esperaba, la llegada de las lanchas con el alijo de hachís se hace a la hora prevista, ya con las primeras luces del día; y es en ese momento, cuando el desembarco se ha realizado y la mercancía está en tierra, cuando nuestros movimientos sorprenden al adversario, ya que no supieron detectar el as que nos guardábamos para la última mano, la presencia de un dispositivo policial aéreo, el helicóptero del S.V.A., eje central de la operación y pilar fundamental de su desarrollo.

La partida se pudo ganar con tres movimientos muy rápidos y coordinados:

-**El movimiento marítimo:** la patrullera del S.V.A. que permanecía oculta, apareciendo en el momento justo para tragarse literalmente las fichas del adversario en la mar.

-**El movimiento aéreo:** el helicóptero del S.V.A., que con su aparición repentina creó el pánico en las filas del oponente, sobrevolando sobre sus cabezas y manteniendo sus posiciones fijadas hasta la llegada del operativo de tierra.

-**El movimiento de tierra,** que con su rápida intervención fue sorprendiendo a los oponentes, sin darles tiempo a ocultarse.

Con los años transcurridos y la distancia de los hechos, aquellos momentos perduran en nuestra memoria como de los más gratos y emocionantes vividos a pesar de la tensión.

Perdura el recuerdo de aquel helicóptero efectuando sus vuelos a escasos centímetros del plástico de los techos de los invernaderos y manteniéndose estático en el aire, marcando el rumbo de los que huían. El momento de su despedida, tan rápida como su aparición en escena, con un sencillo *Ok*. Un reconocimiento de admiración para el piloto.

Perdura también el recuerdo de la persecución con el coche detrás del vehículo cargado con el alijo por aquel camino de baches de la playa, en que nuestras cabezas chocaban continuamente contra el techo del vehículo, botando y rebotando continuamente, como si de pelotas de ping-pong se tratase.

Y perdura el recuerdo de aquel despliegue de medios, la cara de incredulidad de los agricultores que ya a esas horas de la mañana se iban incorporando al trabajo, a pesar de ser conscientes de que noche tras noche la zona era tomada por los narcotraficantes, que habían encontrado en el lugar el campo abonado para llevar a cabo sus operaciones de tráfico de hachís.

Perdura igualmente el recuerdo de la cara de cansancio más que de satisfacción de todos los integrantes del operativo.



PLAYA LA MILLA, EN BALANEGRA, LA PEDANÍA COSTERA DEL MUNICIPIO DE BERJA

V. LA MILLA Y PLAYA DE BERJA O BALANEGRA.

Hay muchos puntos de las costas de la provincia de Almería que permanecen grabados en nuestra memoria. Las noches pasadas en vela, los momentos de tensión, las incertidumbres, vacilaciones y dudas en los momentos de los desembarcos, las largas horas mirando al horizonte del mar, escudriñándolo en la oscuridad en busca de localizar el punto negro entre las olas que nos indicase la presencia de la lancha esperada, los rastreos entre los matojos, la ocultación entre los invernaderos, la visión de las señales de linternas de los contrabandistas en tierra en espera del rápido chispazo, el relámpago de luz que desde el agua indicase que todo estaba ok...un sin fin de interminables anécdotas vividas.

Uno de estos lugares, bien conocido y utilizado por los contrabandistas desde tiempos más remotos, es el conocido como La Milla a la salida de la población de Balanegra en dirección a Adra. Allí existe una gasolinera cuyas letreros luminosos, encendidos toda la noche, sirven de señal para orientar a las lanchas de los contrabandistas e indicarles el lugar donde les esperan o donde les hacen las señales desde tierra.

Al estar ubicada en altura sobre el nivel del mar y frente a la bahía que forma en esa parte de la costa la playa de Berja o

Balanegra, la gasolinera es un punto estratégico para la navegación de este tipo de lanchas, que desde mar adentro y a distancia de la costa pueden divisar y orientarse..

Otro de estos puntos o lugares que sin duda marcaron la trayectoria de este grupo policial en su lucha contra el narcotráfico es la Playa de Balanegra, en Berja.

Siguiendo por la ruta de la costa camino de Almerimar nos encontramos con la población de Balanegra. Si abandonamos la N-340 y seguimos por la carretera AL-4300, camino de Balerma, existen unos invernaderos que le reportaban a los contrabandistas los medios adecuados para esconderse, asegurando que las señales con las linternas fuese posible verlas solo desde el mar, nunca desde tierra. Ni desde levante ni desde poniente. A este lugar era costumbre entre los contrabandistas llegar en motocicleta, que la transportaban en una furgoneta que aparcaban en la puerta de un club de alterne existente en la carretera N-340 en el paraje conocido como Cuesta de los Alacranes.

En ese club o en otro lugar próximo, y cuando se creían que no eran observados, utilizando el ciclomotor que en aquel vehículo llevaban se dirigían por entre invernaderos y prácticamente a oscuras hasta el lugar desde donde tenían que efectuar las señales a la lancha. La furgoneta permanecía aparcada frente al establecimiento para hacer creer que su conductor se encontraba dentro, una forma más de engaño, que finalmente no lo era. A veces, cuando quieres ocultar algo, no hay nada mejor que ponerlo a la vista de todos, que al fin y a la postre no es otra cosa que hacer realidad el dicho: “los árboles no te dejan ver el bosque”.



PLAYA DE BALERMA, EN EL TÉRMINO MUNICIPAL DE EL EJIDO, CERCA DE GUARDIAS VIEJAS

VI. PLAYA DE BALERMA.

Balerma es una población costera situada en el Poniente de Almería, perteneciente al partido judicial de Dalías, con una población de unos 3.000 habitantes, que viven mayoritariamente de la agricultura. Su suelo está ocupado en gran parte por invernaderos.

A unos tres kilómetros hacia Levante se encuentra situada la población de Guardias Viejas, que pertenece al partido judicial de El Ejido. Este núcleo es muy pequeño, unas 40 ó 50 viviendas, la mayoría de casas de planta baja. Su edificio emblemático es el Castillo de Guardias Viejas, que está ubicado en lo más alto de la zona, desde donde se domina toda la franja marítima que va desde Balerma hasta Almerimar.

Ambas poblaciones están unidas por una carretera asfaltada cuyo trazado discurre paralelo al mar en línea casi recta y terreno plano. Desde la carretera a la orilla del mar hay una distancia de 15 metros, cubiertos de arena en montículos o pequeñas dunas, que hacen invisible desde la carretera el rompeolas, destacando como vegetación las retamas y la azucena de la virgen, también conocidas como *Panocracio*, *Amor mío* ó *Azucena marina*, que cuando florecen en los meses de julio y agosto con el colorido de sus flores blancas parecidas a las de los narcisos inundan de belleza la arena de la playa.

En la otra orilla de la carretera se inicia el arranque de kilómetros y kilómetros de invernaderos, cortados por una carretera con numerosos baches que arranca a los pies del Castillo de Guardias Viejas y viene a desembocar a la entrada del pueblo de Balerma, con otras muchas ramificaciones de caminos entre el manto blanco de los invernaderos.

La franja costera entre las dos poblaciones es conocida como Playa de Guardias viejas o Playa de Balerma, lugar donde tiene lugar nuestra siguiente vivencia.

Teníamos la constancia de que había instaladas como mínimo tres organizaciones dedicadas al tráfico de hachís en Balerma, todas con un número grande de integrantes y bien estructuradas, con muchas conexiones entre ellas que nos hacía imposible delimitar muchas veces a qué organización pertenecía cada una de las personas que investigábamos, aunque sospechábamos que la cabeza de todas ellas pudiese ser la misma persona.

Esta persona tenía amplias conexiones en Marruecos, donde pasaba largas temporadas cuando se encontraba acorralado o muy acosado por el control policial. Este acoso hizo que él mismo variase su forma de operar, y se centró más en ejercer como responsable directo de comprar la droga en Marruecos y transportarla hasta nuestras costas, contando para ello con una serie de lanchas rápidas, repartidas principalmente por los distintos puertos deportivos de la provincia de Málaga y siempre bajo la titularidad de otros.

Llegó a crear una academia del narcotráfico, impartiendo clases a los alumnos que iba reclutando de toda la parte del Poniente almeriense: Balerma, Balanegra, La Curva, Puente del Rio y Adra, a los que enseñaba las ventajas de dedicarse a esta ilícita actividad que les llevaría poco tiempo y esfuerzo les reportaría mucho dinero, coches, fiestas, mujeres, etc. Para ello contaba con la inestimable ayuda de su hermano.

De este hay una anécdota que durante un tiempo generó mucha intriga. Y es que durante un tiempo, uno de los integrantes "no quemado" del grupo policial se dedicó a entrar por las noches en un bar de la localidad de La Curva en el que se reunían varios miembros de la organización en espera de recibir las ordenes de

si esa noche “trabajaban o no”. La hora casi siempre la misma, de 21.30 a 22.00. El local era muy largo y estrecho, con el mostrador haciendo curva al final. El policía solía situarse en la parte que hacía curva, con lo cual dominaba todo el recinto. El individuo llegaba, daba las buenas noches, pedía una consumición y se ponía solo, no hablaba con los otros. Agotaba la consumición y se marchaba, los otros seguían con su ambiente, hasta las dos o las tres de la mañana en que cada uno por su lado se iba a sus domicilios. Una de esas noches, como siempre, el individuo da las buenas noches, pide la consumición, la agota y se marcha del local. Inmediatamente salen todos los demás detrás de él y se van camino de la playa por diversos caminos y medios. Durante un tiempo se mantuvo el interrogante: Si no habló con ellos, ¿cómo les comunicó que esa noche trabajaban? No se habían pasado notas, ni siquiera estuvo próximo a ninguno de ellos. La respuesta vino al tiempo con la detención de algunos de estos individuos. La contraseña que tenían estaban en la consumición: si pedía whisky no trabajaban, en cambio si era gin tonic, sí había trabajo.

De estos hermanos, el considerado como jefe temía su detención y se refugió en Marruecos, donde al poco tiempo, y también huyendo de la policía marroquí, sufrió un accidente, que lo tuvo durante mucho tiempo imposibilitado. El otro fue detenido en varias ocasiones por tráfico de hachís, en el transcurso de distintos alijos. La estrella se les fue apagando hasta su caída total.

Pero la semilla que habían sembrado entre sus alumnos ya había germinado, se habían hecho frutos, repartiéndose en distintas partidas o grupos, dejándose llevar en su formación por lugares de residencia o de amistad y eligiendo cada grupo a su jefe. En Balerna teníamos constancia por lo menos de tres de estos grupos, que llegaron a crecer de forma vertiginosa y terminaron por crear unas poderosas y peligrosas organizaciones en la ilícita actividad del tráfico de estupefacientes. He aquí cómo se llegó a la desarticulación de una de estas organizaciones.

Todos los integrantes residían en el pueblo, por lo que eran conocedores del lugar. Los desembarcos en la playa los tenían muy bien estudiados, con los mínimos riesgos, con un porcentaje de

efectividad de casi el cien por cien, para ello se colocaban dos a la salida de Balerma y otros dos a la salida de Guardias Viejas, controlando todo lo que entraba y salía de la carretera que por la noche no suele tener tránsito, pero sobre todo a cualquier vehículo o persona extraña que se adentrase por la zona y con especial atención a las patrullas de la Guardia Civil que hacen el recorrido de las playas.

El sacar la droga de la playa tampoco les creaba ningún problema, solo era cuestión de minutos pasar los fardos, aprovechando la protección de las dunas y las retamas de la arena al otro lado de la carretera, y de ahí por los caminos entre los invernaderos hasta el invernadero propio donde tenían el almacén. Las personas que la movían podían desenvolverse con toda normalidad ya que en caso de peligro eran avisados por los apostados en las dos entradas. El camino con la droga hacia el invernadero lo conocían como las palmas de sus manos, hasta el punto de que el transporte lo hacían con las luces del vehículo apagadas.

Todos estas formas de actuar también fueron siendo conocidas por el Grupo de Estupefacientes que, analizando sus conductas, llegó a la conclusión de que en la playa iba a ser muy difícil conseguir evitar el alijo. Los esfuerzos se centraron entonces en localizar el punto exacto del almacén, el invernadero que utilizasen, y para lograrlo tendría que ser de día, para desenvolverse con más libertad por los entramados de los invernaderos y esperar a que alguno de los integrantes fuese al mismo. No se trataba de realizar unas vigilancias y seguimientos a ultranza sobre los individuos, era cuestión de vigilar sobre una amplia zona de terreno y esperar a que estos entrasen. Ver sin ser vistos.

El día 20 de abril de 1994 como fruto de las vigilancias rotatorias, un agente se traslada hasta Balerma con el objeto de realizar la labor que se habían propuesto, haciendo la entrada por Guardias Viejas y después de hacer una incursión por los caminos de los invernaderos, la carretera y Balerma, regresa a Guardias Viejas y se sitúa en un punto desde donde podía observar el paso de cualquiera de los investigados. El elegido era un cruce que, procedente de Balerma, se podía continuar en la misma dirección hacia Almerimar, por un camino de tierra paralelo a la playa. Si

se giraba a la izquierda, el más probable que pudiesen coger, en dirección a la autovía del Mediterráneo y pueblos limítrofes, y si giraban a la derecha, hacia la orilla de la playa, el de menos porcentaje que eligiesen, motivos que le hicieron que esa posición era la adecuada como punto de observación.

La mañana ya era muy calurosa. Sobre las 11.00, cuando se disponía a dar un trago a la botella de agua y dejar que pasase un tiempo adecuado para volver de nuevo a hacer una segunda ruta, ve aparecer en el cruce, no al vehículo, sino más bien la cara del conductor, que apareció lateralmente de una manera fugaz al rebasar la última de las casas del cruce. A unos metros de la intersección y en el mismo sentido de la marcha que traía, es decir hacia Almerimar, aparca el vehículo, quedando el coche policial a unos 5 metros de distancia, sin ningún obstáculo que pudiese servir de impedimento a la visión directa, ni siquiera la presencia de otros vehículos aparcados que pudiesen servir de escudo, entre uno y otro. La claridad era absoluta. La única solución, reclinar el asiento y permanecer inmóvil, con la gorra preparada para echarla sobre la cara y aparentar dormir. Los muelles del asiento a punto de reventar, de la presión tan fuerte ejercida para que permaneciesen en la posición más baja.

El individuo al que consideraban como el cabecilla de la organización se baja del vehículo unos momentos, dejando ver su enorme corpachón, su cara de boxeador curtido en mil combates, y el negruzco de su piel. Instantes después llega al mismo lugar conduciendo su coche otro de los componentes de la organización, al que solo conocían por lo negro de su abundante barba. Charlan unos momentos y subiéndose ambos en el vehículo del primero, emprenden la marcha y se dirigen hasta la entrada de Adra, parando en la nacional 340, al lado de un bar. Enfrente, una pequeña cooperativa de productos hortofrutícolas, con una explanada de tierra que servía de aparcamientos. En la puerta del bar se entrevistan con un individuo unos diez minutos, para regresar de nuevo al lugar de partida, donde el individuo de la barba se baja a coger su coche, continuando el otro la marcha.

Como el día parecía estar de cara, el policía de vigilancia sigue tensando la cuerda y después de dejarle una distancia prudente,

continúa con el seguimiento del jefe, que toma la carretera en dirección Balerma para girar a la derecha en el sentido de la marcha y tomar uno de los caminos de tierra que va hacia los invernaderos, justo enfrente de las dunas de arena y las retamas, ya descritas y que creían que podía ser el lugar de alijos.

De forma acelerada y algo nervioso, al no poder continuar el seguimiento por el camino, ante la posibilidad de ser descubierto, el policía aprovecha en esta ocasión la cobertura de las retamas y la altura de las dunas de la arena para, con la ayuda de unos prismáticos, seguir el itinerario del vigilado. Este iba circulando por los caminos entre los invernaderos hasta que llega a uno situado en la parte más alta, próximo a la carretera de baches en que se ven cortados. El individuo permanece unos minutos y se marcha. El agente busca en la distancia unos puntos para poder situarlo bien desde ese lugar y aprovecha las horas del mediodía en que los invernaderos están desiertos para hacer el recorrido y levantar un croquis del mismo. Posteriormente busca alguna otra entrada, por la carretera de baches, comprobando que la misma pasaba próxima al invernadero, pero no tenía acceso con vehículos.

El trabajo de ese día resultó satisfactorio ¿habían dado con el invernadero? Y observada una entrevista que tenía tintas de ser una operación de venta de droga, todo indicaba que estaban a punto de lograr la desarticulación de esta organización.

Este convencimiento los llevó a aumentar más el número de integrantes en las vigilancias por si tuviesen que intervenir en algún momento determinado, por lo que se desplazábamos los que estábamos, cinco y uno en las instalaciones del Grupo, para apoyarse en cualquier gestión que necesitásemos.

El día D llega días después, el 22 de abril, a las diez horas. Al invernadero van entrando y saliendo vehículos e individuos, ninguno de ellos con aspecto de trabajo. Conforme iban saliendo en la medida que se podía eran seguidos y controlados para ver sus movimientos, cosa que resultaba casi imposible debido al número de vehículos y personas.

La táctica a emplear estaba bien fijada, el resultado de la operación la tenían en el control del invernadero, punto central

del operativo y un vehículo a cada lado, es decir uno en Guardias Viejas y otro en Balerna, controlando las entradas y salidas a la carretera que las une.

La idea era muy clara: aplicarle de la misma medicina que ellos daban cuando realizaban los alijos. Es así como a las 11 horas, el dispositivo en Guardias Viejas comunica la entrada hacia la carretera de un furgón bastante grande y cuya matrícula era de una provincia andaluza. El mensaje es recogido y las alarmas se encienden cuando el policía del control del invernadero que va recogiendo el paso del furgón comunica que entra en el camino que va al invernadero y llega hasta este haciendo maniobras y metiéndolo de culo. Las alarmas ya no estaban encendidas, estaban al rojo vivo.

Los policías situados en Guardias Viejas, se acercan con el vehículo por la carretera bacheada que transcurre por las proximidades del invernadero, bajándose uno de ellos y a pie, trata de acercarse al mismo, con el ánimo de comprobar los movimientos de los individuos. Solo pudo oír voces y golpes, teniendo que salir a toda prisa ante la presencia en la entrada de varios perros, de fiero aspecto y que andaban sueltos, por lo que volvieron a su posición de partida.

Poco después van saliendo los tres turismos que había en esos momentos en la puerta del invernadero. Lo van haciendo paulatinamente, dejando distancias entre ellos y en dirección a Balerna, optándose por que no fueran seguidos y centrarnos en el furgón. Este sale minutos después y toma la misma dirección de los otros, continuando por la costa hasta Balanegra, donde cogen la Nacional 340 en dirección a Adra. El seguimiento tuvo que desarrollarse con una perfección extraordinaria, ya que los tres coches que habían salido antes, iban controlando el paso del furgón abriéndole el camino.

Una vez que estaba claro que el destino del furgón era el punto cerca de Adra, donde se había producido la entrevista el día 20, el mismo policía en unión del que le acompañaban se adelantan a la comitiva comprobando cómo en la puerta del bar había dos individuos, siendo uno de ellos el mismo que había mantenido la entrevista con dos de los investigados, dos días antes.

Poco después llega el considerado como jefe, que también se había adelantado a los demás vehículos y se reúne con los dos individuos que esperaban en la puerta del bar. Pasados unos minutos llega el furgón y aparca en la explanada de la cooperativa, bajándose el conductor que se dirige hasta donde estaban los otros individuos. Al mismo tiempo, el acompañante de la persona que fue reconocida en la cita anterior se dirige hasta el furgón y se pone al volante. Seguidamente se despiden y el conductor que había traído el furgón se monta en el vehículo con el investigado y salen dirección Almería, seguido por un coche policial que procede a la detención de ambos en la localidad de Balanegra, una vez tuvieron conocimiento que el furgón iba cargado de droga, envuelta en hortalizas. Posteriormente se procede a la detención de los demás componentes que habían participado en la operación.

Cuando todo parecía terminado solo a falta del registro del invernadero, mientras se hacían los trámites oportunos, los policías de vigilancia en las proximidades del mismo, observan a dos individuos que después de bajarse de un vehículo que habían dejado cerca, intentan colarse en el invernadero por un lateral después de abrir un agujero en el plástico. Alertados los demás componentes del Grupo, que ya estaban llegando, uno de ellos, en vez de entrar por el camino de la playa, sube por la carretera del castillo, observando que ambos individuos estaban huyendo por una esquina del invernadero; por lo que avisa de estas circunstancias a los demás que emprenden su persecución y guiados por las indicaciones que desde la carretera se les hacía, consiguieron detenerlos, tras una accidentada persecución.

En el invernadero se encontró un *zulo* de grandes dimensiones, así como dos armas de fuego, con sus cargadores y munición, en perfecto estado para su uso, que quizás fuesen la causa que motivó que estos dos últimos individuos se arriesgasen a intentar sacarlas, a pesar de la vigilancia que sabían que había.

El hallazgo de estas armas nos hizo reflexionar lo peligroso que hubiese resultado la intervención en la playa en el momento del desembarco.



PLAYA DE LOS BAÑOS, EN GUARDIAS VIEJAS (EL EJIDO)

VII. GUARDIAS VIEJAS. PLAYA LOS BAÑOS.

Durante los largos años de permanencia en el Grupo, fueron muchas las personas investigadas por su relación con el tráfico de estupefacientes. La investigación consistía en dos fases bien diferenciadas. La primera y más aburrida, aunque quizás la más importante, era la aportación de datos de la persona, sus aficiones, sus movimientos, sus comportamientos, sus amistades, y un sinfín de detalles que, aunque en un principio parecieran sin importancia, a la larga revelaban su utilidad. La segunda, aparentemente la más importante, es la del momento de la intervención policial.

Durante la primera fase se llega a saber tanto del personaje que parece que lo conoces de toda la vida, puedes sentir sus sentimientos, sus emociones, sus mentiras, sus reacciones, en general sus comportamientos, terminas haciéndote una idea bastante exacta de su personalidad.

Es el caso del protagonista del siguiente relato, sus características eran muy determinantes: delgado, alto, rostro duro, tostado, de penetrante mirada, fría como un témpano. Los músculos de su cara y brazos como auténticas tenazas, delatando una tremenda crispación. En su mirada se distinguía claramente la frialdad. Poco

sociable, casi siempre caminaba solo, como un ermitaño. En definitiva, un pájaro solitario.

Como buen cazador, estaba acostumbrado a la espera, nunca tenía prisas, no se apresuraba, era paciente, tan paciente que a nosotros, como se suele decir “nos sacaba de quicio, nos desesperaba”. Elegía invariablemente su minuto. Sus actos respondían siempre a sus momentos y circunstancias concretas. Si en su rutina diaria coincidían varias de ellas -caza, amoríos aprovechando la ausencia de algún que otro marido, y el tráfico de hachís- era capaz de realizar todas las faenas, pero marcando sus tiempos.

En sus operaciones de tráfico de estupefacientes siempre permanecía en ebullición, por lo que policialmente era considerado como alguien que debía estar bajo una permanente vigilancia sobre sus movimientos, pues en el mínimo descuido hacía de las suyas.

Con todos estos conocimientos sobre el individuo, y después de consumir alguna que otra operación de tráfico de estupefacientes de las que más o menos había salido airoso, llegamos al día tres de febrero del año 1.995, fecha en la que todo indicaba que el individuo podía realizar esa noche un desembarco de hachís, ya que “el guía” - la persona encargada de conducir la lancha desde las costas marroquíes a las costas almerienses- había sido detectado en la ciudad de Melilla.

Como en otras muchas ocasiones se monta el dispositivo policial en torno al individuo, con el objetivo de controlar sus movimientos, cosa que tampoco resultó muy difícil en un principio, pues eran los cotidianos, sin el más mínimo cambio en su rutina. Al anoecer, ya sobre las 20.30 horas, hace su salida nocturna del domicilio y casi como siempre en dirección a la localidad de Adra.

En Balanegra realiza una llamada telefónica desde una cabina, después de la cual al individuo le entra un poco más de prisa. Con su furgoneta se dirige hasta su *feudo*, un conjunto de casas a la salida de Adra, en plena montaña, un lugar muy solitario y con muy pocos habitantes, la mayoría familiares o muy conocidos entre ellos. Solo hay un camino de entrada y salida. El lugar para nosotros estaba vetado. La sola entrada a la zona alertaría de

nuestra presencia al personaje; no podía ser seguido en aquella aldea.

La pregunta que nos hacíamos era sobre la llamada de teléfono: ¿Sería por la operación de tráfico de hachís o sería porque era el momento oportuno para la visita a una de sus amigas? Como siempre nos tocaba esperar y no perder la entrada y salida de cualquier vehículo que entrase o saliese del lugar, que pudiese resultarnos sospechoso, cosa que tampoco nos implicaría mucha dificultad, ya que en esa labor sorda de la investigación ya teníamos conocimiento tanto de las personas como de los vehículos que pudiesen entrar o bajar de estas viviendas.

Fruto del control sobre la entrada del camino se observa la llegada de un vehículo que no asociábamos a ese lugar, y que posteriormente regresa seguido del vehículo del investigado. En las casas de La Alcazaba dejan aparcado el vehículo y ambos se van en la furgoneta, empezando desde ese momento a hacer falsas maniobras que iban desde La Rábita hasta Adra, entrando por caminos solitarios y poco conocidos sin ningún sentido. Llegamos a la conclusión de que efectivamente esa noche podría tener lugar algún desembarco de hachís y los movimientos que estaban realizando los individuos eran de despiste por si siguiéndoles seguían.

Pero si ellos hacían su juego, también nosotros realizábamos el nuestro para no ser detectados, y al mismo tiempo poder localizar cuál sería el punto de alijo, cosa que se logró abarcando la zona con la posición estable de un vehículo a Poniente y otro a Levante, para siempre saber que los individuos permanecían en la franja de terreno que ellos mismos nos habían marcado. Parte de los integrantes del grupo, a pie en los puntos de la carretera que tuviesen acceso hacia la playa. Con este método pronto supimos que una vez más el desembarco lo iban a realizar por La Rambla de La Alcazaba, al controlar la entrada de los mismos al lugar.

A partir de ese momento ya estábamos en la segunda fase de la investigación, es decir, en la de la intervención. Los individuos escondidos en los invernaderos al lado de la playa, -delataban su posición las luces de los cigarrillos a cada calada que les daban- y el

dispositivo policial desplegado en la misma playa a escasos metros, esperando la llegada de la lancha para proceder a su intervención.

Pero una vez más la suerte se alió con el individuo, ya que la mar desde primeras horas de la noche se fue poniendo brava, y sus olas cada vez se iban haciendo más grandes y continuadas, lo que hacía peligrar la navegación, sobre todo por la poca consistencia de la embarcación empleada. Esa fue a buen seguro la causa de que la lanchita no pudiese llegar al lugar de desembarco previamente elegido, viéndose obligado a alijar en la playa de Los Baños de Guardias Viejas.

Estas circunstancias jugaron a favor de los narcotraficantes, ya que hacia tres de la madrugada salieron precipitadamente del lugar y se dirigieron a toda velocidad hacia Guardias Viejas, quedando el dispositivo policial fraccionado, ya que parte de ellos tuvieron que salir en seguimiento de los individuos y el resto permanecieron en la playa tirados y con los vehículos muy alejados de sus posiciones.

Ya muy de madrugada y sin tiempo para poder desplegar un nuevo dispositivo policial, los acontecimientos se precipitan con la salida de la playa del vehículo, ya con el alijo cargado y el investigado al volante. El acompañante y el conductor de la lancha en su interior. A la salida de la playa y al llegar a la primera calle del pueblo, los dos vehículos policiales disponibles en ese momento montan un control, con las señales luminosas encendidas.

La resistencia y rebeldía del individuo no se hizo esperar y como si se tratase de un avezado combatiente desarrollado en mil luchas, puso rápidamente en práctica la vieja norma de “embestida de toro, defensa de jabalí y huida de lobo”. Así, la furgoneta, que circulaba con las luces apagadas, ante la presencia del control policial las enciende y embiste contra los coches policiales, emprendiendo una veloz huida.

Se inicia la persecución del vehículo y de sus ocupantes, que empiezan a arrojar fardos de hachís que se estrellaban contra la calzada, saltando trozos de las pastillas que en los mismos había, con el ánimo de provocar un accidente en los coches que los perseguían, pues no puede entenderse de otra manera el hecho de

arrojar los fardos, ya que para hacerlos desaparecer, resulta absurdo echarlos a la carretera, en donde con posterioridad podrían ser recogidos, como así lo fue más tarde.

La persecución resultó larga e intensa, ya que el individuo no desistía en ningún momento de su idea de fuga, a pesar de los intentos que se hacían para que desistiera en sus propósitos, y no se detuvo hasta el momento en que vio su camino cortado por la presencia en la calzada de dos vehículos policiales que habían podido adelantarse al coger un atajo en el itinerario que llevaba la furgoneta, y esta tuvo que girar bruscamente para eludir el control metiéndose en un callejón sin salida.

Viendo cortada su huida con el vehículo, los individuos saltan y emprenden una veloz carrera a pie, intentando saltar una valla metálica que impedía su huida, pero no lo lograron y finalmente fueron detenidos.

A pesar de que conociendo el carácter de la persona investigada podíamos prever sus reacciones, el cálculo inicial se quedó corto en su valoración, sobre todo al comprobar su comportamiento una vez reducido: ya detenido, su semblante no daba ni la más mínima muestra de alterarse. El brillo de sus ojos denotaba la sensación de poder taladrar con la mirada. Su cuerpo contenía más veneno que un alacrán.

Al recordarlo veo al lobo expulsado de la manada dando las últimas dentelladas.



VIII. GUARDIAS VIEJAS. PRIMERA GRAN OPERACIÓN.

En el duro y largo peregrinar de la vida del grupo por las diversas localidades costeras de la provincia de Almería, Guardias Viejas merece una mención especial, pues en esta bonita y visitada playa de unos tres kilómetros de longitud que rodea el reducido núcleo de población se han desarrollado bastantes pasajes de su ajetreada existencia en la lucha contra el narcotráfico. Fiel testigo de las largas noches en vela, desembarcos, persecuciones, peligros y multitud de anécdotas pasadas, su castillo, el Castillo de Guardias Viejas, situado en lo alto de una atalaya desde donde se divisa con todo su esplendor la bella bahía que forma la playa de Los Baños, haciendo del entorno un lugar idílico.

Fue aquí, en este precioso y maravilloso lugar, donde se puede decir que el grupo inició su andadura en su largo peregrinaje dedicado a la lucha contra el tráfico de estupefacientes. En esta zona de la costa se desarrolló la primera intervención de cierto calado e importancia, tanto por el número de kilos incautados como por el número de detenidos, así como por la repercusión social que causó en aquellos momentos la noticia.

Fue a principios del año 1987, cuando el grupo apenas llevaba unos meses funcionando y no tenía aún el rodamiento y acoplamiento total en cada una de sus piezas para el perfecto funcionamiento de la maquinaria que se pretendía crear, y con las numerosas dudas que cualquier proyecto de este o cualquier otro tipo puede generar.

Nos llegaron por entonces noticias de la presencia de un individuo en la localidad de El Ejido que podía estar involucrado en el tráfico de estupefacientes. Los indicios y la intuición marcan los primeros pasos de innumerables investigaciones y no iba a ser esta primera ocasión la excepción que confirmarse la regla. Fue una labor complicada, donde se siguieron numerosas pistas sin saber bien qué nos acabaríamos encontrando.

En los cursos de estrategia hay una máxima: “nunca pierdas la iniciativa” y esto fue lo que hicimos, pasar a la iniciativa con los pocos datos de los que disponíamos. En realidad, solo un nombre y un apodo: *El Lunático*. Por el alias que era conocido ya podíamos imaginarnos el perfil de la persona con la que íbamos a enfrentarnos.

Los primeros datos obtenidos en la investigación apuntaban efectivamente a que el individuo podía estar relacionado con la venta y distribución de hachís, que comercializaba por distintos locales de la localidad de El Ejido y a personas conocidas como pequeños traficantes.

Las alarmas empiezan a encenderse un día en el transcurso de un seguimiento en Almería a unos individuos igualmente investigados por su presunta implicación con el tráfico de drogas. En un momento dado, sobre las 22 horas, estos individuos se dirigen hasta la localidad de El Ejido y mantienen una entrevista con *El Lunático* regresando de nuevo hasta Almería. En aquel momento no podíamos saber el motivo de la entrevista, pero presumíamos que no podía ser otro que el tráfico de drogas.

De las personas de Almería, un industrial de la tapicería y otro dedicado a la reparación y venta de motocicletas, con un local en la localidad de Roquetas de Mar -de donde ya partieron los primeros conocimientos de su otra actividad- ya se tenían fundadas sospechas de su implicación en la ilícita actividad de tráfico de drogas.

Como fruto de los seguimientos sobre *El Lunático* observamos cómo una noche, sobre las 23 horas, coge su furgoneta, se dirige hasta la localidad de Guardias Viejas, y se adentra en la zona de la playa, donde permanece hasta las cuatro de la mañana, en que sale conduciendo su vehículo para regresar a su domicilio.

En ningún momento pudimos detectar los movimientos del individuo en la playa, pero teníamos la certeza de que su estancia en la misma solo podía corresponder a la espera de la llegada de algún desembarco de hachís, y que por la causa que fuese este no se había producido, ya que descartamos otras opciones como podía ser la pesca -no llevaba cañas-. De aquella noche la mejor medida

que se adoptó fue el no interceptar el vehículo al observarse que no llevaba peso y que iba directamente al domicilio.

De esta primera andadura por las costas, nos dimos cuenta que esa noche andábamos perdidos como perros sin collar. Las causas: el total desconocimiento del lugar, que nos impedía movernos en la absoluta oscuridad y silencio de la noche y poder controlar los movimientos del individuo en la playa, principal motivo que nos hizo cometer el fallo de separarnos por diversas carreteras que rodeaban la zona, a la espera de la salida del vehículo de la playa. La distancia entre los coches era demasiada, con lo que no hubiéramos podido llegar a la ayuda del vehículo que lo necesitase. En definitiva, nos dimos cuenta de que la máquina que pretendíamos ser necesitaba pulirse y lubricarse para llegar a su perfecto funcionamiento.

A la mañana siguiente, aún con los rostros soñolientos, nos dimos a la tarea de la primera conclusión a la que habíamos llegado y que no era otra que la importancia del conocimiento del terreno en el que nos íbamos a desenvolver. Fue a partir de ese día cuando empieza nuestro verdadero peregrinaje por toda la costa de Almería, no quedando prácticamente playa, dunas, acantilados o cuevas que no se conociese. Bastaba cualquier indicio del lugar operativo en que cualquier organización se desenvolvía, -que como se ve en estos relatos abarcaba toda la provincia- para que realizásemos un minucioso estudio de la zona.

De esta forma y a través del narcotráfico, nos sirvió para conocer el bello entorno natural que rodea nuestra provincia, quizás el más paradisíaco de toda España. Así, pudimos descubrir y disfrutar del amplio repertorio del litoral, de la orografía del terreno, de pequeñas y recogidas calas de gran atractivo natural, de espacios naturales, bonitas y amplias playas, de saborear rincones vírgenes, de su diversa flora, de la calidad de su luz, y de la gran belleza que atesoran todos y cada uno de los rincones de nuestra costa. En definitiva, un paraíso natural.

A partir de esa noche como no podía ser de otra manera, la vigilancia sobre *El Lunático* se acentúa y es así como llegamos al día clave de la investigación. Día de la semana, domingo. Un coche

policial y dos compañeros en su descanso festivo, bocadillos, pipas y control del individuo, el resto del grupo pendientes de los teléfonos de casa en una época en que los móviles no existían. El día pasaba sin contratiempos, sin ningún movimiento del sospechoso digno de relatar.

Es con la caída de la tarde y las primeras luces de la noche cuando surge el pequeño detalle, el dato, el pormenor, la clave en la investigación. La aparente e inofensiva acción del sujeto de cambiar a aquella hora uno de los pilotos traseros de la furgoneta cuyo cristal estaba roto. Eso fue lo que hizo que el instinto de los policías de turno en la vigilancia se despertara. Habían visto con toda claridad el indicio y su intuición les decía que aquella noche era la esperada, que la operación estaba en marcha y no había tiempo que perder.

Uno a uno, los teléfonos de las casas de los demás componentes del grupo fueron sonando en los domicilios y, como dice el refrán, “en un periquete” o “antes que canta un gallo”, ya estábamos camino de Guardias Viejas y con el operativo montado. Esta vez el funcionamiento de cada pieza tenía que ser el correcto.

La pieza clave tenía que ser la presencia de uno de los policías situado en el punto estratégico, donde pudiese controlar las entradas y salidas de los individuos y sus vehículos hacia la playa y carreteras de acceso. El enclave establecido resultó plenamente eficaz tanto en su posición como en su enmascaramiento, el interior de una vieja furgoneta de carga que no desentonaba en la zona.

La noche estaba en calma y sosiego, muy oscura y penetrante en todas las direcciones, excepto la calle de entrada a la población de una longitud de 20 metros en que las luces de unas viejas farolas -impregnadas de revoltosos mosquitos y otros insectos voladores- dejaban llegar una claridad tenue y apagada, cuando *El Lunático* conduciendo su furgoneta, que había sido seguida por otros dos coches policiales, hace su aparición en la línea de vigilancia del policía ya camuflado en la zona. Otea el horizonte y aparca con las luces, en la zona de calle donde solamente había estacionados dos o tres vehículos y a unos tres metros de distancia de nuestro puesto de vigilancia. Se produjo en ese momento un brutal silencio, el policía por tener, tenía en silencio hasta la respiración.

El sujeto baja de la furgoneta y a pie se dirige a la playa, perdiéndose en la oscuridad. Todo hacía pensar que el motivo de dejar la furgoneta en esta zona era que pasase más desapercibida, ya que en las proximidades de la orilla podía ser detectada por alguna patrulla de la Guardia civil en su recorrido.

Pero la noche parecía ir de sorpresas, pues poco después llega al lugar un pequeño vehículo de color rojo, tan peculiar que su sola aparición alertó al agente policial de que ese vehículo se trataba del utilizado por el industrial de Almería, dedicado a la reparación y venta de motocicletas y cuyo único ocupante no podía ser otro nada más que su propietario.

De nuevo el silencio se hizo tan espeso que se cortaba el aliento. El individuo, tras percatarse de la presencia de la furgoneta de *El Lunático*, aparca tras ella e igualmente camina en la misma dirección que el otro.

Tampoco pudieron evadirse del ojo de halcón del policía las idas y venidas de otros dos vehículos, sobre todo de una ranchera de color verde oliva, que cómo no, iba ocupada por su propietario, que no era otro que el industrial de la rama de tapicería, amigo del anterior y que igualmente estaba siendo investigado por tráfico de estupefacientes.

Las idas y venidas de estos coches de levante a poniente y viceversa mostraban a las claras que eran de vigilancia ante cualquier eventualidad que se pudiera producir, como la llegada de cualquier coche policial y así poder dar aviso a los que se encontraban en la playa.

Las horas pasaban lentamente. Los policías, sumidos en la angustia de la espera y los narcotraficantes, aguardándola llegada de la lancha con el alijo de hachís. La tensión en todos empieza a ser patente.

Era casi madrugada cuando el policía de observación vislumbra en la más profunda oscuridad, envuelta entre las tinieblas y brumas del mar, la figura de *El Lunático* que se dirige hasta la furgoneta y arrancándola se dirige con ella hasta la orilla del mar.

La tensión va subiendo.

Escasos minutos después, sale de la oscuridad y de las brumas del mar la fantasmagórica silueta de la furgoneta, con las luces

apagadas, va conducida por su propietario y acompañado de un individuo de raza árabe. Pero lo que destaca a su paso es su carga. A través de las ventanillas de la furgoneta se podía ver en su recorrido como iba cargada hasta “la bandera” de sacos de aspillera, de los usados para el transporte del hachís. El alijo se había realizado.

En esos momentos la tensión ha llegado a su cúspide, estallan los nervios, como estalla la tormenta después del bochorno, tras una tensa y angustiada espera.

Al policía que trasmite a través de los equipos de transmisión a sus compañeros que la operación de desembarco se ha realizado y que la furgoneta se dirige con su carga hacia sus posiciones, la voz le suena ronca, se le corta el aliento, se le precipita la sangre en locas carreras por el cuerpo, el corazón a punto de explotarle, pero sin embargo no pudo reprimir un sentimiento de profundo gozo. Era para el recién creado grupo la primera operación de tráfico de hachís.

La furgoneta sigue conducida por su conductor en dirección hacia el punto donde se había establecido como idóneo para proceder a la parada de la misma, pero esta última parte no salió como la habíamos planeado o por lo menos no contamos con la reacción del individuo, a pesar de la referencia de su apodo y leyenda, como una persona, ida, chiflada y desequilibrada.

El sujeto, ante la presencia del control policial embistió contra este y en una hábil y peligrosa maniobra consiguió evadirse del mismo, emprendiendo una desenfundada carrera.

Dicen que para superar las grandes dificultades hay que hacer acopio de valor y que lo último que se puede hacer en la vida es darse por vencido y los componentes del control policial dieron muestras de valor y de no darse por vencidos, reaccionando de forma inmediata y demostrando su valía profesional. Rápidamente le dieron un vuelco a la situación, logrando la detención de los ocupantes y la carga de la furgoneta. El desequilibrio mental de *El Lunático* hizo que este no aceptase su detención, desafiando constantemente con su mirada relampagueante de ira a los policías que participaron en la operación.

Posteriormente fueron cayendo el resto de narcotraficantes participantes en el desembarco.

La última etapa de esta operación se resolvió bajo un mandamiento judicial de registro en un domicilio que contaba con un amplio jardín. Los hechos tuvieron lugar al día siguiente de la operación y aunque en la casa no se encontró nada delictivo, no ocurrió así con el huerto-jardín, donde el instinto de uno de los policías, al observar que una de las partes del terreno parecía haber sido cavada recientemente, hizo que se descubriese enterrados dinero, hachís y un arma.

La sensación que tuvimos tras la culminación de esta operación es que las piezas de la máquina eran de calidad, solo faltaba su acoplamiento, pequeños detalles que con el uso se irían resolviendo y el funcionamiento de la máquina sería perfecto. El tiempo dio la razón: se formó un gran equipo.



IX. DE LA URBANIZACIÓN DE ROQUETAS DE MAR HASTA LAS COSTAS DE MAZARRÓN. PLAYA PERCHELES.

Hay pequeños detalles en la vida profesional de cualquier persona que pasan inadvertidos, al no poder relacionarlo o buscarle un fundamento equivocado. En la Policía, un buen profesional tiene que ser muy detallista; observador de cualquier detalle que se produzca a su alrededor por intrascendente que parezca. No se le debe escapar nada a su vista de halcón.

En la trayectoria de la vida profesional-policial del Grupo han sido muchos los casos en que los pequeños detalles les llevaron a cosechar triunfos en su continua lucha contra el narcotráfico.

Nunca se pudo imaginar el nervioso e irritable empresario de la hostelería de la Urbanización de Roquetas de Mar que el simple hecho de salir de casa con tres garrafas vacías de veinte litros de capacidad cada uno y meterlas en un vehículo que no era el suyo fue lo que le hicieron dar con sus huesos en la cárcel, al chocar con la visión detallista del Policía del grupo que aquel día, 24 de abril de 1998, se encontraba con las labores de vigilancia y control sobre su persona, por su otra actividad, la del tráfico de estupefacientes.

Este detalle que parecía pequeño podía tener muchas explicaciones: ¿podía ser para comprar aceite para sus negocios? ¿para llenarlas de agua? ¿para la adquisición de vino, quizás lo más natural por los negocios que regentaba?... pero si todo era normal ¿por qué las mete en un turismo que no es suyo, teniendo su furgoneta en la puerta, que resulta más apropiado para la carga? ¿y por qué no podría ser para llenarlas de gasolina? La solución a todas estas preguntas tendrían su respuesta lógica, en el momento en que fuésemos capaz de relacionar la verdadera razón o buscarle un fundamento acertado.

Pero el Policía lo tenía muy claro, sabedor que ante el acoso que estaban sufriendo las distintas organizaciones de la parte del poniente almeriense, estas habían tenido que buscarse otros puntos de alijo, mucho más alejadas de las costas marroquíes, por lo que la

persona responsable de alijar, transportar y almacenar la droga en las costas españolas debía proporcionar combustible envasado en garrafas y aceite para los motores y que asegurarse el regreso de las embarcaciones a su lugar de partida, ya que en caso de cargarlas en el punto de origen, la embarcación perdería capacidad para transportar mayor cantidad de droga.

Estas circunstancias, -unidas a que tres horas antes, a las 14 horas, había detectado en uno de los locales de la persona investigada la entrevista con otro individuo sospechoso de estar relacionado con el mundo del narcotráfico y que podía tratarse de la persona encargada de proporcionarle los medios de transmisión (teléfonos móviles) que emplearían en el momento del alijo como medida de seguridad y así mismo podría ser también la persona encargada de proporcionarle el vehículo apropiado para el traslado de la droga desde el lugar del alijo hasta el del almacenamiento; vehículo que como medida también de seguridad no tendría que ser de alquiler, ya que el investigado sabía ya del control policial que ejercíamos sobre los mencionados vehículos- fue lo que hizo no dudar que la razón de la presencia de las tres garrafas vacías era para la adquisición de gasolina.

A partir de las 17 horas, en que el individuo sale con las garrafas, se producen una serie de movimientos: recoge al dueño del vehículo y a la compañera sentimental de este, vuelven al domicilio, coge su furgoneta y se traslada a la urbanización de Roquetas de Mar, seguidos por la pareja y le deja su vehículo a otro individuo que esperaba. Sube de nuevo al turismo con la pareja, seguido por el último incorporado, que al llegar al Parador, circula dirección Aguadulce. Paran en El Parador en una tienda de telefonía.

La consecuencia de todo lo relatado hace pensar que los individuos podrían encontrarse ultimando los preparativos para realizar una posible operación de tráfico de hachís, por lo cual era el momento para la incorporación de todos los componentes del Grupo, ya preparados y equipados con lo necesario para pasar una noche más a la orilla del mar, aunque esta vez no teníamos ni idea de cuál sería el lugar de la costa elegido.

La marcha comienza por la autovía en dirección Murcia. Primero el coche con las tres personas, seguido por el coche policial. A la altura de Almería se incorporan otros dos vehículos policiales más.

La primera parada se produce en la salida 487 de la autovía, Campohermoso-Las Negras, en una gasolinera. Pronto nos dimos cuenta de que no era para echar gasolina, sino para incorporar a la comitiva un nuevo vehículo, este imprescindible para lo que pretendían realizar, una furgoneta capaz de soportar grandes pesos. La elección en cuanto a la seguridad resultó buena, pues sus puertas traseras eran una de color blanco y la otra de color negro, con lo cual nos resultaba más fácil distinguirla en su seguimiento. Como ya se suponía, el encargado de proporcionar el vehículo era el individuo de la entrevista de las 14 horas, también presente en este lugar. El conductor, el investigado.

La segunda parada no se hizo esperar mucho, solo el trayecto hasta la próxima salida, Venta del Pobre, donde aparcan en la explanada allí existente y compás de espera. En esta ocasión se incorpora a la comitiva la furgoneta del industrial de la hostelería investigado, que iba ocupada por dos individuos de rasgos árabes, que son los que abren la comitiva, pero alejados de esta, siendo seguida por la furgoneta de carga y el turismo con la otra pareja.

La tercera parada ya se hizo más larga, la localidad Murciana de Totana. Motivo: comprobación de luces de la furgoneta (frenos, marcha atrás, luz de cruce etc.).

La cuarta parada, el pueblo de Mazarrón, donde se reúnen todos los participantes de la comitiva. En esta ocasión el objetivo era establecer su base de operaciones y reponer fuerzas.

El primero en abandonar la concentración es el vehículo ocupado por los dos individuos de rasgos árabes. Ya en las primeras horas del día siguiente, los otros dos vehículos hacen dos salidas desde Mazarrón, la primera circulando por la carretera de la playa dirección Águilas, entrando por un carril que conduce hasta Playa Percheles y la segunda en dirección Mazarrón Pueblo, regresando en ambas ocasiones hasta el mismo sitio del pueblo de Mazarrón.

La quinta parada ya la efectúa solamente la furgoneta conducida por el investigado y el lugar elegido, La Playa de Percheles. El turismo con la pareja se queda en la carretera que va hasta Águilas, haciendo recorridos de ida y venidas por las cercanías del carril que conduce a Playa Percheles. Poco antes de este cruce, y como no queriendo faltar a la cita, controlando la carretera, nuestro viejo conocido, el de la cita de las 14 horas y que había proporcionado la furgoneta.

Como quiera que la parada era Playa Percheles y pensando que ese sería su último movimiento para recoger la droga, que estaría ya desembarcada (por los dos individuos de rasgos árabes), se estableció el correspondiente operativo policial, con la mayor discreción para evitar que fuese detectado por los que permanecían en la carretera, y a la vez para detener a la furgoneta cuando saliese de la playa, al suponerse que ya había recogido la droga.

A las tres de la madrugada sale la furgoneta procedente de Playa Percheles en dirección carretera de Águilas-Mazarrón. El punto elegido para su detención, la incorporación del carril de la playa con la carretera. A pesar de tener el carril cortado con la presencia de dos coches policiales con las señales luminosas y acústicas encendidas, la furgoneta conducida por el investigado, acompañado de otro individuo de rasgos árabes, lejos de parar elude el dispositivo por el arcén y circula velozmente y de manera temeraria en dirección a Mazarrón.

El trazado de la carretera de Águilas a Mazarrón, transcurre por un terreno montañoso, con numerosas curvas bastantes cerradas y peligrosas para la conducción, aunque esta se haga de una manera muy lenta, agravándose como es lógico si se hace a una velocidad de vértigo.

Aunque la furgoneta iba cargada con un excesivo peso debido a la gran cantidad de fardos de hachís que portaba, su conductor no circulaba, sino que parecía volar, tomando las curvas como si de un trazado recto se tratase.

A unos doscientos metros del cruce donde se había saltado el control policial, otro de los coches que se mantenía fuera del mismo, con la misión de ser el encargado de la detención de las

personas que prestaban apoyo de vigilancia en el alijo, intenta frenar su marcha cruzándole el vehículo con las luces luminosas puestas. El resultado, el mismo que el del control, el individuo siguió con su alocada fuga.

La persecución parecía sacada de una película del mejor cine de acción, por dos veces se consiguió adelantar a la furgoneta en la carretera, con la idea de que aminorara la marcha, terminando las dos veces el coche policial en la cuneta, al ser embestido por la furgoneta. Pese a los esfuerzos que se hacía por intentar lograr su detención antes de que llegase a las calles de Mazarrón, donde podíamos encontrarnos con alguna circulación o personas que transitasen por las calles, resultó del todo una empresa difícil, ya que esta consiguió entrar por el pueblo a toda velocidad siguiendo con su alocada huida.

En una de estas calles otro de los vehículos que logró ponerse por delante fue impactado por la furgoneta por el parachoques trasero, obligándole a salirse de la calle, con el consiguiente reventón de las ruedas.

En un momento de la persecución se consigue taponar la furgoneta en una calle impidiendo su marcha, abandonándola rápidamente y continuando los individuos a pie su loca carrera hacia una zona de invernaderos, donde por fin se consigue la detención del investigado.

El carácter nervioso que ya conocíamos del individuo nos había llevado a protagonizar una peligrosa persecución que por suerte solo tuvo las consecuencias de los daños ocasionados en los vehículos.

La sexta y última parada, Comisaría de Cartagena, donde se puso a disposición judicial al detenido. En Playa Percheles quedaron abandonadas las garrafas con la gasolina junto a las dos lanchas que habían transportado la droga.



X. PLAYA DE LOS BAÑOS O SALINAS DE SAN RAFAEL. LA BOCA (PRIMERA GRABACIÓN DE UN DESEMBARCO).

La siguiente historia es en sí bastante breve, pues se trató de la desarticulación de un grupo dedicado al tráfico de drogas que irrumpieron con una gran fogosidad en el mundo de la delincuencia, pero que, poco a poco, se fue debilitando, más que por la acción policial, por la propia debilidad de sus dirigentes, ya que casi todos ellos cayeron en la otra orilla de la droga, la del consumo.

Sin embargo, eso no impidió que por espacio de casi un año, nos mantuvieran en jaque permanente. Como con otras organizaciones, habíamos llegado a tener unos conocimientos exhaustivos de cada uno de sus miembros: actividades, vehículos, tierras, puntos de reunión, donde poder localizarlos a cualquier hora del día o la noche, etc., pero los días, semanas y meses iban pasando con el conocimiento de que una tras otra iban realizando distintas operaciones de desembarco de hachís, sin que en ninguno de los casos pudiésemos detectar en qué lugar de la costa lo hacían, ni avanzar en la investigación en lo más mínimo.

Desde el principio contábamos con un dato a nuestro favor, y es que sabíamos que el punto de alijo era el denominado por ellos como La Boca, y digo denominado por ellos ya que por muchas gestiones que hicimos sobre el lugar, siempre resultaron negativas. El resultado de la investigación dependía en un porcentaje muy elevado de la ubicación de esta zona, ya que los seguimientos los habíamos tenido que dejar en el olvido, debido al gran conocimiento que los miembros de la organización tenían sobre nosotros.

En el grupo cada componente tenía su "boca particular", opiniones contradictorias sobre la situación de la misma, no llegando a ponernos muy de acuerdo a la hora de montar el dispositivo policial que nos llevase a culminar con éxito la desarticulación de la organización.

De esta manera, en la primera oportunidad que se presentó se decidió montar el dispositivo policial, eligiendo en lo posible cada componente su lugar de preferencia. Aquella noche quizá podría

haberse resuelto el enigma, con la detención de los narcotraficantes, pero la suerte estaba de su parte, ya que sobre las tres de la madrugada, uno de los componentes detecta en el punto que él consideraba “la boca” la presencia de una lancha que se acercaba hacia la costa con las luces apagadas, lo que obliga a los demás a acudir hacia el lugar, abandonando cada uno su posición. Al final resultó una falsa alarma, ya que se trataba de la barca de un pescador.

A partir de esa noche, y posiblemente obsesionados con la idea de que los traficantes estaban jugando con nosotros, se decide montar el dispositivo todas las noches en que el estado de la mar estuviese en condiciones óptimas para la navegación, el lugar elegido sería en esta ocasión la del policía que más argumentos o razonamientos aportaba sobre la ubicación de la “boca” en la zona costera que él creía. Su lugar de preferencia, Punta Sabinal.

No es de extrañar que siendo época de verano fueran muchas las noches, por no decir casi todas, en que el estado de la “carretera” -el mar- era el óptimo para la navegación, descansando aquellas en que la “bombilla” -la luna- (así llaman los narcotraficantes al mar y a la luna), lucía en todo su esplendor. La entrada a la playa la hacíamos cuatro componentes al oscurecer, repartiéndonos en dos parejas. Nos aproximaban en un vehículo y a las 4 de la mañana nos recogían. Las horas las pasábamos camuflados entre los montículos de arena, las bromas sobre la picadura de los mosquitos que poblaban el lugar, volando sobre nuestras cabezas, con sus sonoros zumbidos a pesar de los muchos botes de repelente que gastemos y las alusiones, siempre en plan gracioso, hacia el compañero que nos había llevado hasta el lugar a través de sus análisis.

Es en este momento de la narración, cuando siento el deseo de intentar explicar lo inexplicable, cómo un grupo de seis personas, cada uno de ellos con un sistema de vida diferente, pueden llegar a tal cohesión, que lejos de sentirse abrumados por la dureza del trabajo, disfrutaban con las exigencias que diariamente se les planteaban. Pues las labores, no solo eran las relatadas en estas líneas, sino que a diario luchábamos contra el pequeño tráfico, siendo capaz de estar apostados en una carretera días enteros a la espera de la llegada de algún traficante que se

hubiera desplazado hasta otra provincia para la adquisición de droga. Así mismo luchábamos contra las organizaciones cuyos métodos empleados eran los terrestres, a través de camiones, y finalmente las burocráticas: diligencias, declaraciones de detenidos, comparecencias en los juzgados, y un interminable papeleo.

Pero no era solamente la dureza del trabajo lo que había que soportar - eso lo llevábamos con solvencia-, el principal problema residía en las presiones familiares, que no comprendían que tuviésemos una disponibilidad absoluta para la profesión y ni unas horas para ellas; el sentimiento era el de sentirse completamente abandonadas.

Todos nos acabamos acostumbrando a nuestras difíciles circunstancias familiares y profesionales, pero uno de entre nosotros nos sorprendió especialmente por lo rápido que se adaptó y supo entender la filosofía del grupo, hasta el punto de tomar, en pocos días, los mandos de la nave y guiarla por todos los mares a los mejores puertos.

Las noches fueron pasando sin percibir ni un solo detalle de que fuera por ese lugar el punto de alijo, ya que la organización seguía con su agitada actividad, introduciendo, sin apenas intervalos, alijo tras alijo. Había que decidir dónde buscar en la siguiente ocasión, ya que hasta el momento todos los dispositivos de vigilancia habían fallado. Y la decisión llegó una noche. Uno de los policías, convencido de que la 'boca' podía ser el lugar donde había montado la vigilancia el primer día, persuadió al resto para intentarlo de nuevo en ese lugar. La franja costera elegida: Playa de los Baños o Salinas de San Rafael. Y acertó.

La zona a cubrir muy extensa y el personal muy corto, solo seis personas. Fieles a nuestra forma de actuar, dos a pie en la playa a Levante y dos a Poniente, y esta vez el vehículo de apoyo podría situarse en la mitad de la distancia a cubrir, en un alto del terreno, pegado a la playa y que podía pasar desapercibido por ser un lugar utilizado por las parejas de novios que buscaban la oscuridad de la noche para declararse sus amores.

A diferencia de otras veces, la idea del dispositivo de tierra era ir moviéndonos en aproximación hacia el vehículo de apoyo y conforme fueran pasando las horas ir reconociendo el terreno, así que rastreando avanzábamos unos metros, permaneciendo después parados otro

rato, para tratar de localizar cualquier movimiento o ruido que nos alertase de la presencia de personas en la playa o escudriñando el mar, en busca de signos que nos delatasen de la presencia de alguna lancha. Pasado un tiempo continuábamos con nuestro avance.

Ya llevábamos con nuestro rastreo bastante terreno andado y varias horas de lenta marcha, cuando por los equipos de transmisión nos preguntan:

- ¿Os estáis moviendo?
- Sí.
- Paraos.
- Ya estamos parados.
- Levantaos.
- Ya estamos.

En un principio no entendíamos nada de por qué nos hacían estas preguntas, si el punto del vehículo todavía quedaba muy lejos y la noche era muy cerrada, era imposible que los compañeros nos pudiesen estar viendo, pues por no tener, no llevaban ni un visor nocturno. El único del que disponíamos, aunque era muy malo, lo llevábamos nosotros.

Poco después nos siguen comunicando:

– Delante de vuestra posición y a la derecha, hay dos individuos escondidos entre las matas, creemos que os han podido ver, tenéis que salir sin levantarles sospechas, y veniros a nuestra posición.

Sorprendidos y locos por saber lo que estaba pasando, salimos del lugar sin haber tenido ocasión de practicar las leyes escénicas, pero logrando hacer una actuación digna de los mejores actores, cantando el Asturias patria querida y haciéndonos los borrachos, pasándonos la botella del agua, de uno a otro, como si fuese de vino. Como verdaderos ebrios, la salida la hicimos poco a poco, sin apresurarnos, entre trago y trago y discusiones.

El recital de cante y la borrachera les tuvo que gustar bastante a los individuos, que lejos de marcharse, una vez rebasados, volvieron a su posición cerca de la orilla. Nosotros continuamos con nuestra jugera particular, hasta alejarnos de la presencia de los dos escondidos.

Al llegar al vehículo, nos informaron de todo lo acontecido. El motivo, la presencia de un vehículo camuflado de la Guardia Civil,

provisto de una cámara térmica que precisamente esa noche era la primera vez que la probaban. A diferencia de los visores, podía detectar todo lo que se moviese en 360 grados.

La cámara no pudo tener mejor estreno, ya que sobre las 3: 30 horas, observamos cómo en la pantalla va apareciendo un punto entre las brumas del mar, moviéndose en dirección a la costa, no tardando mucho en ir apareciendo la silueta de la lancha, ocupada por tres narcotraficantes y cargada con los fardos de hachís.

Finalmente llegan a la orilla, donde se le reúnen los dos individuos que estaban escondidos entre la maleza, empezando a bajar los fardos de la lancha y echarlos a la arena. La última visión de la grabación que vimos en esos momentos fueron estos y la que se nos quedó grabada como aprendizaje de lo que no deberíamos hacer nunca, el abordaje a una lancha en el momento del desembarco, ya que el individuo que conducía la lancha, en ningún momento soltó la palanca del motor, incluso para orinar lo hizo sin soltarlo.

Del resto de la grabación ya no pudimos disfrutar, atareados en los menesteres de proceder a la detención de los individuos, tarea que no resultó fácil, debido a la cantidad de matas y los montículos de arena. Uno de los individuos que esperaban en la playa y que perdió su DNI, en la huida, no paró de correr hasta llegar a la Argentina. El otro se maldecía por no haberse dado cuenta de que los dos borrachos eran policías.

Con esta intervención prácticamente se acabó con las andanzas de esta organización, estando como estaban sus máximos dirigentes enganchados en el consumo de toda clase de sustancias estupefacientes y para nosotros terminó el martirio y las charlas sobre si era este o aquel lugar el emplazamiento de la Boca.

El nombre venía dado por la existencia de las portezuelas y canales de entrada del agua del mar hacia Las Salinas de San Rafael, ya en aquel tiempo abandonadas a su suerte.

La grabación del desarrollo de este desembarco, el primero realizado en España, supuso en aquellas fechas un documento de gran valor, siendo solicitado por diversas policías de otros países, al saber de su existencia.



XI. PLAYA LAS PALMERILLAS. *EL TORERO.*

Hay infinidad de adjetivos aplicables a las personas: simpático, trabajador, frío, esforzado, valiente, astuto, inteligente, etc. Normalmente nos los aplicamos, cuando son buenos, en nuestras propias carnes, pero lo bonito y más difícil es reconocerlos en otros. De ahí el dicho "la paja se ve en el ojo ajeno".

El caso del que nos vamos a ocupar es el de una de estas personas, a la que si tuviéramos que calificar nos quedaríamos con el calificativo de frío e inteligente, aunque probablemente tenía y seguirá teniendo otras muchas virtudes, que aplicaba en aquellos momentos a su conveniencia a su punto de vista, que no era generalmente el nuestro.

Una persona que, sin conocerla personalmente, llega a caerte bien al no dejar de reconocer esas virtudes, aunque a lo largo de año y medio las aplique para "joderte", "hacerte trabajar en exceso", "putearte continuamente" y un montón de etc., pero siempre hay que pensar que "era su trabajo" y "estaba en su derecho". Hasta para ponerse apodo lo hizo con el del más grande de los toreros, quizás un poco vanidosamente, como queriendo decir que él también era el número uno en sus actividades, el tráfico de estupefacientes.

Llegó a ser de la familia, todos los días los pasábamos juntos, desde las 11 de la mañana, hasta las 5 o 6 de la madrugada. Íbamos de bares, al mediodía la cervecita, tarde de siesta y al anochecer "chicas y copas". Hablar no nos hablábamos, pero conocernos, vaya si nos conocíamos, no necesitábamos decirnos dónde nos veríamos en cada momento. Él era la silueta y nosotros su sombra. Quevedo decía "...Hasta por el culo me conocen". Así nos pasaba a nosotros, que a un kilómetro de distancia, fuese de día o de noche, con lluvia o sol, lo conocíamos, nada extraño si se piensa que diariamente y a lo largo de casi un año y medio fuimos su sombra.

Como buen matador, se rodeó de una buena cuadrilla:

- *El Apoderado*, residente en Melilla, propietario de un gran establecimiento en el centro de la capital, con “cartera” donde no faltaban los billetes, muy conocido en los altos ambientes melillenses y con amplios contactos en Marruecos. De estatura muy grande y rasgos españoles, andaba como encorvado. Era bastante jovial y alegre. Para torero no valía, pues miedo, lo que se dice miedo, lo tenía a espuestas. Por el matador sentía un gran cariño, quizás no correspondido por este, quien no le dejaba que le dijese nunca cómo tenía que torear. Tan bueno era que al maestro nunca le faltaban “contratos”, primero se los mandaba y después le enseñaba personalmente las plazas a las que tenía que ir a torear.
- *El Picador*, hombre serio, de frialdad, inmutable en su trabajo, con poco contacto con *El Torero*, conocía su tarea. Se limitaba a cumplir con su obligación, teniendo como faena principal desplazarse a Melilla a recoger los “contratos” que le proporcionaba el apoderado, para traérselos al matador. Si este necesitaba en ocasiones “su vehículo” no tenía nada más que cogerlo, sabía dónde estaba.
- *El Peón* de confianza, nunca fue visto con *El Matador*, siempre estaba en la reserva, en segunda línea limitándose a archivar los contratos, nadie sabía de su vida, aficiones, vicios, domicilio etc. como si no existiese. Se tardó en saber de su existencia un año y medio.

La historia arranca en el verano del 87, cuando se tiene conocimiento de la existencia en esta provincia de una organización dedicada al tráfico de hachís por un individuo residente en Melilla y otro en la población de Las Cabañuelas. El primero como responsable directo del traslado hasta las costas de Almería, de la sustancia estupefaciente procedente de Marruecos y el segundo como responsable de alijarla y almacenarla para su posterior distribución o entrega a los compradores, siempre a instancias del melillense.

La organización era muy activa, cuando no estaban realizando el desembarco, estaban vendiendo las distintas partidas a los compradores. Si el ciudadano de Melilla estaba en esa ciudad, estaba

preparando la mercancía para el desembarco y cuando estaba en Almería, haciendo los contactos con los distintos compradores, siempre con la colaboración del almeriense para la distribución de la droga.

Esta actividad, que era casi a diario, nos obligaba a ejercer una constante vigilancia sobre los dos individuos, desde las diez de la mañana hasta las tres o cuatro de la madrugada. Tantas horas detrás de ellos, y sobre todo del residente en Almería, unido al que el mismo vivía en aquellos momentos en una barriada bastante solitaria y la larga investigación hicieron que pronto llegásemos a un conocimiento mutuo, a jugar una partida de ajedrez o al gato y al ratón.

Un día de principios de julio, el individuo salió como siempre del domicilio y empezamos con la cervecita aquí, cervecita allí, para volver a casa. Pero ese día entró y salió al momento, no echó la siesta, si no que como conocía nuestros movimientos, aprovechó la hora de comprar los bocadillos y se escapó de la vigilancia. La suerte quiso que al anoecer se localizara en las proximidades de la playa de La Palmerilla, cuando circulaba con una furgoneta y acompañado de una mujer.

La Playa de La Palmerilla se encuentra situada entre Aguadulce y Roquetas de Mar, en un punto en donde la tierra entra un poco en el mar, haciendo una especie de cabo. Por la noche es bastante solitaria y el hecho de que próximo a la orilla haya una zona de vegetación con palmeras, retamas y matojos, que sirven de camuflaje para cualquier persona o vehículo, así como que por detrás de esta especie de bosque transcurran varios caminos entre invernaderos, proporcionan una magnífica cobertura para los traficantes de droga. Policialmente el lugar estaba considerado como un lugar "caliente de alijo", habiendo sido utilizado por diversas organizaciones.

El individuo con la furgoneta, que pertenecía al que llamamos *El Picador* y que nos sirvió para identificarlo, y la mujer se introdujeron en la playa y permanecieron en la misma hasta las 4 de la mañana, momento en el que salieron. Después de dejar a la mujer, el hombre se marcha a su domicilio.

El desembarco que pensábamos que estaban esperando no se detectó, aunque creemos que sí se efectuó ya que pocos días después *El Apoderado* se encontraba en Almería, alojándose en diversos hoteles de la capital y Aguadulce. Por la mañana era recogido por el español con su coche y empezaban a realizar recorridos por la capital, Aguadulce, Roquetas y pueblos limítrofes, llegando a detectar algunas entrevistas, casi siempre con individuos árabes. Al mediodía lo dejaba en el hotel y por las tardes lo recogía de nuevo para volver con los recorridos y contactos.

Fue en estos días, estando juntos ambos individuos, cuando se dirigen en el vehículo hasta el denominado Paraje Montenegro en la Venta el Corsario, una zona en cuya entrada existe una barriada ocupada sobre todo por individuos de raza árabe y familias de etnia gitana. Sobrepasan estas casas y entran por un carril de tierra, el Camino de la Cimilla, hasta llegar a una zona de invernaderos, en la que se pudo detectar la presencia de dos viviendas. En una de las casas permanecieron una media hora y de ella salen sobre las 2 horas de la madrugada.

La hora y las precauciones que habían tomado para llegar allí nos hicieron pensar que ese lugar era el almacén. Pero el hecho de no saber cuál de las dos casas habían visitado, unido a que las personas que las habitaban no nos indicaban nada, y que podía que en esos momentos no hubiese mercancía, nos hicieron seguir con la investigación y no reventar el servicio.

El día 29 de diciembre de 1987, ya identificado *El Picador*, este se desplaza a Melilla, hospedándose en un hotel, presumiblemente para recoger de mano del apoderado los "contratos" para traérselos al matador.

Este, como siempre, sale por la tarde de casa y se dirige hasta Aguadulce, donde recoge a la mujer con la que ya había sido visto en distintas ocasiones y con ella se dirige hasta Adra, entrando en varios pub. A las 12 de la noche coge de nuevo el vehículo y cambia del poniente al levante, llegando hasta la localidad de Campohermoso, donde entra en otro pub, en el que permanece hasta las 4 de la mañana y, después de dejar a la mujer, regresa a su domicilio.

Con la perspectiva del tiempo pasado, no tenemos más remedio que pensar que esa noche el individuo nos dio "otro jaque mate", "nos metió otro gol", pues lo único que hizo fue tenernos toda la noche de paseo, parecíamos un desfile.

El día 14 de enero de 1988, otra vez se detecta la presencia del *Picador* en Melilla, por lo que se supone que a partir de ese día podía producirse de nuevo un desembarco de hachís, intensificándose la vigilancia sobre el investigado, pero con el mismo resultado que otras veces. Seguimos sin averiguar cómo hacía el desembarco o quién podía hacerlo mientras él nos entretenía.

Entre pase y pase iban transcurriendo los meses, idas y venidas del *Apoderado* a la venta y distribución de la droga. Los contactos los controlábamos, llegábamos a ver a los posibles compradores, los vehículos, prácticamente lo teníamos todo, solo faltaba el momento de la entrega de la droga. *El Torero* no se preocupaba en demasía, iba al contacto, hablaba con ellos y a continuación emprendía la marcha seguido por el coche del comprador y empezaba a hacer rutas. El final siempre era el mismo se despedía de los compradores y se marchaba a tomar copas o a casa. Se seguía a los coches de los compradores y estos hacían lo mismo: se marchaban.

Tuvimos tanto conocimiento del individuo que llegamos a saber cuándo iba a hacer contacto con los compradores para la venta de droga, casi siempre al anochecer, poniéndose siempre la misma vestimenta, pantalón vaquero y camisa negra. El resto de los días no se ponía esta ropa.

El Apoderado, llegara en barco o en avión, lo primero que hacía era dirigirse hacia el centro de Almería y visitar escaparates, para ver si a través de sus lunas podía ver si era vigilado. La verdad es que la medida le fue eficaz pues en una ocasión nos detectó y cogió tal miedo que se subió en el autobús y se fue a Barcelona.

En esas tesisuras estábamos, siendo ya 20 de septiembre del 88, con un bagaje de goles a favor del *Torero* de escándalo, cuando la suerte se alió con nosotros. Y es que, viendo que las vigilancias y seguimientos no nos valían para nada, optamos por centrarnos en la única pista que habíamos conseguido en año y medio, que eran los domicilios del Paraje Montenegro. Una mañana, estando

con estas vigilancias observamos cómo llega a una de las casas una pareja de la Guardia civil, con el único objetivo de avisar sobre el ingreso en el Hospital de Torrecárdenas de una persona mayor. Se hacen gestiones en el hospital y se averigua que es un familiar de uno de los individuos que vivía en esa casa y cuya identidad ya teníamos.

La suerte no quedó ahí, pues quizás debido a la presencia de la Guardia Civil en el domicilio, el *Torero* se puso por primera vez nervioso y acudió a una cita con el individuo de la casa. Ante tales hechos, ya no teníamos duda de que el *Peón* de confianza" era el individuo que vivía en el Paraje Montenegro y el almacén de la droga estaba allí. Por fin podríamos darle nosotros el "jaque mate".

Al día siguiente, con el correspondiente mandamiento judicial, llegamos al domicilio. La casa era de planta baja con dos puertas. Pintada de blanco, con una cenefa de color azul en la parte alta. Entramos por una de las puertas –la que indicó el individuo como la de su casa, argumentando que la otra puerta correspondía a otro domicilio del que no tenía llave- y registramos toda la vivienda sin encontrar nada. La sorpresa y el desencanto fueron mayúsculos. Pero, afortunadamente, no cedimos al engaño, convencidos de que había alguna treta de por medio. Y así era.

Uno de los componentes se había fijado en la cenefa superior de la fachada, que daba a entender que se trataba de una casa única, con dos puertas. Tampoco había comunicación interior entre las dos partes, ya que se había tapiado recientemente –y de una manera muy burda- un pasillo de conexión. Si la deducción no fallaba, tenía que existir una llave que abriera la segunda puerta de la fachada, ya que la vivienda pertenecía a una misma familia. Mientras continuaba el registro, uno de los policías tuvo una intuición y localizó la llave de la otra puerta en un jarrón encima del frigorífico Nada más entrar, y bien a la vista, se encontraban apilados numerosos fardos de droga.

La pesadilla había terminado, esta vez "el jaque mate" lo recibió *El Torero*, la cornada había sido mortal.



LA PLAYA DE LAS PALMERILLAS, EN ROQUETAS DE MAR

XII. DE TABERNAS A PLAYA DE LAS PALMERILLAS.

El individuo era un tipo característico: de unos cincuenta años, estatura baja, barriga cervecera, tez morena, con cara de poco de fiar, en la que sin embargo se dibujaba inteligencia y astucia. De aspecto silencioso y gatuno, policialmente estaba considerado como uno de los más inteligentes estafadores de la provincia de Almería y ciudades limítrofes.

Al igual que el refrán, el personaje “lo mismo valía para un roto que para un descosido”. Como estafador, experimentó en todos los campos, cualquier negocio le resultaba válido, lo mismo hacía a “pelo que a lana”. Con tales antecedentes no es muy de extrañar que también experimentara en el mundo del narcotráfico. Tales virtudes le llevaban a que cambiase rápidamente de negocios y domicilios. Ahora estaba en Aguadulce y traficaba con cocaína, mañana cambiaba a La Cañada, era ganadero y traficaba con hachís, pasado mañana se cambia a Tabernas, es industrial de la hostelería y sigue traficando con hachís.

Es aquí, en el desierto de Tabernas, en las proximidades de los antiguos escenarios cinematográficos de las historias de películas del oeste americano, donde el individuo se instaló, allá por el verano del año 94, ignorándose si la causa que lo llevó hasta esos

lugares fue el acoso policial que ya estaba sufriendo por parte del Grupo o huyendo de unos narcotraficantes de origen árabe, a los que había estafado y que andaban tras su pista, quizás, con la sana intención de regalarle flores. Flores que naturalmente formarían parte de una corona.

En esta ocasión su tapadera legal era regentar un bar-restaurante.

El establecimiento tardó poco tiempo en destacar de una manera eficaz y sobresaliente: No por su buen servicio, sus tapas típicas, sus refrescantes bebidas o su insinuante y apetitosa gastronomía.

Tampoco porque se convirtiese en el lugar de esparcimiento, en el punto de reunión de los actores cinematográficos, en los descansos de sus largos y ajetreteados rodajes.. Y mucho menos porque se convirtiese en lugar de parada de expertos de Europa en su llegada a la Plataforma solar, para impulsar las energías renovables.

La única razón por la que llegó a la fama, a la cumbre de la podredumbre, fue al convertirse en un nido, en una osera, en la cueva de Alí-Babá y los cuarenta ladrones. En definitiva en un antro del narcotráfico. Aislando la llegada de algún que otro cliente despistado o algún turista perdido en busca de información, la mayoría de las personas asiduas al local, eran de profesión narcotraficante.

Se convirtió en la centralita, en el lugar idóneo para establecer contactos, relaciones, tratos, planificación y realización de operaciones de tráfico de hachís entre diversas organizaciones.

Tanta avalancha y presencia de personas dedicadas a la ilícita actividad del tráfico de hachís hizo que la intervención policial tuviera que desarrollarse de una manera lenta e ir desgranando uno a uno a los individuos, para ir colocando a cada cual en el organigrama de la organización a que pertenecían.

La organización investigada, la de nuestro personaje, resultó ser bastante amplia en cuanto al número de componentes. Su perfil era de lo más variopinto, los había para todos los gustos. La mezcla resultaba muy dispar: el estafador, el jactancioso jefe

operativo, el *full* que jugaba a ser de todo (policía, abogado y sin fin de profesiones), marineros de agua dulce, el inteligente abogado, y el todopoderoso industrial italiano.

Lo solitario de la ubicación del local y el conocimiento que los individuos tenían sobre los componentes del Grupo y del Servicio de Vigilancia Aduanera hacían que las vigilancias tuvieran que realizarse desde la lejanía. El lugar elegido, un grupo de eucaliptos en medio del desierto, al que se podía acceder a través de una rambla, por la que seguro que en más de una ocasión había cabalgado Clint Eastwood, en persecución de los malos.

En aquel oculto paraje, resguardado por los árboles, con el aleteo de solitarios gorriones y el zumbido pesado y molesto de las moscas, pasamos días enteros de vigilancias y seguimientos, resultando los momentos más agradables los de las horas de los "bocatas". Un día especial en este sentido, lo fue en el mes de diciembre. Los componentes del Servicio de Vigilancia Aduanera celebraban la festividad de su patrón en sus propias instalaciones. Ante la imposibilidad de estar presentes en los eventos, los que estábamos de vigilancia bajo la sombra de los eucaliptos nos vimos sorprendidos con la llegada de los que sí habían asistido, portando tortillas, bocadillos, pastelitos y otras viandas, que anduvimos degustando en completa camaradería, haciendo plegarias al santo patrón, para que a los narcotraficantes no se le ocurriera en aquellos momentos salir a realizar ningún tipo de gestión que nos obligase a tener que abandonar tan agradable ocupación.

Los días y meses van pasando, el dispositivo policial con sus vigilancias y seguimientos a cada uno de los miembros de la organización en busca de cualquier pista que nos pudiese llevar a la desarticulación de la misma, y los componentes de la organización con sus desplazamientos, citas y contactos, previos a cualquier operación de tráfico de hachís.

Fruto de este trabajo, se averigua cómo los movimientos de la organización en las últimas fechas van dirigidos a proveerse o dotarse de un nuevo medio de transporte marítimo. El resultado, un barco, un viejo pesquero, que nos hace suponer que su adquisición sería por estar preparando una importante operación de tráfico

de hachís y que la lancha de la que eran poseedores no podría trasladar en un solo viaje.

Un buen día, el barco se hace a la mar, y entonces surge la incompetencia, inexperiencia, ineptitud e ignorancia de los componentes de la organización embarcados, los marineros de agua dulce. El barco lleva el tubo de escape en la línea de flotación y es muy largo, por lo que el agua entra por el tubo. Solución adoptada: cortar el tubo. El corte a ras de la madera. Resultado obtenido: el barco ardiendo, vislumbrándose en la lejanía la ciudad de Melilla.

La operación planeada por los narcotraficantes había resultado un rotundo y completo fracaso, arrastrando con ello al olvido el trabajo realizado por el dispositivo policial, que tendría que empezar de un nuevo, ya que lo acontecido hasta ese momento carecía de valor.

Otra vez se empezaron, o más bien se continuaron las vigilancias y seguimientos sobre los narcotraficantes en busca de la nueva oportunidad que nos llevase a lograr las pruebas suficientes para la desarticulación de la organización y detención de sus componentes, que seguían inmersos en buscar nuevas fórmulas o procedimientos para el traslado de la droga desde las costas marroquíes hasta nuestra provincia.

Todo parecía indicar que el tiempo les urgía, como lo señalaba el hecho de la presencia inamovible en el establecimiento del todopoderoso industrial italiano, responsable del transporte y envío de la droga hasta los mercados italianos; principales clientes con los que contaba la organización.

Es así como dos días antes de la festividad de los Reyes Magos, -como si quisieran emular a sus Majestades de Oriente en su noble propósito de llevar juguetes a los niños-, los marineros, los encargados del traslado marítimo de la droga, se echan a la mar, esta vez en la lancha de que eran poseedores, con el propósito de llevar, trasladar y proporcionar sustancias estupefacientes a sus clientes. Droga que podía llegar a darse la circunstancia de que en el momento de su venta y distribución a pequeña escala, alguna porción llegara a las manos inocentes de algún menor, como si de un juguete se tratase.

El día cuatro de enero resultó de una actividad agitada y revoltosa. Por la mañana, idas y venidas. Salida de la lancha. Gestiones de última hora. La operación de tráfico de hachís ya se había iniciado, otra vez el momento de la partida había llegado. Al mediodía concentración, los narcotraficantes en su cueva y el dispositivo policial en los eucaliptos, que parecían tristes como si adivinasen que ese sería el último día de nuestra presencia bajo sus sombras, que otra vez se quedarían en completo silencio.

Al atardecer empiezan de nuevo los movimientos, el juego del gato y el ratón. El jactancioso jefe operativo empieza con sus trucos de viejo contrabandista del tabaco. Sabe o intuye nuestra presencia. Trata de mostrarnos pistas de que el desembarco se va a realizar por las costas de Murcia, realizando salidas y entradas desde el restaurante con su vehículo, quiere que se le vea, que se le siga, que él sea el cebo, que nos haga picar el anzuelo.

Con la tarde derrumbada y las primeras y oscuras sombras de la noche caídas, el individuo siguiendo con su estrategia, toma rumbo dirección Murcia, primero pausadamente, -necesita ver los faros de los coches de sus perseguidores por los retrovisores-, más tarde a velocidad moderada, - tiene que llevar el capote abierto, tiene que encelar – y por último, una vez convencido de que el encelo es completo, a velocidad de vértigo, es el momento del despiste.

El plan seguramente le hubiese salido perfecto. Pero ignoraba que la máxima impregnada y calada en el Grupo era poseer la mayor información posible sobre los integrantes de las organizaciones y esta vez tampoco era la excepción de la regla. ¿Por qué no nos tragamos el anzuelo?..

1º) Conocíamos la forma de trabajar del individuo. Él no iba a pisar la playa, ni aproximarse al lugar de desembarco; solo haría labores de control. Si la operación estuviese planeada para hacerse por las costas de Murcia, el operativo se hubiera puesto en marcha a media tarde.

2º) El estafador, como jefe, y el italiano responsable de la mercancía no se moverían del establecimiento en esperas de novedades, al igual que el abogado.

3º) Nos quedaba la vigilancia del todo-uso (abogado, policía y otras), que sí podía ir a la playa, pero seguía en su domicilio, por lo que la distancia a recorrer no sería muy grande.

4º) Sabíamos de las personas que podrían ir a recoger la mercancía a la playa.

5º) Teníamos la certeza de que el lugar del alijo sería por la zona de Las Palmerillas en Aguadulce o puntos limítrofes.

6º) Los marineros de la lancha no eran expertos navegantes y los únicos puntos que conocían eran los señalados anteriormente.

De todas formas, entramos en el juego del individuo, haciéndole creer que nos habíamos tragado el anzuelo y que todo el dispositivo policial iba camino de Murcia.

Como suponíamos, ya entrada la noche y estando los narcotraficantes apostados por la Playa de las Palmerillas y el dispositivo policial en espera de la llegada de la lancha con la droga, para realizar el desembarco, siendo ya las primeras horas del día cinco de enero, la lancha del Servicio de Vigilancia Aduanera comunica que ha detectado la lancha de los narcotraficantes y ha tenido que intervenir, procediendo a la detención de los ocupantes y a la intervención de la droga.

Como consecuencia de esta intervención y la posterior en tierra se procedió a la desarticulación de esta organización.



IMAGEN DEL PARAJE COSTERO Y MONTAÑOSO DE EL CAÑARETE, ENTRE ALMERÍA Y AGUADULCE

XIII. EL CAÑARETE.

La parte de la costa que abarca desde el puerto de Aguadulce hasta el Puerto de Almería es una amplia zona montañosa de difícil acceso. En la longitud de sus diez kilómetros de litoral solo existen varios tramos de playa o calas, algunas de ellas sin ningún camino, senda o paso de entrada desde tierra.

Paralela a la costa, transcurre el viejo tramo de la carretera nacional 340, entre Almería y Aguadulce, recorrido o trayecto que es conocido con el nombre de El Cañarete, de triste celebridad debido a los múltiples accidentes y muertes ocurridas en cada una de las infinitas curvas de su corto pero peligroso trazado. Peligro aumentado por los continuos desprendimientos de rocas que se producían sobre todo en tiempos de lluvia, que caían sobre el asfalto o rebotando iban a parar al mar.

En la actualidad, con la llegada de la autovía y los arreglos efectuados, este tramo ha mejorado muchísimo en su seguridad, sobre todo debido a la disminución del tráfico y las curvas eliminadas.

Del itinerario de la costa de El Cañarete, en el Grupo, destacábamos varios puntos, de mayor o menor grado de rigor, como factibles de poder ser utilizados como puntos de alijos por los narcotraficantes. Estos puntos en orden de situación de Almería

hacia Aguadulce eran: Playa Las Olas, Playa San Telmo, Playa La Garrofa, Playa La Cueva del Cura, Playa El Palmer y El Puntazo.

En algunos de estos puntos ya habíamos efectuado alguna que otra intervención con desigual acierto en su desarrollo, cuando se produjeron los hechos que nos llevaron una vez más a saborear las “mieles del triunfo”, y sobre todo a gozar con toda plenitud de un trabajo eficazmente elaborado, donde el instinto y la planificación funcionaron a un altísimo nivel, consiguiéndose sacar petróleo de donde prácticamente no había.

Corrían los primeros días de un friolero mes de octubre de 1989, con los primeros rigores del otoño empezando a dejarse notar, cuando se obtuvieron noticias a través del intercambio de información con grupos policiales de otras plantillas de que en la noche del lunes de esa primera semana tendría lugar un desembarco de hachís por la costa de Almería, en la franja costera comprendida entre la capital y Aguadulce. Los datos de los que disponíamos no eran muy esclarecedores, se limitaban sólo a una amplia zona costera como punto de alijo y que los responsables de la operación serían individuos de origen marroquí.

En la noche fijada, con la caída de la tarde y las primeras sombras de la noche extendiendo su negro manto, se monta el dispositivo policial en El Cañarete con los medios humanos con que se contaba -seis personas- y los medios materiales de los que disponíamos, dos linternas y un vehículo.

La franja costera a vigilar era muy extensa para los pocos medios disponibles. Pero la filosofía que reinaba en el Grupo no era precisamente la de rendirse ante los inconvenientes ni ante la falta de medios, antes bien, el espíritu que anidaba era el del entusiasmo, la dedicación a su trabajo y la fe colectiva entre sus componentes, que hacían que cualquier obstáculo que se presentase en el camino, por grande que fuese, no ofreciese ningún freno a vencerlo.

La noche se presentaba idónea para llevar a la práctica la realización de una operación de desembarco de tráfico de hachís; oscura como boca de lobo y con la mar en perfecto estado para la navegación, sin un mínimo atisbo de oleaje.

Las horas fueron pasando, con el vehículo policial ocupado por dos policías, haciendo continuos recorridos por la carretera de El Cañarete, en logros de poder detectar la presencia de algún vehículo o persona sospechosa de poder estar involucrada en la presumible operación de tráfico de hachís que esa noche podría llevarse a efecto. También serían los responsables de controlar La playa La Garrofa, Playa de La Cueva del Cura y Playa de El Palmer, que desde la misma carretera se podían vislumbrar. El resto del personal, dos policías en la salida de Almería, a pie de playa, estarían pendientes de la Playa Las Olas y Playa San Telmo, partes marcadas presumiblemente como más factibles para este tipo de operaciones en la zona. Los otros dos policías estarían en la parte de la playa de Aguadulce, igualmente a pie de playa.

Con las primeras luces del alba apuntando en el horizonte, se procedió a levantar el servicio policial. La noche había transcurrido sin ningún vestigio de que la operación se hubiese llevado a cabo. Sin reproches y entre bromas sobre las anécdotas ocurridas a lo largo del servicio, se volvió a las dependencias policiales con la seguridad de que se había hecho todo lo humanamente posible en comprobación de la veracidad de los hechos, aunque el resultado no hubiese sido el apetecido. Con estos pensamientos nos fuimos a dormir, ya con el sol calentando.

Habían pasado dos días, cuando nos llegó la noticia a través de unas breves notas de los medios de comunicación, en que se hacían eco de que en la localidad de El Ejido, la Guardia Civil había abortado una operación de tráfico de hachís cuando intentaban desembarcarla en la playa en la madrugada del lunes al martes. La nota continuaba informando de que uno de los narcos, participante en la operación, un individuo de origen marroquí, había sido detenido por una patrulla de la Guardia Civil en las proximidades del puerto marítimo de Aguadulce cuando trataba de esconderse ante la presencia del vehículo policial. El sujeto y sus ropas iban completamente empapados de agua. Finalmente la noticia indicaba que esta persona había pasado a disposición judicial e ingresada en la prisión de El Acebuche.

En el Grupo la nota de prensa no pasó desapercibida y aquella mañana, viernes, encontrándonos todos en el despacho a primeras horas del día, para empezar con las tareas rutinarias del trabajo, se empezó haciendo referencia a la noticia de los medios de comunicación.

Pronto, con los primeras opiniones, en el contexto de la conversación de lo publicado por la prensa, nos llegaron las divergencias sobre la noticia, argumentado cada uno su parecer, si bien en el fondo todos estábamos de acuerdo en que había algo que no nos cuadraba, sobre todo la presencia del individuo marroquí, completamente mojado, en las proximidades del puerto marítimo de Aguadulce, a bastantes kilómetros del punto de alijo en El Ejido. Las dudas y los interrogantes empezaron a germinar y mostrarse encima de la mesa del despacho, hasta que llegó la pregunta clave: ¿Y no podía ser que el individuo detenido fuese un integrante de la operación de tráfico de hachís que nosotros esperábamos esa noche en El Cañarete, que se hubiera realizado y no la hubiésemos detectado; y no un integrante de la operación de tráfico que se había producido en El Ejido? Parecía lo más lógico, la proximidad al lugar así lo podía certificar. Pero, en caso de que fuese cierta nuestra sospecha, ¿cómo lo probaríamos si ni siquiera teníamos la certeza de que esa operación se había realizado?

El resultado del análisis que hacíamos sobre la situación, nos indicaba que para llegar a confirmar un diagnóstico que fuese acertado, la primera medida que había que realizar era intentar dar respuesta a las dos primeras preguntas o incógnitas, si bien podían considerarse como una sola, ya que la solución de la primera, encontrar la mercancía, el hachís del alijo, nos llevaría a resolver la segunda. ¿Se llevó a efecto el desembarco?

Lo teníamos muy claro, sin la mercancía el problema no tenía ni planteamiento.

Con la filosofía que reinaba, el espíritu que anidaba -el entusiasmo- y la fe colectiva entre todos los componentes del Grupo, haciendo uso del refranero de “que el movimiento se demuestra andando”, nos pusimos esa misma mañana manos a la obra, en busca de la mercancía, con el total convencimiento de que

si la operación se había llevado a efecto la droga tendría que estar escondida en algún punto de tierra, puesto que, en caso contrario y en un porcentaje muy alto, si la hubiesen intentado sacar de la costa, la hubiésemos detectado.

La confianza, el crédito, la seguridad, la certeza, y cuantos adjetivos aplicásemos en esa fe colectiva que había dentro del grupo nos llevó a decidir que no buscaríamos por los sitios en que se había prestado vigilancia, empezáramos por los sitios o parajes en los que, por lo abrupto del terreno, era menos probable realizar una operación de esta índole, motivos por lo cual habíamos prestado menos atención.

La mañana era relativamente fría, con el cielo amenazando lluvia, cuando los policías con la misión de localizar la droga llegaron al punto elegido de la costa, el tramo comprendido entre El Puntazo y el Puerto de Aguadulce, zona costera abrupta y escabrosa, con grandes piedras naturales y otras como baluarte de protección para la carretera. La bajada la hacen por las proximidades del Hotel La Parra, acompañados de sus inseparables mochilas y con la promesa implícita a los compañeros -que estarían vigilando por la carretera por si los narcotraficantes habían dejado algún vigilante-, de que si localizaban la droga se darían un baño en calzoncillos -no llevaban bañadores- a pesar de la temperatura fría que tendría que tener el agua.

La búsqueda se va haciendo de una forma lenta, pausada, recorriendo el terreno, piedra por piedra, hueco a hueco, marcando franjas de terreno estrechas, recorridas de arriba abajo y viceversa, de forma concienzuda para no tener que volver de nuevo a registrar el lugar por donde se pasaba.

No había transcurrido ni una hora de rastreo cuando las nubes empezaron a soltar sus lágrimas de agua en forma de llovizna, que lejos de apenarnos nos resultó de una exuberante alegría, por la creencia o fantasía que teníamos en el Grupo de que la lluvia hacía para nosotros los efectos de talismán. Con su presencia se han encontrado varios alijos.

Esta vez la presencia de la lluvia tampoco iba a resultar ser la excepción que confirmase la regla. Minutos después de

empezar con su piadoso llanto, se localizaron escondidos entre las oquedades de las piedras los fardos de hachís del alijo. Como se había planificado, ni se tocó ni se alteró nada del refugio o escondite de la droga. Solo se buscó las referencias oportunas y las distancias para marcar el lugar.

En aquella ocasión los equipos de transmisión no tuvieron que esforzarse en el trabajo de los comunicados, ya que los policías responsables del hallazgo, cumplieron su promesa de darse un baño en las frías aguas a pesar de la lluvia que seguía cayendo.

Las primeras incógnitas habían sido resueltas: la operación de tráfico de hachís se había realizado y la droga localizada. Se había recorrido un tramo del camino, pero no todo el trayecto, el problema no estaría resuelto hasta que no fuéramos capaces de buscar la fórmula que nos llevara a encontrar la manera de demostrar que nuestra teoría o suposición estaba en lo cierto, que el individuo marroquí detenido aquella madrugada en el Puerto de Aguadulce no pertenecía a los narcotraficantes de la operación producida en El Ejido, sino que se trataba de uno de los responsables del desembarco realizado en El Cañarete.

El siguiente y definitivo paso que nos llevaría a resolver el problema y la solución del mismo era conseguir, ya con la prueba de la droga y los argumentos en que nos basábamos, que la autoridad judicial procediese a la puesta en libertad del individuo para que así pudiese salir de la prisión de El Acebuche. El sábado por la mañana se hizo la petición a la autoridad judicial, que cursó el correspondiente auto para la puesta en libertad del sujeto aquella misma tarde.

El ardid ya estaba en marcha, solo faltaba que el individuo cayese en la trampa y como el conejo va a la madriguera y el pez al cebo, el sujeto fuese a la busca de su tesoro oculto.

A primeras horas de la tarde, con un sol radiante y luminoso, el dispositivo policial ya andaba desplegado como tela de araña por las proximidades de la prisión de El Acebuche, a la espera de la salida del sujeto. El seguimiento tenía que ser severo para que no se escapase y, al mismo tiempo, sigiloso para que no se percatase.

Siendo las 19 horas, el individuo hace su aparición por la puerta de la prisión y suspirando con elaborada impaciencia y con

la tensión propia del momento y los nervios a flor de piel, se dirigió hacia la parada del autobús. Cuando se subió al vehículo y se sentó, su estado de ánimo pareció serenarse, seguramente enfrascado en sus pensamientos. El trayecto se alargó hasta la capital, bajándose en la Rambla Obispo Orberá, hospedándose en una legendaria pensión, cercana a la Puerta Purchena.

La noche transcurrió de manera lenta y pesada, sin que el sujeto saliese de la pensión.

La amanecida de aquel domingo de octubre, apareció brillante, con un sol resplandeciente, sin atisbo de viento, que invitaban al ocio. Nuestro objetivo, como si se hubiera impregnado de las delicias que ofrecía el día, salió muy temprano, a las nueve de la mañana, de la pensión y cogió un taxi en una parada de las proximidades.

Cuando el vehículo de servicio público, con su único ocupante, enfiló el Paseo de Almería, solitario y pobre en circulación a aquellas horas domingueras de la mañana, en dirección a la Plaza Circular y tomó el Parque en dirección a Aguadulce, la emoción en los componentes del dispositivo policial empezó a mostrarse intensa, turbadora, el juego de las apuestas, en aumento. ¿Irá o no irá, a ver si la mercancía sigue oculta en su escondite?

El taxi circuló por la carretera de El Cañarete hasta llegar al Hotel La Parra, donde el usuario pagó la carrera al taxista, que inició el regreso hacia Almería. El individuo empezó a andar de forma muy lenta y mirada recelosa. Sobrepasó el edificio del hotel, y caminó en dirección hacia el tramo abandonado de una de las curvas, eliminadas de la nacional 340, al abrirse un túnel en el nuevo trazado. El tramo de carretera eliminado transcurre pegado a la costa y empieza en el hotel, terminando a la salida del túnel. Esa parte del litoral es conocida como El Puntazo.

El sujeto continuó con la ascensión de El Puntazo, que presenta dos perspectivas muy diferenciadas, la parte que da al hotel La Parra y en la que se divisa el tramo de costa hasta Almería, y el descenso en que se observa el litoral hacia Aguadulce, parte en la que la droga permanecía oculta.

La ascensión la iba haciendo pausadamente, asomándose a la cala nudista y a la parte en la que se puede practicar deportes como el buceo y la pesca artesanal. Llegó a la cima de El Puntazo y tras observar el horizonte, empezó el descenso, dando la sensación de ir disfrutando del soleado paisaje costero.

Apenas iniciado el descenso, justo donde la entrada hacia las piedras se hace más factible, se paró y empezó a observar el perfil de la costa donde la droga estaba oculta. La mirada iba desde este lugar hasta el sitio en que dos pescadores de caña, encima de las piedras, parecían estar absortos en los movimientos ondulados y circulares del corcho de sus cañas en el agua, sin reparar en lo más mínimo de su presencia.

Pasaron varios eternos minutos en que los latidos del corazón de los componentes del dispositivo policial se aceleraron de forma vertiginosa, estando a punto de estallar, ante las dudas y vacilaciones del individuo. Cuando este consideró que había adoptado todas las medidas pertinentes y armado de valor, encauzó sus pasos, esta vez de forma más rápida, saltando de piedra en piedra, hasta llegar a la madriguera, al escondite de la droga, suspirando con elaborado gozo al comprobar que su tesoro permanecía intacto.

Fue al incorporarse cuando su corazón sufrió una fuerte sacudida, ante las voces de "¡Policía!" y la presencia de las siluetas de los dos pescadores exhibiendo sus placas policiales.

El instinto había funcionado y con la trama planificada, el sujeto fue a la droga, como el pez al cebo. La solución del problema llegó a su final, siendo el diagnóstico pronosticado el correcto.

El narcotraficante volvió de nuevo al Acebuche, acusado de nuevo de un delito de narcotráfico, pero esta vez con la certificación plena. La única variante consistía en que esta vez la droga incautada en El Cañarete sí pertenecía a su propiedad, al desembarco que él había realizado.

La paradoja se dio cuando los policías con atuendos de pescadores, al volver a recoger las cañas, se encontraron en que en el anzuelo del sedal de una de ellas habían enganchado un pez, cosa poco lógica cuando la pesca se estaba haciendo sin cebo alguno. Naturalmente el pez se echó al agua.



PLAYA FRENTE A LA UNIVERSIDAD DE ALMERÍA, EN LA CAÑADA, TÉRMINO MUNICIPAL DE LA CAPITAL

XIV. ALMERÍA. PLAYA DE LA UNIVERSIDAD.

La playa de la Universidad es una franja costera que se extiende desde la desembocadura del Andarax y que comprende desde el final de la zona de viviendas de Almería, en dirección levante, hasta la urbanización de Costacabana, en sus orígenes ocupada por súbditos ingleses.

De una longitud de unos 3 Km., en la mitad aproximadamente se encuentra el campus de la Universidad de Almería y en este punto la costa ha sufrido cambios con la continuación del Paseo marítimo. Esta zona era la que servía de baño para las personas que bajaban de la barriada de La Cañada.

El tramo que va desde la Universidad hasta Costacabana, un kilómetro y medio, es el que menos cambios ha experimentado, y permanece casi como antaño.

Entre ambos puntos, y paralela al mar, transcurre una carretera asfaltada que en ocasiones se ve alterada cuando la mar se pone bravía y lanza sus potentes olas hasta alcanzarla, rociando con su agua el caluroso asfalto. Por tal motivo, y para evitar que fuese engullida por el poderoso mar, se reforzó el resto del litoral, al que no llega el Paseo Marítimo con grandes piedras que hacen de contención del oleaje.

En los años 80, existía entre la carretera y la orilla del mar una franja de tierra cubierta de vegetación, retamas, cañaverales, matorrales de todas clases y los restos de algún chiringuito que, ya prevenidos por el impulso del mar, habían sido abandonados a su suerte, al entender que el mar lo estaba reclamando como suyo. De estos chiringuitos solo queda uno en el linde con Costacabana.

Al otro lado de la carretera, el tramo Costacabana-Universidad sigue en el mismo tono salvaje de antaño, con una extensión de terreno grande, cubierta por una vegetación tan espesa que es difícil penetrar, como si de una selva se tratara y que ha perdurado en el tiempo inamovible, a pesar de las presiones urbanísticas. El resto del terreno desde la Universidad a Almería está cubierto bajo el manto de plástico de los invernaderos.

La zona era y es frecuentada por pescadores de caña, deportistas haciendo footing y alguna pareja que otra en busca de refugio de las miradas inoportunas.

Desde el punto de vista policial, el lugar no parecía el idóneo para que se realizase ninguna operación de drogas, ya que no ofrecía las condiciones perfectas de cobertura, demasiada vigilancia, el mar muy al descubierto, cualquier lancha que se acercase podía ser avistada en la lejanía. ¿Cómo cargar la droga en la furgoneta a la orilla de la carretera sin que fuese detectada? Todas estas preguntas fueron despejándose con el tiempo, ya que se llegó a saber de la presencia de hasta tres organizaciones distintas y algunas de ellas tan fuertes que llegaban hasta toda Europa. Ellas mismas, a medida que fuimos conociendo su funcionamiento, nos fueron demostrando que nuestros argumentos no eran válidos.

No es exagerado pensar que el grupo llegó a formar parte de la sociedad almeriense, quizá porque la prensa se hacía eco de todas estas aprensiones, en ocasiones con primeras páginas. O debido a que, al tener los integrantes del grupo muchas relaciones sociales y personales, es fácil de comprender que cada uno recibiese al día numerosas confidencias:

(...) “Que un individuo grueso, bajo, rechoncho, que vive por La Cañada”, “que tiene un alias”, “ha tenido un bar restaurante”, puede dedicarse al tráfico de drogas a gran escala.

(...) “una pareja que va en un coche grande de color rojo y que viven por La Cañada”, “la mujer es extranjera y muy alta”, “son visitados a altas horas de la noche por un individuo extranjero muy alto y grueso, que tiene un restaurante”, todos ellos pueden dedicarse al tráfico de estupefacientes.

(...) “un individuo que ha tenido varios bares, y que regenta un pub”, “es visto por las noches en compañía de individuos marroquíes”, “tiene un cortijo cerca de La Cañada”, puede dedicarse al tráfico de drogas.

Todas estas confidencias nos hacen concluir que en esa barriada de La Cañada podían funcionar hasta tres organizaciones distintas dedicadas al tráfico de drogas. A partir de ese momento, el objetivo era identificarlas, meter todos los datos en la coctelera y, una vez preparado el combinado, esperar y esperar la degustación.

Cada organización tiene sus lugares preferidos de alijo, normalmente dos, el primero como idóneo y el segundo por algún imprevisto que surja a última hora. A la hora de elegir se pueden guiar por el conocimiento del terreno, por la proximidad del almacenaje y por la forma de sacar la droga de la playa, si lo hacen en el mismo momento del alijo o posteriormente.

Para destapar a estas organizaciones que operaban en la zona, primero había que responder a esas cuestiones: ¿Conocían el terreno? ¿El almacenaje estaba muy cerca? ¿Y la forma estudiada de sacar la droga de la playa con el mínimo riesgo?

Todo esto parece sencillo en el tiempo, pero al grupo le costó “sangre sudor y lágrimas” y muchas noches de vigilancias, seguimientos, bocadillos de sobrasada, picaduras de mosquitos y muchos imprevistos.

Al principio se llegó al conocimiento de la identidad de todos los integrantes de cada una de las organizaciones, sus movimientos, cuándo estaban o no de preparativos, qué noches podían ser las idóneas para realizar el pase, incluso se pudo llegar a sospechar el lugar del almacenaje, dato que en otras organizaciones solo conocen el dueño de la mercancía y el propietario del almacén. Nos quedaba averiguar cuándo realizaban

el desembarco, cómo lo hacían, por qué no lo detectábamos, y cómo sacaban la mercancía de la playa.

Al final, como el dicho Tanto va el cántaro a la fuente..., todas estas preguntas tuvieron respuestas.

En el caso de la organización más poderosa de las tres de la zona, la identificada por el individuo bajo, grueso y rechoncho, lo hacían tan fácil y tan a la luz del día, que parecía de risa: el pase lo realizaban frente a la misma Universidad.

En esta zona de la parte alta del campus, existen unas boqueras -cauces de agua- a ambos lados, cubiertas por cañaverales, y que llegan hasta la misma orilla del mar. El cruce de la carretera está hecho con cilindros de cemento que llegan a la orilla.

Los porteadores de la droga en la lancha llegaban hasta la misma orilla y depositaban los fardos en este colector. Los responsables de recogerla y almacenarla no hacían ni acto de presencia durante la noche, sino que lo hacían durante el día, en que a través del cañaveral la llevaban hasta la zona en que dejaban la furgoneta y de ahí hasta el almacén a muy escasos metros.

La segunda de las organizaciones, la de la pareja y el individuo extranjero, alto y grueso) empleaba el mismo sistema, pero la droga iba a parar directamente a uno de los invernaderos de uno de los componentes de la organización.

La tercera organización, la del individuo que regentaba un pub, era quizá la más sencilla en cuanto a estructura, pero fue, a la postre, la que más quebraderos de cabeza nos dio. Por eso centramos en ella el relato.

Fruto de las vigilancias a las que fue sometido, observamos que, de forma discreta, de noche y utilizando su furgoneta, el individuo llegaba a la calle Cartagena o alrededores y se entrevistaba con dos personas árabes que vivían en la misma calle desde hacía varios meses y de manera intermitente. No eran conocidos en el lugar.

El día 30 de octubre del año 89, el investigado aparca el coche en la calle Cartagena a las 23 horas. Es observado por los árabes desde el balcón, salen del portal del inmueble y caminan por la calle, cruzando la Avenida Cabo de Gata y la calle Castilla, donde

el individuo los recoge con la furgoneta. En el vehículo dan varias vueltas y desde varias cabinas telefónicas hacen varias llamadas, para volver de nuevo al lugar de partida: los árabes se quedan en su domicilio y el otro regresa a su pub.

Al día siguiente, el individuo llega con su furgoneta a las 23.50 horas y en la misma calle recoge a los dos árabes, iniciando entonces un itinerario que nos lleva hasta La Cañada, aeropuerto y Costacabana, para regresar por la carretera de la Universidad hacia Almería. A unos 200 metros de Costacabana para en el arcén, se apean los acompañantes y se dirigen andando hasta la zona de la playa, entrando por entre los cañaverales. El individuo con su furgoneta vuelve al pub.

El momento de la verdad había llegado, el lugar de desembarco también, solo faltaba montar el dispositivo que nos llevase a abortar la posible operación de tráfico de drogas caso de producirse. Fieles a nuestro sistema, una vez situados en el lugar, nos echamos a tierra, dos a poniente y dos a levante y sigilosamente, como serpientes, nos íbamos acercando entre los cañaverales hasta la distancia que nos permitiera ver todo lo que ocurriese en la playa.

Es así cómo, en torno a la una de la mañana, observamos cómo los dos árabes escondidos entre los cañaverales hacían señales de luces con una linterna en dirección al agua de forma intermitente y en ráfagas cortas. A las 3.30 horas llega al lugar el individuo conduciendo la furgoneta, saliendo los dos individuos árabes y montándose en la misma, tras lo cual abandonan el lugar.

Por cualquier razón el desembarco que se esperaba no habría podido llevarse a término. El día 1 de noviembre, dado que la luna y el estado de la mar eran apropiados para llevar a efecto el desembarco, se monta de nuevo el dispositivo, si bien en esta ocasión los encargados de entrar en la playa lo hacen antes de que llegasen los árabes, para habituarse a la oscuridad y coger puntos estratégicos.

A las 24 horas, como el día anterior, el investigado llega conduciendo su furgoneta con los dos árabes y los deja en el mismo sitio, marchándose a su vez hasta su pub.

Siguiendo un símil futbolístico, otra noche más el partido estaba a punto de empezar, solo faltaba que llegase el árbitro con el balón, y diese el pitido de inicio. El campo se iluminaba cada cierto tiempo para guiarle el camino en caso de que se hubiese perdido en el trayecto.

Todo parecía ir viento en popa, los delanteros de nuestro equipo infiltrados en la defensa del contrario lo tenían todo controlado, habían visto la llegada del árbitro que se acercaba muy lentamente, como si no tuviese ganas de empezar, como una pluma dejándose llevar por las olas, no reparando en que era ya muy tarde, casi las 3.30 horas de la madrugada. Al final llega acompañado de sus dos jueces de línea y sus "bolsas deportivas", empezando el partido. Los delanteros empiezan desde el principio a querer jugar con los defensas y el entrenador, para que les transmita la táctica a seguir, pero no pueden, "las botas que llevan no valen, están rotas, las de repuesto en el mismo estado". Entretanto los defensas están intranquilos, no están entrando en el juego y piensan que el partido ya se tenía que estar jugando, por lo que deciden jugar al ataque, pero ya era tarde, solo llegan a poder ver cómo el árbitro se aleja de la misma forma silenciosa en la que había llegado mar adentro, mientras que los jueces de línea, cada uno con su bolsa, hacia la salida. La línea defensiva contacta con el entrenador y este decide encender las luces del estadio y que se acabe el partido.

Volviendo a la realidad, la noche estaba de sorpresas. Cuando se decide actuar, ni rastro de los árabes, ni de la droga, todo había desaparecido, todo parecía un sueño, sobre todo para los "defensas" que llegaron a pensar que todo había sido un espejismo, que un fallo de ellos les había hecho perder el partido. Aún perduran en el recuerdo grabadas las miradas incrédulas de los centrocampistas y el entrenador que no entendían nada. El mal momento de estos se acabó cuando los delanteros llegaron en su auxilio y relataron igualmente todo lo acontecido.

Pero entonces: ¿dónde estaba la droga? ¿dónde estaban los individuos? Estos rápidamente fueron localizados camuflados entre los arbustos, unos metros más adelante, pero la droga seguía sin aparecer. Teníamos a los individuos, pero no la droga.

Todo indicaba que la habían llevado a la otra parte de la carretera, en la zona cubierta de vegetación, retamas, cañaverales y matojos de todas clases. Se contó con la ayuda de perros adiestrados, que no dieron con ella. Fue ya durante el día 3, cuando se localizó escondida en un zulo, rodeado de matojos. Todo esto nos aclaró que esta organización, sacaba la droga durante los días posteriores al desembarco y en horarios diurnos.

Estos dolores de cabeza nos vinieron dados por la falta de material con la que contábamos, ya que los equipos de transmisión que llevábamos eran bastantes antiguos y las baterías no tenían apenas autonomía, y no era la primera, ni la única, vez que nos ocurría. Caso aparte, que ya veremos en otra ocasión, era el visor nocturno.



XV. PLAYA DEL PERDIGAL O DEL ALQUIÁN.

La noche del 4 al 5 de octubre de 1994 fue bastante fresquita. A las nueve reinaba ya una profunda oscuridad, y el mar estaba tranquilo, sin olas que pudiesen romper en la orilla. Las condiciones eran las adecuadas para una operación de desembarco de hachís. El dispositivo policial, preparado por si había que intervenir en la playa. Los visores nocturnos listos para ser utilizados. En las bolsas iban cargados los aparatos de transmisión, *bocatas*, agua, pasamontañas y poco más. En los asientos de los vehículos, las prendas de abrigo. En esta ocasión, como en otras muchas, contábamos también con dispositivo marítimo.

Teníamos la certeza de que esa noche se iba a alijar una importante cantidad de hachís por las costas de nuestra provincia. Aunque ignorábamos el punto, sí sospechábamos que este se realizaría por la parte de levante, entre la desembocadura del río Almería hasta Cabo de Gata. Estas conclusiones estaban basadas en el conocimiento que teníamos sobre la persona encargada de realizar el alijo.

El individuo en cuestión era persona con un impresionante ego, se creía Dios, el mejor, el número uno, siempre queriendo deslumbrar a las personas con las que se codeaba, que en su mayoría no pertenecían siquiera al mundo del narcotráfico, sino más bien al mundo de la prostitución y el robo.

Como no podía ser de otra manera, conducía un deportivo rojo descapotable con el que le gustaba pasearse acompañado por alguna que otra mujer para fardar. El mismo alardeaba de sus operaciones de tráfico de hachís, sin ningún reparo en publicarlas a los cuatro vientos.

Ese conocimiento del individuo del que disponíamos nos hizo confiarnos un poco y recordar el refrán “pez que se duerme, se lo lleva la corriente”, ya que el dispositivo de localización y control

del mismo se llevó a efecto muy tarde, a las 19.30 horas, con el resultado de que el “pájaro ya había volado” de los lugares habituales.

Convencidos de que el resultado de la operación dependía de la localización del individuo, ya que el tramo costero a vigilar era muy amplio, nos pusimos manos a la obra, repartiéndonos el terreno.

A dos compañeros nos tocó el espacio costero que va desde la Universidad hasta Costacabana, lugar por donde empezamos el recorrido de rastreo y localización. El núcleo urbano ya a esas horas estaba prácticamente desierto, solo detectamos, sentados al final de la urbanización la Algaida, la presencia de tres personas sentadas en un muro próximo a la playa y mirando hacia el mar. El único vehículo, un ciclomotor que nos hizo pensar que podía tratarse de tres jóvenes.

La noche iba pasando y ninguno de componentes del rastreo daba señales de vida. Estando nosotros en la segunda vuelta de nuestro recorrido, casi una hora después de iniciarlo, al pasar de nuevo por la zona llamada Algaida, al final de la misma, donde terminan las casas y empieza una franja de terreno arenoso muy amplio que comprende desde la orilla del mar hasta una carretera asfaltada que corta la costa marítima con el aeropuerto de Almería, observamos la presencia de las tres personas detectadas en el primer recorrido que continuaban sentadas en el mismo muro y con la mirada hacia el mar, a pesar del frío y la humedad del ambiente que se introducía en el cuerpo, hasta calar los huesos.

Esta circunstancia, quizá no tan anómala, fue la que nos hizo reflexionar sobre la posibilidad de que una de estas personas se tratase de la misma en cuya busca estábamos inmersos, solo era cuestión de perder unos minutos y buscar la fórmula de poder llegar hasta ellos, sin levantar sospechas en caso de que se tratase del individuo, ya que también nosotros éramos reconocibles para él.

Nos encontrábamos en estas cábalas cuando en la distancia observamos cómo una de estas personas se pone en pie y cogiendo el ciclomotor sale del lugar y hace un recorrido por toda la urbanización y zona costera, seguramente con la intención de

controlar si había algún movimiento sospechoso o alguna patrulla de la Guardia Civil o Policía, regresando de nuevo a su posición.

Seguramente nunca podrían imaginar estas personas que el realizar ese movimiento de control les resultaría fatal, ya que ese recorrido nos valió para comprobar la identidad de la persona que conducía el ciclomotor y que no era otra que la cuñada del individuo que buscábamos. Las otras dos personas de la playa tenían que ser, sin miedo a equivocarnos, la hermana y su marido, la persona que se intentaba localizar. La búsqueda había terminado.

Al tener al individuo, teníamos el punto de alijo, que no podía ser otro que a la izquierda de la posición que ocupaba, es decir en la playa del Perdigal, también llamada playa del Alquián.

La franja costera de esta playa es muy extensa, y en casi toda su longitud, prácticamente sin vegetación, solo destaca la presencia de alguna que otra barca de pequeñas dimensiones en la arena, que son utilizadas por algunos pescadores de la localidad del Alquián, más como de recreo que por la pesca en sí. La zona más visitada es la de la Barraquilla, lugar donde se sirve buen pescado y marisco.

El único lugar donde existe vegetación es la parte que pega a la urbanización, lugar donde estaban apostadas estas personas, donde existe un núcleo de eucaliptos y, a continuación, un bosque formado por cañaverales, retamas de bastante altura y matorrales de todas clases, con caminos de tierra formando verdaderos laberintos que ocupan una considerable extensión de terreno desde la playa hasta la carretera. La zona es de una oscuridad total, sin ningún alumbrado, ya que las luces del aeropuerto sí se ven desde la mar a gran distancia, pero en tierra solo llegan a alumbrar la carretera. Sobresale del paraje la Atalaya del Perdigal, como punto elevado que perdura a pesar de sus muchos años de vida.

Al tener ya claro que el punto de alijo era en el tramo de playa que abarcaba la extensión de la vegetación, que les iba a servir de cobertura, se monta el dispositivo policial oportuno, entrando tres de los integrantes del grupo por el entramado del bosque, hasta controlar la playa y a las tres personas que esperaban.

No hubo que esperar mucho, ni pasar mucho frío, ya que no había pasado ni una hora cuando el dispositivo del mar detecta la

presencia de un eco frente a la urbanización de Retamar, que va a una velocidad muy lenta y puede ser sospechoso.

Minutos después el dispositivo de tierra, ayudados de los visores nocturnos, confirma estos extremos y que se trata de la lancha esperada, que navegaba próxima a la orilla y al llegar a la altura del núcleo de vegetación, lanzó un destello de luz.

El individuo que esperaba ya había dejado la posición que tenía con las dos mujeres y permanecía oculto entre las matas. Uno de los ocupantes de la lancha le daba gritos llamándole por su nombre, hasta que este sale de su escondite y se acerca hasta la orilla.

Una vez que establecieron contacto visual, los ocupantes de la lancha paran los motores y la acercan a tierra, empezando a descargar fardos de hachís, que dejan en la arena para posteriormente llevarlas hasta los matorrales.

Estaba la noche en la calma más absoluta, el individuo y otras dos personas que se habían quedado en tierra con la faena de llevar los fardos desde la arena hasta los matorrales y el dispositivo de tierra tratando de cerrar el cerco sobre ellos, cuando de repente, retumbando en el silencio se oyen los gritos desgarradores de las mujeres que seguían con las faenas de vigilancia gritando "¡los motores, los motores!", refiriéndose a los ruidos de los motores de la lancha que componían el dispositivo policial por mar, en su aproximación a la lancha que estaba alijando.

Ante tal eventualidad, la operación se acelera tanto por mar como por tierra. Avisado el dispositivo marítimo de lo sucedido, este procede a la interceptación de la lancha de los narcotraficantes y la detención de sus ocupantes.

El dispositivo de tierra, que ya se encontraba prácticamente encima de los individuos, camuflados entre los matorrales, y que habían oído perfectamente las voces de advertencia, se ve obligado a intervenir antes de lo previsto, en el momento en que todavía los individuos portaban fardos de hachís, desde la arena a las matas.

La reacción de todos ellos no fue la misma, ya que precisamente la persona que nos era conocida reaccionó lanzándole el fardo que portaba al policía que lo interceptó, emprendiendo una

rápida huida en la oscuridad de la noche y camuflándose entre los cañaverales y matorros de la zona.

La operación terminó con la detención de las mujeres y posteriormente la del individuo y la reflexión nuestra de que una vez más habíamos vivido la experiencia en directo del desarrollo de un desembarco de drogas.



XVI. CALA CARBÓN.

El repiqueteo insistente del teléfono sonó como un trueno en el silencio sepulcral y profundo del despacho. En él nos encontrábamos solamente dos compañeros del grupo intentando dejar terminadas unas diligencias que se hacían imprescindibles para la mañana. El resto del grupo, con las prisas que dan las dos de la madrugada y la decepción de que una vez más las cosas no habían acaecido con el resultado apetecido, raudamente se habían despojado del material operativo y marchado a sus domicilios.

Cruzamos nuestras miradas y comento:

– Será alguno de estos *espabilaos* que se habrá dejado algo olvidado.

El compañero descuelga el teléfono y después de atender la llamada comenta:

– Es de la sala del 091, que han recibido una llamada de un ciudadano, indicándole que en Cala Carbón, había observado un movimiento extraño y que podía tratarse de un alijo de hachís.

Ante la posibilidad de que esta llamada pudiese ser cierta y tratarse del alijo en el que habíamos estado trabajando esa misma tarde-noche, consultamos un mapa de la costa y llegamos a una idea aproximada de la ubicación de la cala para emprender viaje, una vez equipados de linternas y material operativo en dirección al parque natural Cabo de Gata-Níjar.

La primera parte del recorrido la hicimos muy rápidamente debido a la hora y a la poca circulación. Conducía mi acompañante y no hablamos mucho. Fue al llegar a Las Salinas de Cabo de Gata y al tomar la carretera ascendente que lleva al faro, cuando la noche se empezó a torcer en forma de lluvia. Primero fueron unas gotas, que se convirtieron en un diluvio.

– ¿Sabías que Cabo de Gata, es la zona de España, donde menos llueve? le pregunto a mi compañero.

– Pues no lo parece, con lo que está cayendo, en pleno verano, responde, y sigue centrado en la conducción.

Yo también dejé de hablar y puse toda mi atención en el rumbo a través de mar en el que se había convertido la carretera. Como si el coche fuera un barco.

Nada más rebasar el faro, la noche se hizo mucho más oscura, como boca de lobo, al no tener la referencia de las luces de su alta torre, siempre vigilante. Al empezar la bajada, la estrecha carretera serpenteaba encajonada entre las altas montañas de las sierras y los acantilados sobre el mar. Silencio en el interior del coche. Caía una verdadera cortina de agua, que obligaba a conducir despacio. El limpiaparabrisas giraba tenaz a derecha y a izquierda, pero la visibilidad era escasa. Las continuas ráfagas de lluvia arremetían contra los cristales del coche con tal ímpetu que parecían que estos saltarían rotos en mil pedazos. Del exterior solo apreciábamos las constantes iluminaciones en el cielo de los relámpagos, que marcaban su trayectoria, para perderse en las montañas, y segundos después los ruidosos sonidos de los truenos que parecían querer abrir la tierra. Una noche de perros.

Al llegar a la zona de playa y, ya en terreno llano, decidimos parar el vehículo y esperar a que pasase la tormenta que tan cruelmente nos había castigado, al sorprendernos en plena montaña, sin posibilidad de poder estacionar en ningún punto, ante la estrechez de la carretera y sus constantes y peligrosas curvas.

Como suele ocurrir siempre después de la tormenta, llega la calma. Al final la noche quedó clara en lo alto, con un cielo en el que apenas brillaban las estrellas, pero, al fin y al cabo, una noche agosteña, quieta y dormida, serena y calurosa.

Sobre las tres y media de la mañana y apoyados por las luces de las linternas, pudimos entrar en Cala Carbón, comprobando cómo el Mediterráneo tenía su día. Rompía en altas olas, que se rendían acondicionadas con la arena entre manchas de espuma burbujeante, que sin embargo no impidieron que diésemos con lo que nos había llevado hasta el lugar. Entre las rocas, y ocultos con piedras y arena, una considerable cantidad de fardos de hachís. El ciudadano anónimo había acertado.

– Quién crees que ha podido ser el loco que se ha atrevido a echarse a la mar con este tiempo? – interroga mi compañero al subirnos al vehículo.

– El mismo en que tú estás pensando– respondo sin dudar.

– Si ¿pero el punto de alijo de esta organización, no es por la desembocadura del río o por la universidad?

– Sí, y la prueba es que los otros dos componentes de la organización, *El Constructor* y *El Veguero*, estuvieron controlados hasta la una de la mañana y no abandonaron esa zona, hasta que se fueron a casa. - ¿Y cómo es que se ha venido a alijar aquí, tan lejos de esa zona?- pregunta

– Es fácil de imaginar - le digo- el legionario se había echado a la mar con buen estado para la navegación y al llegar a las proximidades de la isla de Alborán se vio sorprendido por el poniente, que ha sido quien lo ha desviado de su ruta y lo ha arrastrado hasta este lugar, de todas formas lo vamos a saber por la mañana, yendo a su domicilio y averiguando si está en la casa...

No me dio tiempo a terminar con las explicaciones, que de todas formas no eran necesarias, pues las ideas las tenía tan claras como yo, cuando los primeros sonidos de los ronquidos empezaron a llegar a mis oídos, primero muy suavemente, para terminar en fortísimos terremotos. Al final yo también me dejé llevar por la inercia del sueño.

Estaba amaneciendo en la lejanía del mar y las primeras, temblorosas claridades permitían ya apreciar el entorno en que nos encontrábamos, cuando la voz del compañero me despierta del letargo en que estaba sumido.

– ¿Oye, tendremos que montar una discreta y velada vigilancia por si los traficantes de la droga, vienen a recogerla?

– De acuerdo, vete tú (consciente de la importancia vital que para él era, el de estar a las ocho de la mañana en la casa), avisa a los demás para que vengan y terminas lo que teníamos pendiente ¿de acuerdo?

– De acuerdo.

Con mi mochila a las espaldas y gozando el fino sol de la mañana, me fui adentrando hacia el interior de las rocas que

formaban Cala Carbón, en busca del escondrijo donde permanecer alejado de cualquier mirada inoportuna. Actuación que me fue imposible sortear con las gaviotas, que en número elevado volaban muy bajas y lo escrutaban todo con sus ojos de vidrio, girando la cabeza, ladeándola hacia mí, como si quisieran amedrentarme por osar infiltrarme en su área de esparcimiento. Como si hubieran entendido que su intimidación no iba a resultar eficaz o bien por sus amplios conocimientos de la sabia naturaleza que les hacían sabedoras de que el mar iba remitiendo en su carrera, y podían ir en busca de su sustento, de su ración de pescado, escucho el recio aleteo de sus alas, perdiéndose mar adentro.

Una vez fijado el que iba a ser mi puesto de vigilancia, durante un tiempo me dedico a repasar las bellezas del paisaje, la concavidad cada vez menos vertiginosas de las olas avanzando hasta desplomarse, a ver pasar las nubes en su multitud de formas por las inmensidades del azul del cielo, en el soleado paisaje costero y, sobre todo, me impregno de ese paraíso de paz y sosiego en que me encontraba.

Estaba reflexionando sobre lo injusto que puede ser no tener tiempo para contemplar los árboles, el mar, para escuchar a los pájaros o ver pasar las nubes, cuando las voces de mis compañeros a través del póker -medio de transmisión- me sacan del mundo de fantasía en que me encontraba, volviéndome a la realidad.

La vigilancia se mantuvo dos días con sus noches, sin que los responsables del alijo fuesen a rescatarlo, por lo que, aun siendo conocedores de que los autores eran los componentes de la organización investigada, no pudieron ser detenidos. *El Legionario* fue finalmente arrestado años después por otra intervención de tráfico de drogas, pero nunca más se embarcó como guía por el miedo que le tomó a la mar, a pesar de que fue ella la que le libró aquella noche de haber sido detenido. *El Constructor* abandonó las actividades ante el acoso policial y las pérdidas sufridas con la incautación de la droga y *El Veguero* murió pocas fechas después en un accidente de tráfico.

El mejor premio que nos llevamos de aquella operación policial fue el descubrimiento de esa incomparable, agraciada,

atractiva, encantadora, y bella cala, llamada Cala Carbón, en pleno parque natural de Cabo de Gata-Níjar, lugar idílico y bálsamo reconfortante para el sosiego y descanso.

Como aval del calado que la belleza de estos parajes nos introdujo en la sangre a los componentes del grupo, valga decir que dos días después de la intervención policial, y sin haberlo hablado ni puesto de acuerdo entre nosotros -casualidad absolutamente cierta a pesar del escepticismo de las mujeres- todos coincidimos con nuestras familias en la playa de Cala Carbón, que, al ser primer domingo de agosto, era un hormiguero, una barbarie de coches atascados en la arena y de familias alrededor de inestables mesitas plegables, chillones transistores, y neveras portátiles. Al final, como no podía ser menos, degustamos la tortilla española, los embutidos de la tierra, disfrutamos del vino y la cerveza, del abrasador sol, y del refrescante baño en completa familiaridad.



XVII. DE VILLARICOS AL PARQUE NATURAL CABO DE GATA-NÍJAR. CALA BERGANTÍN Y LA POLACRA.

Es norma habitual en la lucha contra el tráfico de drogas de las comisarías de distintas ciudades y regiones el intercambio de información y datos relativos a estas actividades ilícitas e individuos que pudieran estar implicados en las mismas.

Es así como a principio del 88 se supo de la existencia de un individuo de la Comunidad Valenciana, que aprovechaba las costas de la parte norte de Almería para introducir hachís.

Dice el refrán que “la suerte no hay que buscarla, se presenta sola” y en aquella ocasión vino de cara, pues estando en otros menesteres parte del grupo se tropezaron con ella, en forma de persona, ya que observaron cómo por el Paseo Marítimo de Garrucha se paseaba el individuo que estaba siendo investigado, acompañado de otros dos más. El coche lo mantenía aparcado en el puerto pesquero, y de él destacaban dos grandes antenas, que parecían los mástiles de los barcos.

Solo bastó eso para que el resto nos pusiéramos en marcha. Sin ningún titubeo, ni una pregunta, aunque todos las teníamos en mente; ¿estará de paseo? ¿puede haber ido a hacer alguna gestión? ¿estará de vacaciones, es agosto? En cuestión de pocos minutos echamos mano del material (bolso con cintas para adaptarlas a las espaldas, mono azul con bolsillos donde nos acoplábamos el póker y salida para el auricular, bote de autan para la picadura de mosquitos, botella de agua y el famoso visor nocturno)”. Los bocadillos los compraríamos en el camino.

Una vez en marcha, ya las preguntas quedaron en el recuerdo. Si no había éxito, regresábamos y tema resuelto, el tiempo no nos importaba. Pero, ¿y si acertábamos?

Al atardecer del día 5 de agosto, el Paseo Marítimo de Garrucha estaba frecuentadísimo, aún la crisis de los 90 no había llegado. Las terrazas de los bares se encontraban llenas de extranjeros degustando la famosa gamba de Garrucha. Nuestro hombre seguía

paseándose con sus dos acompañantes tranquilamente, como si se tratasen de unos veraneantes más, no mostraban ningún detalle que pudiera hacer pensar que esa tranquilidad desapareciese y se pusiesen “mano a la obra”.

Se dice que la “paciencia es la madre de la ciencia”, y es así como a las 21.30 horas se les une otro individuo, que rápidamente identificamos como extranjero y que podía ser la persona a la que estaban esperando.

Intercambian impresiones, y minutos después los cuatro suben al coche del investigado y se dirigen hasta la localidad de Villaricos, donde antes de llegar y en el puente de la Rambla del Río Almanzora, hacen una parada y bajan los dos acompañantes, continuando el conductor del turismo y el individuo extranjero hacia Villaricos.

Villaricos es un pueblo del municipio de Cuevas de Almanzora, en la costa de Levante. Es turístico y no muy grande. Cuenta con un pequeño puerto pesquero, si bien la mayoría de sus habitantes viven de la empresa Deretil, dedicada a la elaboración de productos de laboratorio de farmacia. Cuenta con varias playas muy cuidadas y bonitas.

La parte en que descendieron los dos individuos es la margen del cauce del río Almanzora, un paraje muy solitario y oscuro, desapareciendo por un sendero de tierra, en dirección a la playa y que transcurre entre matorrales. La distancia entre la carretera y la playa es de un kilómetro y medio a dos.

La zona la teníamos considerada como “muy caliente” para los desembarcos de hachís, ya que en otras ocasiones había sido utilizada por otras organizaciones. Los hombres de la mar, cuando localizaban un banco de pescado solían marcarlo buscando tres referencias de tierra, tres puntos que les sirviesen para poder volver de nuevo al lugar Los traficantes de hachís, y sobre todo el “guía” que dirigía al conductor de la lancha hacía el punto de alijo, solía echarse a la mar antes de los desembarcos para buscar estas referencias, tres puntos de luces que en la noche y desde la mar se puedan distinguir. Desde las costas marroquíes a las nuestras se guiaban por las luces de los faros. Estas referencias eran para la costa.

En este punto, esas marcas nos eran conocidas ya que en una ocasión fueron utilizadas por otra organización y nos costó recorrer toda la costa de Almería desde La Alcazaba hasta San Juan de Los Terreros. Estas marcas eran: una luz roja, muy alta, situada en el Hotel Nudista de Vera, una serie de luces juntas, de una gasolinera y la luz roja del puerto pesquero de Villaricos.

Una vez averiguado el posible punto de alijo y los dos individuos en la playa, dos componentes del grupo conocedores del terreno cogen sus mochilas y se adentran también entre la jungla de matojos hasta llegar a la playa y localizar su posición.

Estos movimientos de entrada en la playa se hacían tan sigilosamente y estábamos tan acostumbrados a movernos en la oscuridad que nunca nos sorprendieron, a excepción de una intervención, que también relatamos y que a la postre nos sirvió para poder desarticular a aquella organización. El problema lo tenían los "fumadores". En la oscuridad, la calada a un cigarrillo se distingue a mucha distancia. También desde alta mar. A pesar de todo, se fumaba. A nosotros nos venía bien que lo hiciesen, ya que así los teníamos más controlados y siempre sabíamos sus movimientos. También es verdad que nosotros lo hacíamos, pero tumbados en el suelo, en dirección contraria al mar y a los individuos, arrojando el cigarrillo con las manos o la bolsa.

Nada más llegar y ver el estado del mar nos dimos cuenta de que esa noche no se iba a producir el desembarco, ya que había un fuerte oleaje, con grandes olas y fuertes vientos de Levante, que hacían imposible que alguna lancha pudiese llegar a la orilla.

Como no podía ser de otra manera, a las 1.30 horas se observa cómo los dos individuos salen de su escondite y se dirigen a la carretera, donde son recogidos de nuevo por el considerado como jefe. Nosotros también somos recogidos.

Después de la salida de la playa, hay un espacio de tiempo de "idas y venidas", en las que el investigado solía buscar puntos altos de la costa para realizar llamadas con los medios de transmisión que llevaba.

A las 4 de la mañana emprenden ruta y llegan a San José. En esta ocasión ya viajan con dos coches, el cuarto individuo había

sido llevado por el otro hasta Garrucha, mientras se estaba en la playa. El vehículo era de matrícula italiana. En esta localidad paran los vehículos y se echan a dormir. Algunos de nosotros también lo hacemos. El resto se queda de vigilancia.

A las 7 horas, uno de los turismos -el ocupado por el investigado y uno de los jóvenes- se pone en marcha y se dirige por Los Escullos hasta Rodalquilar, donde, al pasar este antiguo pueblo minero explotado por los ingleses, se adentran hacia la zona de la Playa del Playazo, quizás una de las playas más bonitas del Parque natural de Cabo de Gata. Recorren unos metros por el camino de tierra que lleva a la orilla para girar por un sendero que tiene una torre de vigía en su cima, a mano derecha del Playazo.

El Parque natural Cabo de Gata-Níjar es una franja costera que va desde la Rambla del Agua, en la playa del Cabo de Gata hasta Barranco Hondo en el término municipal de Carboneras, uno de los paisajes más áridos de Europa. Se trata de uno de los espacios protegidos de mayor superficie y relevancia ecológica. Su geografía sigue siendo natural, libre, llena de rincones y paisajes vírgenes de espectacular belleza, que son fuente de inspiración para escritores, pintores y artistas en general. La naturaleza fue muy generosa en estos parajes dotándola de salvajes y abruptos montes, perfilando los desafiantes acantilados que cortejan a numerosas calas vírgenes.

Enumerar la cantidad de calas que existen y la calidad de cada una de ellas nos llevaría a extendernos demasiado, por lo que mencionamos solo las que, de una forma u otra, han tenido que ver con el objetivo de estas páginas, destacando las más significativas, de levante a poniente: Agua Amarga, Cala En Medio, El Plomo, La Joya, Cala San Pedro (refugio de gente bohemia, sus limpias y cristalinas aguas, contrastan con el blanco de su arena, haciéndola de una belleza insuperable) Las Negras, El Playazo, Cala Bergantín y La Polacra, donde se desarrolla nuestra historia, Playa del Peñón blanco, La Isleta del Moro, Los Escollos, Cala Higuera, Playa San José, Playa de Los Genoveses y Mónsul, encontrándonos aquí una de las partes más puras y hermosas del Parque, ejemplos de playas vírgenes, destacando sus dunas; Cala Media Luna, la Vela blanca, Cala Carbón etc.

Los piratas supieron en su tiempo valorar las ventajas estratégicas que les conferían estas tierras. Fue Carlos III quien puso definitivamente solución a la entrada de piratas moriscos, construyendo una línea de defensa costera formada por castillos y torres castilladas, llegando a construir 14 fortificaciones, a las que bautizaron con nombres religiosos, San Pedro, San Ramón, Santiago, San Felipe, San José....

Uno de los lugares más pretendidos por los piratas era la cala de San Pedro, donde se llegaron a instalar baterías de defensa.

La leyenda cuenta que las luchas eran cruentas y continuas, con numerosos muertos, por lo que las viudas de los lugareños tuvieron que emigrar de San Pedro y buscarse nuevos hogares, instalándose en Las Negras, cuyo nombre dicen le viene a esta población por esta causa, ya que las mujeres vestían todas de riguroso negro.

Al igual que los piratas en un tiempo, los narcotraficantes también aprovechan las ventajas estratégicas que les proporcionan estos lugares para realizar sus operaciones de desembarco de drogas. Conocedores del lugar, los policías los van observando desde la lejanía subir por el camino y, después de preguntarle a un pastor alguna cosa, se pierden montaña arriba.

La zona es bastante seca, abundan las higueras chumbas, que en esa época del año estaban cargadas de chumbos, ya en plena madurez y con el color típico amarillento-rojizo del fruto. Uno de los policías, experto en estos menesteres, saca su pequeña navaja y, partiendo unos trozos de retama se hace una especie de escobilla y cortando una considerable cantidad de ellos, empieza a limpiarles las espinas con la escobilla y a pelarlos con la navaja.

Una vez saciado el apetito, tomamos el camino de tierra y coincidimos igualmente con el pastor, que nos manifestó que los individuos le habían preguntado por una playa en la que había una palmera.

El camino muy pedregoso termina al lado de la montaña, en una cala muy solitaria y en la que destaca el detalle de tener una palmera en su centro a escasos 100 metros del agua. En esta zona estaba aparcado el vehículo.

En las rocas de la costa, dos pescadores de cañas, que nos sirvieron de cobertura hasta situar a los individuos que habían llegado hasta otra cala próxima y que, a diferencia de la primera, es muy pequeña y de muy difícil acceso, ya que la montaña está en cortado sobre la arena de la playa.

Después de una media hora, los vigilados se montan en el coche y se marchan del lugar. Recorremos la cala que habían visitado, descubriendo un alijo de hachís escondido con piedras. El punto de desembarco en un principio era la desembocadura del río Almanzora en Villaricos, pero debido al estado de la mar, la lancha no tuvo más remedio que tocar tierra y dejar el hachís, al no poder llegar hasta el punto de destino. Así que, después de localizar al resto de nuestro grupo, volvemos a situarnos en un lugar desde donde divisaríamos la droga, en espera de que los individuos volviesen para recogerla.

No hubo que esperar mucho. Poco después vuelven las cuatro personas y empiezan a subir los fardos de hachís desde la playa a la montaña, donde iban depositándolos en los matorrales del monte, sobre todo esparto, quizás con la idea de ir llevándosela poco a poco. Estando en estos menesteres fueron sorprendidos.

De la peligrosidad de esta organización puede dar una idea que el individuo extranjero tenía una orden internacional cursada por la policía italiana por la muerte de uno de sus componentes en un atraco a una sucursal bancaria. Llevaba documentación falsa y la matrícula del coche estaba trucada.



VISTA AÉREA DE LA PLAYA DE EL ALGARROBICO, EN CARBONERAS

XVIII. CARBONERAS: PLAYA EL ALGARROBICO Y PLAYA LOS MUERTOS.

Carboneras es una población turística del levante almeriense. Tiene un puerto pesquero en el que operan barcos de gran calado dedicados a la pesca, así como barcos de gran tonelaje que vienen a descargar a la central térmica, en el que trabaja una parte de la población.

Del pueblo existe la leyenda de que citar su nombre está asociado a la mala suerte. Para evitar nombrarlo o referirse a él se optó por llamarlo con el apodo del El pueblecito.

Esta leyenda tiene su origen hace muchísimos años por la presencia de un cura que se instaló en el pueblo. Amante del mar, solía acercarse por las mañanas al muelle a ver cómo los barcos se hacían a la mar, y por las tardes a la llegada para ver cómo les había ido la pesca.

Una mañana, encontrándose el cura en el puerto, habló con el tripulante de un barco sobre Carboneras, alabando sus costas, sus gentes etc. Ese mismo día el barco sale a faenar y cuando regresa lo hace sin un solo pescado.

A la llegada, el cura se encontraba en el muelle esperando a ver descargar las capturas. Al verlo, el pescador que había estado hablando con él a la salida achacó que la causa de no haber

pescado nada había sido por el cura y este mencionó varias veces la palabra Carboneras.

Esta superstición del pescador fue creciendo entre ellos, si hablaban con el cura y este mencionaba la palabra Carboneras, ese día no pescarían nada, por lo que mientras estuvo en el pueblo los pescadores lo evitaban ya que se lo tomaron muy en serio. Aún en la actualidad esta leyenda sigue viva en toda la provincia, asociando la palabra Carboneras y el cura de Carboneras con la mala suerte.

El municipio cuenta con varias playas en el pueblo y otras varias fuera del núcleo urbano, entre las que destacan la playa del Algarrobico y Playa Los muertos.

Desde hace varios años, la playa del Algarrobico, ha saltado a la actualidad, tanto nacional como internacional por la construcción de un polémico macrohotel, que recibe el nombre del paraje. La construcción del mismo tiene sus defensores y sus detractores, entre los que se encuentra el Grupo Ecologista Greenpeace cuyos, activistas han realizado diversas movilizaciones para impedir su construcción. La playa está situada en la carretera en dirección a la localidad de Mojácar. Es una zona privilegiada. Desde la carretera que transcurre paralela a ella, y cuyo trazado va entre montañas, se pueden ver vistas panorámicas extraordinarias, y a las olas del mar jugando con las piedras.

La zona se ve alterada por la desembocadura del Río Alías, cuyo curso apenas lleva agua en casi todas las épocas del año, por lo que suele verse la acampada de algunas caravanas entre las retamas que allí existen, si bien es una actividad prohibida.

El refranero popular dice que “cuando santa Bárbara truena...”. Cuando esto acontece en esta zona, este río se suele poner bravo y arrastra a su paso todo lo que encuentra, incluido caravanas que terminan en el mar, llegándose a inundar toda la desembocadura.

A unos metros de este punto existen varias casitas en una posición privilegiada, a la orilla del mar y en un montículo que las preserva de las olas. A continuación son varios kilómetros de playa, reservadas por montañas y alguna que otra rambla. El paisaje es árido y está recubierto de matojos, retamas y otras plantas.

Esta zona solitaria es un lugar igualmente aprovechada por los traficantes de drogas, que la utilizan como lugar de alijo y por lo que policialmente es considerada como “caliente”.

Desde septiembre del año 1989 se tenía conocimiento de que varios individuos extranjeros que se movían por la zona de Mojácar, Carboneras, Garrucha e incluso habían sido vistos por la Playa de San Pedro y Las Negras haciendo submarinismo, podían dedicarse al tráfico de hachís usando como medio de transporte para traer la droga desde las costas marroquíes a las de Almería el velero que poseían.

Pronto se vio que aquello tenía visos de ser realidad, y se descubrieron los contactos que estos tenían con un individuo residente en Melilla, haciendo constantes salidas a la mar y cambiando continuamente de puerto de atraque del velero.

Fruto de estas vigilancias se observa cómo dos de los componentes se embarcan y navegan desde el Puerto de San José a Aguadulce y posteriormente al puerto de Adra. El día 29 de noviembre del 89 se echan a la mar desde Adra, llevando el velero una embarcación auxiliar de color blanco, con cubierta roja y parabrisas de cristal. Esta embarcación a la postre sería la que nos abriría la puerta de la investigación.

El día 2 de diciembre, el velero entra en el puerto de Garrucha. El hecho de que el barco llegara sin la embarcación auxiliar, se embarcaran dos personas y llegaran tres, entre ellos el residente en Melilla y alquilaran un vehículo, hace pensar que la operación de tráfico de hachís se había realizado.

El movimiento siguiente fue buscar la lancha auxiliar al tener sospechas de que esta podría haberse utilizado para el traslado de la droga desde el velero hasta tierra, al no poder acercarse hasta la playa el velero debido al calado del mismo. Al mismo tiempo, los individuos hacían con el coche alquilado recorridos que iban desde Garrucha y Mojácar hasta el Algarrobico, donde daban la vuelta y regresaban. Todo hacía pensar que la droga había sido alijada por esta playa y tenía que estar oculta en algún lugar de la zona.

El 3 de diciembre se localiza la lancha auxiliar, en la rambla del Río Alías, en concreto en la arena de la playa, zona que en días

anteriores estaba inundada de agua a consecuencia de las fuertes lluvias, y ese día se encontraba menos encharcada. A partir de estos momentos, el objetivo era encontrar dónde estaba oculta la droga. Se recorre toda la playa, las montañas de los alrededores palmo a palmo hasta el anochecer, con resultado negativo.

Al amanecer del día 4, de nuevo estábamos en la zona, volviendo de nuevo a recorrer montes, vaguadas, cuevas, etc. ampliando cada vez más el círculo, pero llegó la noche con el mismo resultado. Las dudas empiezan a llegar: ¿y si no lo han hecho? ¿y si ya la han sacado de la playa?

Pero las preguntas también tenían respuestas: si no lo habían hecho, ¿qué hacía la lancha auxiliar en la playa? ¿Por qué los individuos seguían con los recorridos por la zona?

Dice el refrán que la fe mueve montañas, y si algo tenía el grupo era una cantidad inmensa de fe, más que el Alcoyano.

Fruto de esta moral, el día 5, a las 8 de la mañana, de nuevo nos echamos al monte y se empieza a rastrear la zona, con la única variante de que cambiábamos los lugares de rastreo. Es así como poco antes de las 10 horas, uno de los policías llama al compañero más cercano y le comenta lo siguiente: mira, no te extraña estas ramas cortadas de retama". Las ramas estaban introducidas entre las de una retama grande que allí había. No cabía duda de que las ramas habían sido cortadas con la idea de tapar algo que hubiesen metido dentro de la retama, pero allí no había nada.

Este detalle nos hace pensar que la droga había sido ocultada en un principio en ese lugar, que pertenecía a una zona llamada La Granatilla. Como la retama estaba en una rambla, seguimos ascendiendo por ella. Al rebasar el puente de la carretera que va de Carboneras a Mojácar, a mano izquierda se observa la presencia de un árbol, un chaparro de grandes dimensiones, rodeado de matojos a unos dos kilómetros de la playa. Justo en el tronco del árbol se encuentran escondidos los fardos de hachís del alijo que se buscaba. La fe y la moral habían triunfado.

La idea de los traficantes era clara: la habían ido subiendo desde la playa, hasta acercarla a ese lugar, muy próximo a la

carretera, por lo que solo tendrían que parar un momento para cargarla en cualquier vehículo.

Ya era cuestión de esperar a que fueran a recogerla. Como premio a su hallazgo, esta pareja sería la encargada de hacer la espera. Para ello se suben, con el agua y los bocadillos, a una de las montañas por la que transcurre la rambla, y después de prepararse con ramas su puesto de observación, se limitan a que pase el tiempo, sabiendo que no pueden ni moverse.

El silencio del lugar en las primeras horas era completo, solo alterada por el canto de algún grillo y el "latazo reiterativo" de alguna mosca pegajosa.

Fue entrada la tarde cuando pudimos disfrutar de un espectáculo extraordinario, con la presencia de pollos de perdiz. Primero fue el grito del macho, resonando de vez en cuando en la paz reinante del campo, más tarde sus cantos, que cada vez iban a más. Poco después y como si se tratase de un coro, otros respondía, llegando a formar una gran orquesta. No era una bandada, parecía más bien una familia, que jugaban entre ellos, mientras subían por la falda de la montaña. El tono de sus colores con las patas y el pico rojos, resaltaban del verde de las matas y el negruzco de las piedras. Iban caminando con el cuello encogido y el torso encorvado, buscando semillas y sin dejar de jugar entre ellos. Fue al llegar cerca de nuestra posición, al detectar nuestra presencia, cuando se inquietan, ya que permanecen unos segundos con la cabeza erguida y el cuello vertical, para rápidamente salir volando en distintas direcciones y perderse monte abajo.

Poco después del espectáculo con que nos habían deleitado los pollos de perdiz, y ya sobre las 17.30 horas, llegan los actores de la otra comedia. Lo hacen en coche, que aparcan al lado de la carretera, pegado al puente, y bajan hasta donde estaba escondida la droga, para empezar la función. Nada más iniciada, termina el primer acto. El segundo se va realizando poco después conforme se van encontrado los actores que faltaban.

No quisiera terminar este recorrido por la costa de Carboneras sin hacer una mención sobre la Playa de Los Muertos. Situada en la carretera que va desde el pueblo hacia Aguamarga, está considerada

también como uno de los “puntos calientes” del narcotráfico en nuestras costas, aunque al grupo este lugar no nos parecía el idóneo, ya que la playa está situada a mucha distancia de la carretera y su acceso es enormemente dificultoso, ya que el trayecto discurre como una vereda entre montañas, salpicada de piedras sueltas y numerosos matojos. El desnivel entre la playa y la carretera es bastante considerable, por lo que se nos hacía bastante imposible entender que cualquier persona subiese cargada con los fardos de hachís, cosa distinta era si la operación consistía en sacarla de día por mar.

El conocimiento de esta playa nos llegó en el año 1988. Mientras realizábamos un seguimiento a los componentes de una organización de narcotraficantes que estaban preparando un desembarco de hachís, nos llevaron seguramente buscando el lugar de alijo. La operación no se realizó por lo menos en esta playa, quizás debido a la dificultad de sacar la droga, pero alguno de los componentes sí pasamos varias noches de vela en las penumbras del lugar.

Han sido muchas las noches pasadas a lo largo de estos años de trabajo entre playas con diversas características y calas más o menos abruptas, pero ninguna me marcó como la Playa de los Muertos, quizá por la solemnidad del lugar, rodeada por montañas de bastante altura cortadas en vertical, como si hubiesen sido expuestas al corte de una guillotina al llegar a la orilla.

Aún perdura en mi memoria la noche en que la conocí. Era el mes de agosto, ya noche cerrada, cuando inicio el camino de descenso en unión de otro compañero, guiándonos por la pequeña vereda. Con tropezones y caídas conseguimos llegar a la orilla. Para abarcar toda la playa, el compañero tomó hacia la derecha, y yo opté por la izquierda, la única entrada por tierra la dejamos en el centro. Una vez buscado un escondite seguro donde pudiésemos ver cualquier movimiento que ocurriese tanto por mar como por tierra, nos pusimos a la espera.

La soledad de la noche es buena para la reflexión. Yo estaba en estos menesteres, entre idas y venidas de mi vida y tratando de ver algún vestigio de movimiento ya fuese por mar o tierra del posible desembarco, cuando mi mente se centró sobre el entorno,

con esas paredes en picado sobre mi cabeza, a lo lejos las luces de una barquilla pescando con movimientos de acercamiento hacia la orilla, las voces de las dos personas que la ocupaban que me llegaban nítidas a veces y otras rebotando entre las paredes de la montaña, cuando un escalofrío recorrió todo mi cuerpo impregnándolo de sudor a pesar de que la noche era fresquita por la humedad del lugar. Con el tiempo han sido muchas las veces que me he preguntado las causas que motivaron ese escalofrío. ¿Me dejé llevar por el entorno del lugar? ¿fue la superstición del propio nombre?, ¿o quizás simplemente un comportamiento del cuerpo? Lo ignoro, pero de lo que sí estoy seguro es de que a mí me impresionó.

Posteriormente he hablado con diversos lugareños y hombres de la mar sobre el porqué es llamada Playa de Los muertos, y me han dado distintas versiones. Unos comentan que a apenas a unos metros de distancia de la orilla la profundidad es muy grande, cayendo igual que las montañas en picado existiendo varias corrientes marinas que hacen que cualquier cuerpo lo arrastre hacia ese lugar. Los más ancianos de la zona comentan que viene desde las numerosas guerras que mantuvieron cristianos y moros por la conquista del lugar, con numerosas bajas por ambos lados. Las personas muertas por el bando cristiano eran depositadas en balsas fabricadas con troncos y lanzadas al mar, para que así sus almas descansasen en paz. Todos aquellos cuerpos iban a vararse en el mismo sitio, es decir en la playa de Los Muertos.



XIX. MOJÁCAR. PLAYA MACENAS.

A lo largo de estos años la experiencia que se iba adquiriendo, demostraba que no siempre todas las organizaciones estaban estructuradas. Por el contrario, también existían pequeños grupos individualizados, con muy pocas personas encargadas de realizar las operaciones de tráfico de hachís. Eran personas con otros trabajos profesionales, que en momentos determinados, por diversas relaciones y contactos que tienen en Marruecos, deciden hacer alguna operación de este tipo. Este prototipo de organización es mucho más difícil de detectar, ya que las reuniones y contactos entre ellos son mínimos.

Es así como a principios de mayo de 1988, y como fruto de los continuas relaciones e informaciones entre grupos policiales, se llega a saber que por esas fechas se podría producir un desembarco de drogas, cuyos responsable sería un individuo al que apodaban El Valenciano, que estaba trabajando como obrero de la construcción en la localidad de Mojácar, y del que se ignoraba su domicilio así como su lugar de trabajo. De él apenas se conocía una fotografía. También se tenía conocimiento de que, caso de hacerse el alijo el lugar de desembarco, sería por “las luces rojas”.

Con estos datos, y siempre llevados por el ánimo, el entusiasmo y perseverancia, se opta por ir desplazándonos por parejas, a la localidad de Mojácar, con el fin de poder localizar al individuo y poder realizar una vigilancia sobre el mismo para, en el caso de ser ciertas las informaciones, poder abortar el desembarco de estupefacientes que pretendía realizar.

Mojácar, situada en el levante almeriense, es un municipio con una extensión de setenta y dos kilómetros cuadrados y un censo de población de unos diez mil habitantes. Su clima y playas le dan un gran valor turístico, así como su pintoresco emplazamiento, por lo que su población se ve incrementada todo el año, resultando todavía más evidente en verano. Cuenta con

diecisiete kilómetros de costa, donde se puede encontrar tanto calas solitarias como playas animadas. Su población está repartida en dos núcleos bien diferenciados, Mojácar pueblo, situada en lo alto de una atalaya, donde se puede disfrutar del encanto de su arquitectura árabe medieval y Mojácar playa, extendida a lo largo de la costa, la de mayor densidad de población y donde se ubican la mayor concentración de hoteles. Desde la zona de la playa existen numerosos caminos cuyos trazados trascurren de manera zigzagueante y ascendente, hasta perderse en las entrañas de las montañas que la rodean. A lo largo del recorrido, y en las profundidades de los montes, numerosas casas aisladas, construidas sin ningún tipo de regulación urbanística.

Con tales expectativas, los días iban pasando lentamente con algunas alegrías y muchas penas. Alegrías cuando se creía que se había localizado y se regresaba eufóricamente, (tres días estuvieron dos compañeros tras los pasos de la persona equivocada), y penas cuando se comprobaba que lo adelantado no era sino un error de semejanza, similitud o unas ganas locas de localizar al individuo. Pero si algo nos caracterizó a este grupo de personas era nuestra gran fortaleza y perseverancia para el desánimo. Para levantar los momentos de bajón, que en ocasiones los había, se buscaban fórmulas estimulantes. Esta vez el reconstituyente era una apuesta. En juego había una comida. Los que logran dar con el individuo, comerían gratis, a costa de los demás.

Pasados unos 15 días de estos desplazamientos a Mojácar, las dos personas encargadas de cumplir con lo establecido se vieron apoyadas con la presencia de un tercer componente, el jefe del grupo. La salida se realizaba muy temprano, para llegar al pueblo antes de que los obreros empezasen a trabajar y poder recorrer los bares donde solían tomar café. Íbamos como siempre soñolientos, pero imaginándonos que ese sería el día definitivo en el que daríamos con la persona buscada.

La mañana del día 19 de mayo, jueves, no empezó muy bien. Después de recorrer los cien kilómetros que separan Almería de Mojácar, paramos al llegar al pueblo en el primer bar que encontramos abierto, con la idea de empezar con la búsqueda, y

al mismo tiempo tomar el café reconfortante que nos espabilara del sueño y el cansancio acumulados. En todo pueblo suele haber siempre un tonto y el gracioso de turno. A nosotros esa mañana nos tocó bailar con el gracioso.

En el local solo se encontraba el camarero y dos hombres más sentados en unas sillas alrededor de una pequeña mesa. Uno de los individuos, con pinta de obrero de la construcción, tomando la dosis de *medicina* –machaquito seco con limón- que le diera fuerza para soportar el duro día de trabajo que se le avecinaba, o quizás para poder soportar el dolor de cabeza que le estaba proporcionando su acompañante, con su continua y pesada charla. El que no estaba consumiendo era de avanzada edad, no muy alto, y bastante canoso. Su conversación y forma de hablar dejaban traslucir que se sentía gracioso, o por lo menos intentaba hacerse el simpático. Nosotros nos situamos en la barra, y apenas el camarero nos habían servido los cafés, este último individuo se levanta de la mesa y se dirige hacia el componente del grupo que estaba más próximo a él y le espeta la siguiente pregunta:

– Oye, ¿como terminó la pelea?

– ¿Qué pelea? –le responde, estupefacto, el compañero pillado de sorpresa.

– Las de mis dos huevos que chorrean.

Nos dio por reír, sobre todo por la cara de estupefacción que se nos quedó, principalmente del que la había recibido en primera persona. Esto nos sirvió para imaginarnos que ese iba a ser el gran día. Ya que había empezado con mal pie, tendría que terminar bien. Pero conforme iban pasando las horas, de nuevo el desánimo se iba apoderando de nosotros, así como el cansancio de tanto recorrer lugares y reconocer con la vista las fisonomías de las personas con las que nos cruzábamos. Hubo momentos, ya sobre el atardecer, en los que se nos cruzó el propósito de abandonar por ese día la misión de localizar a la persona buscada, pero el afán y la constancia siempre nos hacían esperar y esperar y que nunca fuese el último el lugar que visitábamos.

Estando en esta tesitura - irnos o quedarnos- llegamos sobre las 21 horas a un bar-restaurante, bastante repleto de gente, ya que se

estaba dando por la televisión un partido de fútbol amistoso entre el Real Madrid y AC Milán. Aunque éramos amantes del fútbol -con una excepción- y siendo un partido de tanta resonancia, no llegamos a prestar atención al mismo, aunque si la memoria no falla al Madrid no le iba muy bien ya que perdió 2-1. Estando en los menesteres de reconocimiento de las personas allí reunidas, de pronto se oye a un grupo de ellas que ocupaban una mesa, gritar fuerte “valenciano, veinte para acá”. La expresión iba dirigida a un individuo que en esos momentos entraba al local. Los tres componentes del grupo, después de ver y estudiar la fisonomía del individuo, nos miramos y asentimos con la cabeza, haciéndonos gestos afirmativos en señal de era la persona buscada y que habíamos dado por fin en el clavo. Al final seríamos los que ganaríamos la apuesta.

Pero la noche todavía nos daría otra sorpresa, ya que poco después de esos acontecimientos, entra al local otra persona que se reúne al grupo con el que estaba el llamado por sus amigos el valenciano. Al ver a este individuo entrar, vuelve la ronda de miradas entre nosotros y “a la foto”, llegando a la conclusión de que efectivamente la persona que había entrado en el local en último lugar era la identidad de la persona que buscábamos. ¿Por fin le habíamos dado forma a la “fotografía”?

A pesar de todo nos asaltaban las dudas. ¿Pero entonces el primer individuo quién era? ¿cómo se parece tanto? Las respuestas vendrían dadas poco después, al ver que ambos salían, y cogiendo un vehículo se dirigían a su domicilio, situado en un paraje de viviendas unifamiliares, en lo alto de la montaña de Mojácar playa, un sitio aislado y lejos de miradas de vecinos. La duda estaba resuelta, eran hermanos gemelos.

El camino de regreso, ya de madrugada, se nos hizo bastante corto, a pesar de la distancia, con el entusiasmo de saber que parte del trabajo se había realizado, las bromas de cómo había empezado el día y los comentarios de lo que dirían los demás componentes del grupo al saber que habíamos ganado la apuesta.

En aquellos momentos no pudimos ni imaginarnos la suerte que tuvimos, ya que los acontecimientos se iban a precipitar de

inmediato. Al día siguiente, viernes, se decide montar las vigilancias al mediodía, cuando terminasen de trabajar, ya que sería a partir de esas horas, una vez finalizado su jornada en la albañilería, cuando podría realizarse la operación de tráfico de drogas que se sospechaba que los mismos iban a intentar. Fruto de esta vigilancia y seguimiento se observa cómo después de comer todos los trabajadores se van despidiendo para pasar el fin de semana entre sus familias, ya que la mayoría de ellos eran de otras ciudades, todos menos los dos hermanos, que se quedan en Mojácar.

Al atardecer, realizan en el coche un recorrido por la playa que va desde la salida de Mojácar Playa, hasta el Castillo de Macenas, en dirección a Carboneras. En las proximidades del castillo dan la vuelta para regresar al domicilio, cosa que hizo sospechar que el desembarco de droga, caso de realizarse, se haría por esa zona y probablemente esa misma noche.

Por esas fechas, en la salida de Mojácar en esa dirección se estaban llevando a cabo obras de canalización y mejoras en la carretera por la que los dos individuos hacían su recorrido. Esta carretera transcurre paralelamente a la playa, y para evitar accidentes por causas de las obras, las protegían con unas vallas protectoras, de las que colgaban unas farolas con luces de color rojo, y que efectivamente desde el mar y de noche se distinguían perfectamente.

Todas estas circunstancias nos llevaron a la conclusión de que el lugar de alijo sería en Playa Macenas, en aquellos tiempos una playa poco transitada y en la que solamente podía existir el problema de alguna caravana que por allí pernoctara. Solo faltaba saber el sitio exacto del alijo, - la cabeza del alfiler- ya que el recorrido que hicieron por la playa era de varios kilómetros. Las incógnitas se iban despejando, solo faltaba esperar. Y no hubo que hacerlo mucho tiempo. A las 21 horas, ambos individuos vuelven a hacer un nuevo recorrido en su vehículo por Playa Macenas, regresando de nuevo al domicilio.

Todo concuerda: no se van de fin de semana, hacen el recorrido de la playa, el estado de la mar era el idóneo para la navegación. En definitiva, esa noche era la esperada. Se monta

estratégicamente un dispositivo en la playa de Macenas, pues solo nos faltaba el lugar exacto, dónde iban a estar situados los individuos, cosa que no se hizo mucho esperar, ya que sobre las 23 horas regresan de nuevo a Playa Macenas, volviendo a hacer el mismo recorrido, para finalmente entrar en la playa, justo a la salida de Mojácar, en el lugar donde más vegetación había, donde la carretera hace una curva y la playa no es vista desde la misma. La última incógnita estaba resuelta

En el dispositivo se había acertado, ya que dos componentes del grupo estaban colocados encima del montículo a escasos metros de los individuos, cualquier movimiento de estos sería controlado. Los otros cuatro componentes nos vamos reuniendo en la oscuridad de la noche, desplazándonos lentamente por la arena para aproximarnos al objetivo. Pero la noche se va haciendo muy larga, el frío relente de la madrugada y el airecillo que se levanta van mermando nuestra fortaleza, ya que la posición a escasos metros del rompeolas, y sin ningún obstáculo para resguardarnos, se hacía insoportable. La inmovilidad tenía que ser absoluta, ya que podíamos ser detectados tanto por los de tierra como los que pudiesen venir por mar. Nuestro único abrigo era pegarnos los cuatro, tumbados en la arena, y buscar cada uno el calorillo corporal del otro.

Siendo ya casi las 6 de la mañana y encontrándonos en estado aletargado, y helados de frío, con las primeras luces del día empezando a asomar en el horizonte, a unos escasos cinco metros de la orilla, se observa aparecer primero la silueta, después la lancha, y por último los ocupantes, y la carga que llevan. La llegada la realizan muy lentamente, los motores van apagados, dando la sensación de no tener prisa por llegar, como si se imaginasen que iban a un viaje sin regreso.

En esos momentos, los dos individuos que esperaban en tierra se aproximan hasta la lancha, no llegando a pisarnos por verdadero milagro. Los cuatro teníamos en suspenso hasta la respiración. Hablan con los de la lancha y echan una cuerda a la misma y tirando todos la arrastran por la orilla del agua, hacia la posición de arbustos ocupados por los de tierra, donde proceden a descargar la droga.

Todavía transcurrido el tiempo nos preguntamos cómo no nos vieron, en qué estado de tensión o ceguera tendrían que ir para no hacerlo, por qué no intervenimos en ese momento, solo teníamos que levantarnos del suelo, en qué estado de aturdimiento pudimos quedarnos

Las respuestas a todas esas preguntas, ya no tienen validez. Con lo que nos quedamos es con los momentos (a lo largo de los años han venido otros) vividos, escasos minutos en el que el corazón parece que late a un ritmo distinto, la boca está seca, no se puede articular palabra, solo estás esperando el momento de la acción, del ya, del ahora, para liberarte, soltar la adrenalina, y llegar a la conclusión de que el trabajo realizado ha valido la pena.

Esa visión fantasmagórica de la lancha apareciendo entre las tinieblas, con el timonel puesto de pie en la popa al lado del motor sin separarse de él, como si temiese verse sorprendido y tuviese que variar el rumbo y adentrarse mar adentro, aún perdura en nuestras pupilas, unida a los cortos, pero interminables minutos en que se hace la espera de la intervención. Todo eso nos marcó, haciéndonos más fuertes en el trabajo y sellando nuestra amistad y las de nuestras familias.

El resto de la historia ya no despierta más interés, simplemente una vez la droga estaba en tierra, se produjo, el ya, el ahora, esperado. La comida por supuesto se realizó, teniendo que soportar los perdedores las bromas de los ganadores.



XX. DE SAN JUAN DE LOS TERREROS A ALMERIMAR CON PARADA FINAL EN LA ESTACIÓN DE RENFE DE ALMERÍA.

Las primeras noticias que recibe el Grupo de las playas de San Juan de Los Terreros (Pulpí) como posibles lugares de alijos hay que situarlas a principios del año 89. Un intercambio de información con otra comisaría nos hace saber de la existencia de una organización dedicada al tráfico de drogas que operaba por esa zona y cuyos componentes tendrían su residencia en las poblaciones del levante almeriense y sur de la provincia de Murcia. Los datos aportados no eran muchos, apenas que el desembarco era inminente y se produciría por las playas de San Juan de Los Terreros.

Con tan escasa información nos pusimos en camino una tarde tres componentes del grupo, con la intención de comprobar si estas confidencias estaban en lo cierto y, de ser reales, poder abortarlas. Al ser una población alejada más de cien kilómetros de Almería, se optó por alojarnos en uno de los pocos hoteles que en aquellos años había en la zona, cuya su ubicación era un punto estratégico como filtro para la entrada y salida de cualquier vehículo del pueblo. La misma noche de la llegada, y sin un conocimiento exhaustivo de la población, nos echamos a la playa hasta las seis de la mañana sin obtener ningún resultado, controlando sobre todo los lugares que indicaban las noticias que nos habían llegado.

Nos levantamos temprano con la idea de reconocer todos los posibles lugares que, a nuestro juicio y con nuestra experiencia, podían ser idóneos para realizar una operación de este tipo. Pronto nos dimos cuenta de que la cosa no iba a resultar en absoluto sencilla, ya que puntos idóneos había un buen número, tanto al levante como al poniente del casco urbano, así como en las mismas playas que bañan las casas del pueblo, que en aquella época del año estaba casi desierto de veraneantes

Mantuvimos durante tres noches las vigilancias con resultado negativo, sin que se detectase ningún movimiento de desembarco

ni de personas sospechosas. De aquellos días guardo tres recuerdos que aún perduran en mi memoria; el descubrir unos parajes preciosos y unas playas idílicas; la presencia en el hotel de un canario en su jaula, cuya puerta estaba siempre abierta, pero que nunca abandonaba hasta que no recibía la orden del camarero y solo regresaba igualmente la recibía, en unos vuelos por el local que nos deleitaban con la belleza y armonía de su canto; y, por último, la elegancia de las muchas palmeras con la que cuenta el lugar, con sus ramos de dátiles colgando, aún algo verdes, de los que nos llevamos algunos e hicimos madurar tapados con un trapo impregnados en vinagre.

El recuerdo de las palmeras con esos dátiles tan sabrosos no es, como se verá, una simple anécdota. Su presencia nos sirvió para conocer el lugar de desembarco de distintas organizaciones que empleaban como referencia “los dátiles”.

Días después de estos hechos nos llegan de nuevo, y por cauces distintos a los anteriores, confidencias sobre la implantación en la zona del Poniente de Almería, en concreto Almerimar (El Ejido), de un grupo de personas que, de forma organizada, pudieran estar dedicándose al tráfico de hachís del norte de África a las costas de Almería para su posterior distribución.

Analizando estos últimos datos, nos dimos cuenta de que eran coincidentes con los recibidas sobre la organización que operaban en San Juan de los Terreros. Un hecho, sobre todo, nos llamaba la atención; que los integrantes eran de las mismas poblaciones y eran conocidos en el mundo del narcotráfico con el mismo apodo, una extraña coincidencia que no parecía casual.

Estas evidencias nos llevaban a la hipótesis de que no se tratara de dos organizaciones diferentes, sino de una sola. Surgían entonces las preguntas: ¿cuál era su campo de operación, San Juan de Los Terreros o Almerimar? ¿Por qué eran conocidos en Almerimar, tan lejos de sus residencias?

Las respuestas empezaron a llegar cuando se descubrió atracada en el puerto de Almerimar una lancha intraborda que era utilizada por varios individuos residentes en las poblaciones ya descritas. Pero seguía sin despejar la incógnita principal: ¿el alijo

lo hacían por Almerimar o por San Juan de Los Terreros, dónde podían tener mejor cobertura a la hora de almacenarla?

El punto de partida ya lo teníamos: la lancha atracada en Almerimar, elemento primordial e imprescindible para este tipo de operaciones; era cuestión de esperar, de paciencia; como el conejo a su madriguera o la abeja a la miel, los individuos tendrían que ir a la lancha.

La espera no fue muy larga ya que a mediados de mayo comienzan a llegar distintos miembros de la organización, que subían y bajaban de la lancha, arrancándola quizás con el propósito de tenerla a punto. Estos movimientos nos sirvieron para ir identificando a cada uno de ellos, los vehículos que utilizaban, y los hoteles en los que se alojaban, si bien el mayor tiempo lo empleaban sentados en la cafetería de uno de los bares del puerto. No reparaban en gastos, su nivel de vida era alto.

Durante las vigilancias se detectó el uso que hacían de equipos de radio de transmisión, así como de radioteléfonos, sin otra finalidad aparente que la de ofrecer seguridad y apoyo a las gestiones relacionadas con el tráfico de estupefacientes..

Una vez tuvimos información de cada uno de sus miembros y de los medios técnicos con los que contaban, nos dimos cuenta de que no estábamos ante una organización cualquiera, sino que disponían de una dilatada experiencia, ya que casi todos procedían del contrabando de tabaco, y, por lo tanto, no dejaban nada a la improvisación, calculaban todos los detalles, incluso hacían maniobras de salida con los vehículos de Almerimar para ver si eran seguidos.

No es frecuente, pero tampoco inusual en el mundo del narcotráfico (ya lo hacían los contrabandistas de tabaco), la filtración de noticias sobre imaginarias operaciones que van a realizar, dando todo tipo de detalles de las mismas, lugar, día, etc con el solo fin de desviar la atención de la Policía y tener el campo libre para realizarlas por otros lugares. Para ello solo les basta con tener a la persona adecuada, a la que informan sabiendo que esta va a pasar la noticia a las Fuerzas de Seguridad del Estado.

El análisis y comportamiento de esta organización es la que nos hizo pensar que la operación de tráfico de drogas que unos meses antes iba a tener lugar por San Juan de Los Terreros y que nos hizo acudir a ella, no fue nada más que una maniobra de distracción para desplazarnos hasta esa localidad y tener así el campo libre y realizarla tranquilamente en Almerimar o cualquier otro lugar. Como en la Comisaría de Almería no contaban con la cobertura para filtrar la noticia, nos la hicieron llegar a través de otra Comisaría, a sabiendas que esta la transmitiría y picaríamos el anzuelo.

De lo metódica y concienzuda que era la organización, da buena cuenta el hecho de que todos los días, a la misma hora, se desplazaban desde Almerimar hasta el Puerto de Almería, con el solo fin de controlar si la lancha del Servicio de Vigilancia Aduanera se hacía a la mar.

Ante tales maniobras nos vimos obligados a no realizar seguimientos, sino simplemente a tenerlos controlados, para ello nos buscamos un “nido de águilas”, desde donde divisábamos todo el puerto, la lancha y la terraza del bar donde se reunían. Si salían con el vehículo siempre íbamos delante.

Llegamos así al día 8 de junio de 1989. Desde nuestra atalaya observamos cómo tres de los individuos se suben a la lancha por la mañana y regresan al atardecer. Las causas de tan rápida vuelta la achacamos al estado del mar por la zona de Alborán, que no era el apropiado para navegar con ese tipo de lancha. Poco después se van hasta el hotel, donde reservan plazas para el día 11 antes de regresar a casa.

Efectivamente el domingo día 11 los individuos regresan al hotel y, casi acto seguido, tres de sus componentes se dirigen hasta la lancha con gran cantidad de bocadillos. Tras repostar gasolina en abundancia se echan a la mar, cuyo estado era bueno para la navegación, motivos que nos hicieron pensar que ese día era el elegido para realizar el desembarco de hachís.

Durante la tarde noche del día 11 y la madrugada del 12 se establecieron distintos dispositivos en diversos lugares de la costa, en los que se sospechaba que podrían ser utilizados para dejar la

droga. El resultado fue negativo, por lo que se opta por montar un dispositivo de vigilancia en el hotel y otro en el puerto de Almerimar.

La vigilancia del hotel da sus frutos. El policía encargado de la misma comunica la presencia de tres miembros de la organización que están pagando las habitaciones, van con gestos cansados y han cogido dos vehículos, uno ya conocido y otro totalmente desconocido, tomando dirección Almería. Al mismo tiempo, el policía de control en el puerto comunica la entrada de la embarcación.

Las dudas empezaban a asaltarnos: ¿habían consumado el desembarco de hachís? Si lo habían hecho, ¿en qué lugar? ¿Los coches llevarían la droga? Sin embargo, para el policía que esperaba a los vehículos a la llegada de Almería no las había, ya que observa cómo el turismo conocido circula en primer lugar, con los medios de transmisión en la mano mientras el segundo iba ocupado por una persona sola a una cierta distancia. Rápidamente se da cuenta de que este último vehículo va muy hundido por la parte trasera con síntomas de soportar un fuerte peso.

Para no agotar todas las posibilidades en el caso de que no fuese la droga lo que llevase el coche, se decide que sea un vehículo Z de la Policía el que intercepte al segundo turismo como un servicio rutinario, pero para ello tendría que estar oculto y esperar a que pasase el primero de los vehículos. Tendría que ser una operación precisa y rápida para evitar que alertasen a los ocupantes de la organización que abrían el camino; el momento de la intervención sería una vez de que el coche guía y el coche policial camuflado pasasen a la altura de la estación de Renfe, -lugar elegido- y se alejasen carretera de Ronda en dirección Murcia.

La intervención resultó un éxito total. El coche patrulla intervino en su momento justo, comunicando al coche policial camuflado que el servicio era positivo, el turismo iba cargado de fardos de hachís. Una vez conocido el resultado de la operación, el grupo procede a la interceptación y detención de los componentes que iban abriendo camino sin darles tiempo a que avisasen al resto de los integrantes, que posteriormente fueron asimismo detenidos.

Lo que nunca nos quedó claro fue el punto en que la lancha tocó tierra para desembarcar el hachís. Poco tiempo después han sido muchas las intervenciones realizadas en San Juan de Los Terreros, algunas de ellas relatadas igualmente, pero la primera vez que volví, una de las visitas obligadas fue regresar al bar del hotel con la intención de contemplar de nuevo a mi amigo, aquel pajarito que me había deleitado con su cante, sus vuelos y por qué no, su talento, llevándome la desagradable sorpresa de que había muerto. En su lugar, la presencia de dos iguanas, igualmente sueltas, pero cuya presencia ya no resultaba tan grata.



PLAYA DE LOS DÁTILES, EN LA PEDANÍA DE SAN JUAN DE LOS TERREROS, TÉRMINO MUNICIPAL DE PULPI

XXI. SAN JUAN DE LOS TERREROS. LOS DÁTILES.

Ante el acoso que se estaba ejerciendo sobre el tráfico de drogas, con la incautación de numerosos alijos y la desarticulación de varias organizaciones, sobre todo por la parte del Poniente, los traficantes se vieron en la necesidad de buscar nuevos puntos de alijo, alejándose cada vez más de nuestras costas hacia el Levante.

Al alejarse de los puntos habituales, la autonomía de las embarcaciones no les permitía hacer el viaje de ida y vuelta sin repostar, y eso les obligó a que cerca del punto de alijo, parte de la organización tuviera que suministrarles las garrafas de gasolina para el regreso.

Posteriormente empezaron a proveerse de lanchas más rápidas y más grandes que hacían el recorrido en muy poco tiempo y les permitía tener la autonomía suficiente para realizar el viaje de ida y vuelta, sin ningún tipo de contratiempos.

Es así como nos fueron llegando noticias de que uno de los puntos que más estaba siendo utilizado para los desembarcos era conocido como los dátiles. No se tardó mucho en averiguar que el punto era San Juan de los Terreros.

Cuenta la leyenda que unos marineros de esta población iban a la deriva en una noche de tormenta, enfrente de las playas de

San Juan de los Terreros, cuando, ya muy cansados y casi muertos, encallaron en esta playa.

Al día siguiente, una vez pasada la tormenta, se dice que la playa estaba llena de nardos y todos los marineros vivos, pero cuando estos se recuperaron, dijeron que a pesar de la tormenta, el barco parecía que llevaba un rumbo fijo hacia esa playa como si algo lo atrajera.

De esta historia algo debían de conocer los traficantes, ya que durante un par de años fue utilizada por numerosas organizaciones, incluidas las que operaban en el poniente almeriense, que fueron atraídas al lugar como si de un imán se tratase, al encontrar un campo abonado, donde podían desarrollar todas las labores, sin temor a que se perdiera la cosecha.

Es así como por un tiempo las playas de San Juan de Los Terreros se convirtieron en nuestro lugar de trabajo, nuestra oficina particular, no quedó ninguna cala, playa grande o pequeña, que no llegásemos a conocer, tanto de día como de noche, viéndonos sorprendidos por la belleza impresionante de cada uno de sus parajes. En los meses estivales, sobre todo agosto, es cuando su población se incrementa de veraneantes procedentes de la vecina ciudad de Murcia. El resto del año resulta un lugar de una paz y reposo que reconforta a las mentes más excitables. Durante el día, el calor puede resultar sofocante, pero durante la noche la proximidad del mar trae una brisa agradable que evita la sensación de bochorno.

Alejadas del pueblo existen varias urbanizaciones ocupadas por alemanes e ingleses que suelen acercarse por la noche hasta el Restaurante-Hotel y, sentados en la terraza, degustan las riquísimas paellas que ofrecen a sus clientes y que no tienen nada que envidiar a la célebre paella valenciana. Nosotros paella no comíamos, pues ni la economía, ni el trabajo no los permitía, pero más de un bocadillo y alguna que otra cerveza sí que degustamos, sentados en esa terraza, que resultaba un punto estratégico para el control de cualquier vehículo que llegase a la población, tanto procedente de Águilas como de Almería o Pulpí.

En muy poco tiempo interceptamos varias operaciones de narcotráfico, lo que nos llevó a la desarticulación de un puñado

de organizaciones, compuestas algunas por ciudadanos españoles y marroquíes y otras integradas solo por marroquíes. Estos, hartos de ser engañados por los primeros, ya habían llegado a establecer sus propias bases, sin necesidad de contar con personas del lugar que les dieran cobertura. Estas intervenciones policiales llevaron a terminar con la leyenda de que San Juan de los Terreros -Los dátiles- era el lugar perfecto, el idóneo, en el que podían campar a sus anchas.

De los engaños entre los narcotraficantes podríamos relatar muchos. Uno de los más frecuentes era el siguiente: el español encargado de la recogida de la droga se ponía de acuerdo con otros "colegas" y, a la hora del desembarco, ya con la presencia de los individuos marroquíes transportadores de la droga y con esta en la playa, interrumpían en la escena del alijo, dando voces de "¡alto, Policía!", disparando alguno que otro tiro. El primero en salir a toda prisa en la dirección ya pactada con sus amigotes era el español, que arrastraba en su huida al marroquí o marroquíes que se habían quedado en tierra. La operación era perfecta, el español se justificaba ante el jefe de la mercancía con el aval de los marroquíes que lo alababan pues gracias a su conocimiento habían podido escapar a la acción de la Policía, y los beneficios resultaban de escándalo para los estafadores, que eran conocedores de que en ningún caso habría denuncia de los hechos.

En toda intervención policial de este tipo, por muy bien que se planifique (en la mayoría de los casos no da ni tiempo para eso) sobre el papel o en la mesa del despacho, siempre surgen una serie de contrariedades, contratiempos, adversidades, infortunios, que hacen que lo que parecía ser fácil, casi un paseo, resultase peligroso, llevando a los actuantes al sufrimiento, a la angustia, amargura, pesadumbres y un sin fin de penalidades. En muchos de los casos se sale de la situación echando mano del ingenio.

No fueron una excepción cada una de las intervenciones desarrolladas en las playas de San Juan de los Terreros. Todas tuvieron de todos estos ingredientes. Es difícil precisar cuál de ellas llegó a tener más o menos sal, pero sí que el sabor final resultó en todas picante.

De todas ellas vamos a relatar una, compuesta íntegramente por ciudadanos marroquíes, elegida quizá por ser la organización que nos hizo descubrir que el lugar conocido como “los dátiles” era San Juan de Los Terreros.

Todo empezó en un día caluroso del mes de septiembre del año 1998. El calor era sofocante a las tres de la tarde, en un barrio periférico de Almería. El bochorno y el polvo en suspensión hacían que tuviera una sensación de sequedad constante en la boca. A mi compañero y amigo le sucedía igual, lo que nos hacía ir constantemente hasta la única y pequeñita tienda que había en la calle, para aprovisionarnos de las reconfortantes botellas de agua, tan heladas que teníamos que dejarlas unos minutos para poder dar un trago. Como la tarde parecía ser larga, nos aprovisionamos de un gran número de paquetes de pipas, que nos hacían tener mayor sequedad. Con parsimonia íbamos degustando las pipas y agotando las botellas de agua, mientras escuchábamos la música del aparato de radio del coche. Sobre las 18 horas y con la voz de Adriana Fernández cantando (“... *me gusta ver el pájaro en el aire, que vuela como el viento siempre libre, sin rejas ni cadenas que lo amarren...*”) ocurrió algo que nos hizo olvidarnos de las pipas, el agua y la música y ponernos las pilas. Y es que nos encontrábamos en ese barrio para controlar los movimientos del individuo marroquí, que vivía en esa misma calle por su supuesta implicación en el tráfico de drogas. En aquellos momentos salía del domicilio con otro sujeto cuyas características personales no dejaban la más mínima duda que se trataba de un compatriota del vigilado.

Los dos marroquíes salen y se dirigen hasta un vehículo aparcado en las proximidades, un Ford sierra que nos resultaba totalmente desconocido. Durante varios minutos lo examinan, abriendo las puertas, el maletero, y comprobando las luces. En la tienda compran algunas cosas y varias botellas de agua, regresando de nuevo al domicilio.

Pocos minutos después vuelven a salir del edificio, portando varias bolsas con bocadillos, las botellas de agua y ropas de abrigo que meten en el vehículo, tomando dirección Murcia por la autovía, conduciendo la persona que no teníamos identificada.

Mientras nos disponíamos a realizar las inesperadas, pero previsibles llamadas a los demás compañeros que, al ser fin de semana, disfrutaban de unas horas de ocio con mujeres y niños, pensábamos que en el fondo habíamos tenido suerte con que nos hubiese tocado “retén” a nosotros, ya que no nos cabía ninguna duda de que la salida de los dos individuos con los bocadillos y la ropa de abrigo nos llevaría a pasar, una vez más, bastantes horas alejados de la familia.

Las llamadas se fueron sucediendo una a una, con los consabidos comentarios de las mujeres, que contestaban en un tono entre indignadas, atónitas y desesperadas, pero a la vez resignadas al comprender los avatares de nuestra profesión.

Iniciamos el seguimiento, con el convencimiento de que en menos de media hora, tanto en las dependencias del Grupo como en las oficinas del SVA, todo el personal estaría listo y saliendo en nuestro apoyo.

Desde ese momento, el problema era intentar que los seguidos no se percatasen de nuestra presencia, pero entendiendo que no teníamos más remedio que someterlos a un riguroso control, ya que, aunque suponíamos que el viaje iba a ser largo, por la hora temprana en que se habían puesto en marcha, ignorábamos por completo el destino de los perseguidos.

Monótonamente fuimos pasando las distintas salidas de la provincia de Almería y cuando todo nos hacía sospechar que terminaríamos en las costas de Murcia o Alicante, al llegar a la salida Norte de Huércal Overa, el vehículo se sale de la autovía y toma dirección el pueblo de Pulpí. Mientras íbamos circulando por la estrecha carretera, contemplando el paisaje, desde donde se divisaban grandes bancales sembrados de lechugas, de un verde intenso, cuyas hojas estaban siendo refrescadas con el agua rociada que desprendían los espesores, recordábamos algunas de las intervenciones realizadas en esta localidad contra organizaciones de narcotráfico cuyos componentes eran de origen inglés y que para introducir la droga en Inglaterra usaban como tapadera la carga legal de las lechugas.

El itinerario y el punto de destino ya lo teníamos claro, no podía ser otro que las playas de San Juan de Los Terreros. La única

pregunta que nos hacíamos era ¿por qué no han tomado la salida de Cuevas de Almanzora, cuyo recorrido era más corto? ¿sería por seguridad? De las dudas nos sacaron poco después nuestros “guías”, cuando ya cerca de la localidad de San Juan de Los Terreros paran y se acercan a un vehículo estacionado, inspeccionando el mismo, pero sin llegar a abrirlo. Este pequeño detalle y el hecho de que, al pedir la matrícula, diera como resultado que las placas figuraban como denunciadas y pertenecían a otro modelo de vehículo, nos hicieron sospechar que ese sería el “burro de carga” utilizado para el transporte de la droga.

Una vez en el pueblo, decidimos darle un poco de cuerda, ya que observamos al individuo contactar con diversos individuos de origen marroquí y podíamos ser detectados, por lo que nos situamos en el punto estratégico del Hotel-restaurante, donde confluye la carretera que baja desde Pulpí con la que va desde Almería a Águilas. La idea era clara: controlar siempre la posición del vehículo, saber si el punto de alijo sería a Poniente o Levante de San Juan de Los Terreros.

Mientras todo esto ocurría, el resto del operativo policial ya estaba en marcha. El resto del terrestre llegando, el marítimo con la patrullera del S.V.A. navegando a toda máquina y aproximándose al lugar y la gran alegría es que también contábamos con el dispositivo aéreo, el helicóptero del S.V.A., que en poco tiempo sobrevolaría por la zona.

A las 22 horas, y ya siendo noche cerrada, el Ford Sierra toma dirección Poniente y a la salida del pueblo, una vez rebasado una amplia y bonita zona de palmeras, donde solo existen unas tres o cuatro casitas de planta baja, pegadas al mar y un club de alterne, con sus variedad de luces de colores centelleantes en reclamo a los posibles clientes, se dirige hacia la playa, circulando por un camino de tierra en un paraje de maleza de considerable altura. Circula un par de kilómetros y apaga las luces. La zona es muy amplia y la oscuridad absoluta. La distancia desde la playa hasta la carretera también es de varios kilómetros. Desde la orilla del agua o de cualquiera de las posiciones, cualquier luz que se adentrase en el paraje sería divisada con el tiempo suficiente para ocultarse y salir de la misma sin que fuese descubierta.

A las 23.30 horas el servicio aéreo informa de que tiene localizada una embarcación sospechosa a levante del islote que hay en la bahía de San Juan de Los terreros, navegando totalmente a oscuras.

Todo parecía ir viento en popa. Teníamos el punto de alijo, los narcotraficantes en la playa, la lancha controlada y llegando al punto de alijo, el vehículo para transportar la droga localizado. Esta vez parecía que no íbamos a tener ningún tipo de contrariedad, contratiempo, adversidad o infortunio, y que todo se iba a desarrollar con el mínimo riesgo, sin sufrimientos, angustias, amarguras o pesadumbres. Minutos después comprobaríamos que esta vez tampoco iba a ser la de la excepción que confirmarse la regla.

Esa noche las condiciones meteorológicas no eran las adecuadas, por lo que el helicóptero tenía que volar algo bajo, motivo por el cual poco después informa de que su presencia había sido detectada por la lancha contrabandista y esta se dirige rápidamente hacia la costa. La patrullera marítima no puede intervenir al ser una zona baja de rocas y piedras. El servicio aéreo sigue informando de que la lancha sigue con su alocada huida y constantes movimientos, varando finalmente en la costa.

Por la precipitación de los acontecimientos, el dispositivo de tierra no pudo intervenir en esos momentos y no lograron localizar ni detener a los individuos que estuvieran esperando en la playa la llegada de la droga, ni a los que en la lancha venían, dada la oscuridad reinante y las condiciones del terreno, con la gran cantidad de maleza.

Ante los acontecimientos que estaban ocurriendo y encontrándonos mi compañero y yo un poco retirados de la zona del desembarco, centrados en el control del vehículo que posiblemente tendría que ir a recoger la droga de la playa, se nos aguzó el ingenio y, en vez de dirigirnos hacia el lugar de desembarco, optamos por situarnos una vez más en el punto estratégico del Hotel-restaurante.

Estábamos en las labores de instalación de las señales luminosas del coche policial, camuflado, cuando vemos aparecer

a toda velocidad, el vehículo Ford Sierra, ocupado en esta ocasión por tres individuos en dirección Águilas.

Después de varios kilómetros de persecución y de tener que cruzarle el vehículo policial, se pudo proceder a la detención de los tres ocupantes, uno de ellos el que conducía el vehículo a la salida de Almería. Pero el acompañante y jefe de la organización no se encontraba en el coche en esta ocasión. Fue un ciudadano (al que siempre estaremos agradecidos) que a aquellas horas transitaba por la carretera quien, ante el espectáculo con el que se había tropezado, no dudó ni un momento en ofrecernos su ayuda

Cuando llegamos al lugar donde la embarcación de los narcotraficantes había varado, y observé la lancha en la arena, con una cantidad de fardos tirados en la orilla del mar, no tuve más remedio que recordar aquella leyenda de los marineros y los Nardos. La playa donde la lancha había varado no era ni más ni menos que la playa de Los Nardos.

A pesar de tener a parte de los narcotraficantes detenidos, la lancha y la droga intervenida, sabíamos que entre el bosque de malezas y la protección de la oscuridad de la noche, tenían que estar ocultos un número indeterminado de narcotraficantes, entre ellos el jefe de la organización, quizás desde el punto de vista policial el más importante, pero en esos momentos el que menos nos preocupaba, ya que en caso de eludir el cerco policial sería detenido a la entrada de su domicilio, ya que él ignoraba el seguimiento policial de que estaba siendo objeto. En efecto, consiguió aprovechar los primeros minutos de confusión para eludir el control, pero no así el de su domicilio.

El resto de los narcotraficantes permanecieron el resto de la noche entre las malezas, y en número de cuatro fueron saliendo con las primeras luces del día. Cruzando la carretera de uno en uno fueron tomando el monte y por el mismo se fueron retirando del lugar, evitando siempre los caminos y la carretera, ignorando que su ajetreada y penosa huida estaba siendo controlada en todo momento desde la distancia con la ayuda de los prismáticos. Siendo ya las 14.30 horas y a bastantes kilómetros del desembarco,

creyendo haber eludido del todo el control policial, se dirigen hacia una pedanía, donde fueron detenidos.

Del día siguiente no tengo más remedio que evocar una sonrisa al recordar a un querido compañero y amigo. Hombre de pocas palabras, pero de reacciones insospechadas. A veces o más bien casi siempre, taciturno y testarudo, pero con una profesionalidad y sapiencia a los que muy pocos policías llegan. Dominaba con notas altísimas todas las facetas de la profesión: las esperas, como él solo, echado sobre el asiento del vehículo podía permanecer interminables horas, sin que supiésemos si estaba como un lirón o al acecho como el águila. Los resultados daban ganador al águila. Le gustaban las transmisiones claras y breves. Los seguimientos, tanto en vehículo como a pié, los ejecutaba con una pericia y perfección digna de los mejores felinos detrás de su presa. La instrucción de las diligencias, las dominaba con gran agilidad mental, como una ardilla, royendo nueces, encerrado en un despacho, que cerraba por dentro y en el que no permitía la más mínima intromisión, permaneciendo muy concentrado en redactar los hechos acontecidos con la mayor veracidad, haciendo teclear la máquina de escribir -no había ordenadores- a un ritmo acompasado, ya que no era un virtuoso del teclado.

A los dos nos tocó desplazarnos a San Juan de los Terreros con el objetivo de realizar un reportaje fotográfico como complemento a la instrucción de las diligencias por los lugares en que se había desarrollado la operación. Mientras él preparaba la máquina fotográfica, yo alistaba el vehículo, un todo terreno que él me insistía en que llevásemos. Ante su tardanza lo llamo (¿qué te falta? -Ahora voy, que estoy preparando una cosa-). Al rato lo veo llegar, con la cámara de fotos, un casco de motorista, un hacha y una escalera que habría cogido de algún departamento y que mete en el vehículo. Le pregunto: “¿dónde vas con casco, hacha y escaleras?”. Su respuesta, parca como siempre: “luego lo verás”.

Una vez hecho el reportaje fotográfico, me indica; “vamos al núcleo aquel de palmeras”. No le pregunto nada, me acerco a las palmeras y aparco. Lo dejo hacer y veo cómo se pone el casco, saca las escaleras y, cogiendo el hacha, intenta cortar alguna rama

de dátiles. Como es más bien bajo, apenas llega a las ramas, pues las más bajas ya se las había llevado algún que otro dominguero. Riéndome le digo; “¿y ahora qué, tanto preparativos para nada?” No contesta, sólo mira a las palmeras, pero en todas ocurría lo mismo, los ramos estaban muy altos. Pero él lo tenía muy claro, había ido a coger dátiles y tenía que coger. Dando muestra de su testarudez, acerca el todo terreno a una palmera lo más próximo que pudo y cogiendo la escalera la sube encima y agarrando el hacha logró cortar varias ramas, no sin recibir multitud de pinchazos y arañazos de las hojas.

Una de esas ramas todavía perdura en uno de los armarios de nuestras oficinas con un papelito en el que consta “Operación dátiles”.



VISTA AÉREA CAPTADA EN EL LITORAL DEL LEVANTE ALMERIENSE.

XXII. DE LAS PLAYAS A MAR ABIERTO (DEL MENOR AL MAYOR TRAFICANTE).

Cualquier profesional del ramo que sea siempre sueña con el golpe de suerte, la fortuna, o la fórmula para encontrar el camino que le guíe a escalar las cimas más altas dentro de su profesión, aunque los intereses que busquen sean distintos en cada caso. El taxista busca diariamente encontrar la mejor carrera que le haga ganar dinero; el periodista, esa noticia en exclusiva que lo catapulte a la fama; el escritor, el mejor guión para su libro que le de fama y dinero;; el inventor, la gran formula que lo lleve a la creación del invento del siglo y entrar en los anales de la historia, y el Policía, el descubrimiento de la pista que le lleve a resolver el gran caso que le haga ascender de forma meteórica en su carrera. El refrán dice: “la suerte no viene sola, hay que buscarla”

En el Grupo este golpe de suerte se produjo, aunque también es cierto que hubo que buscarla, que trabajarla, que ir escalando tramo a tramo los peldaños de la escalera, que ir tirando poco a poco del hilo para desenrollar la madeja.

Habían transcurrido unos doce años de actividad y funcionamiento, con diversos avatares, cambios y alternativas, pero con un amplio y fenomenal bagaje en trabajo y resultados, cuando nos llegó el caso soñado, el golpe de suerte. La lotería

surgió después de un largo camino con intervenciones sucesivas contra la organización más poderosa en el tráfico de hachís que por aquellos tiempos existía y que culminó con la detención del máximo dirigente de la misma, personaje únicamente conocido en los archivos policiales de medio mundo por el apodo o alias que usaba. Con los resultados conseguidos, el Grupo llegó a su cúspide más alta, a esa gloria perseguida de cualquier profesional.

Puede considerarse este punto como el de la línea de inflexión del Grupo, el antes y el después en su historia, debido a diversas razones, pero sobre todo por el aumento de las tecnologías que hicieron que los métodos de trabajo cambiasen tanto para los narcotraficantes como policialmente.

- Con la llegada del GPS, los narcotraficantes no necesitaban para llegar a nuestras costas de la ayuda de las luces de los faros, ni de la presencia de personal en tierra que le hiciesen las señales luminosas oportunas para desembarcar la droga.
- Las cámaras térmicas, -en sustitución de los visores nocturnos-, que, con su amplio campo de visión, blindan las costas en un altísimo porcentaje, sin necesidad de que el personal tenga que permanecer en las primeras líneas de playa.
- La proliferación de los teléfonos móviles, que hacen que los contactos sean fluidos y continuos telefónicamente, evitando así las entrevistas personales que cualquier cambio de última hora se pueda producir entre los narcotraficantes en el desarrollo de una operación de este tipo.
- Las intervenciones telefónicas, como prueba básica, que permiten al investigador conocer detalles del desarrollo de cualquier operación sin necesidad de estar continuamente pegados a la sombra de los narcotraficantes.

Es verdad que con todas estas tecnologías, que a nosotros nos iba llegando con cuentagotas y con muchos años de retraso con respecto a las organizaciones criminales, el trabajo se hacía mucho más asequible y seguramente mucho más eficaz. Pero también es cierto que se iba perdiendo la calle, la adrenalina, ese juego del

gato y el ratón, el contacto personal diario entre policías-narcos, tú lo intentas y lo consigues o no, yo lo intento y te lo impido o no.

Nuestros primeros años eran de lucha, de fatiga, de sufrimientos y penalidades de pisar continuamente las calles, de conversaciones con amigos y conocidos que nos pudiesen aportar cualquier dato para investigar. Quizás por ser la mayoría de los componentes de edad avanzada, nuestras formas de trabajo se parecían a las formas de trabajo del viejo policía, de aquel policía que no tenía la escuela académica, pero tenía el oficio aprendido en las esquinas, el que había dejado olvidados los libros y buceaba en las calles, el de horas y horas de plantones.

A partir de esta línea, ganamos en comodidad, desahogo y tiempo. Ya no había que hacer demasiados plantones, seguimientos, ni entradas en la playa. En la mayoría de los casos los conocimientos sobre los narcos eran prácticamente nulos. Nuestro sistema de trabajo ha cambiado. Hemos sustituido las calles por la oficina, los vehículos por las sillas, los visores por la máquina de escribir -más tarde los ordenadores-, en definitiva nos convertimos en oficinistas, en mecanógrafos. Puestos a elegir qué sistema de trabajo elegiríamos veinticinco años después, los que hemos vivido ambas épocas elegiríamos la primera sin ningún género de dudas, seguramente por nostalgia.

Valga como ejemplo de todo lo expuesto, la narración sobre la desarticulación de esta organización dedicada al tráfico de hachís que marcó dos ciclos de tiempo dentro del grupo y que resultó para nosotros ser agraciados con el premio gordo de la lotería.

Constantemente nos iban llegando informaciones en el sentido de que en una casa de una barriada de Almería se veía la entrada y salida continua de jóvenes, que al parecer iban a adquirir droga. Los datos no eran muy precisos, pero ante la insistencia de las llamadas de algún vecino ocioso, -al no existir en aquellos tiempos dispositivo policial dedicados al menudeo de tráfico de hachís- se opta por sacar tiempo del poco del que disponíamos para comprobar la veracidad de los hechos. Sabia decisión aquella. Tras varias vigilancias y plantones, se comprueba que los hechos eran reales.

Se trataba de un matrimonio con varios hijos pequeños. El padre de familia, obrero de la construcción, había decidido cambiar el palustre por la venta de hachís en pequeñas dosis o posturas, que a la postre le reportaban más dinero. En realidad no era ni más ni menos que uno de tantos casos como teníamos. El camino a seguir era fácil, el habitual, rellenar unas cuantas actas y proceder a la detención del individuo.

Pero esta vez cambian las cosas. El motivo: la corazonada, o cabezonería de un componente del grupo. Sus argumentos: esperar y averiguar quién le sirve la mercancía.

La investigación sigue su marcha con vigilancias y plantones. Pasado un tiempo se llega a tener la casi completa seguridad de que el responsable de proporcionarle la mercancía era un chico, bastante joven, alto, delgado, que vivía en la misma barriada, con el que se había entrevistado varias veces, dándose la circunstancia de que después de estos contactos, el propietario de la casa reanudaba la venta, que había cesado horas antes por falta de material.

El primer tramo de escaleras ya se había subido, así como la primera tirada del hilo. Los pasos a seguir, la vigilancia del chico; del suministrador de la droga.

La identidad del joven no se tardó mucho en averiguar. Bastaron unas simples gestiones y el conocimiento de su ascendencia materna. La madre se había criado y compartido juegos con alguno de nosotros que procedíamos de la misma barriada. De buena familia y posición más o menos desahogada, al llegar a la mayoría de edad, decidió variar el rumbo sencillo y familiar de su vida hacia los mares tempestuosos de la noche, donde conoció los peligros constantes de la vorágine nocturna. En ella conoció a muchos hombres. Con algunos convivió y, lejos de encontrar la confortable estabilidad, halló desequilibrios y vaivenes.

Centrada la investigación en el entorno familiar, se descubrió la estrecha relación que el joven mantenía con el nuevo compañero sentimental de la madre. Una mañana en que ambos salen en el vehículo que el mayor usaba, fueron seguidos y, ante nuestra sorpresa, nos llevan hasta un puerto deportivo donde se suben en una potente lancha, en la que manipulan y arrancan los motores, para finalmente volver al domicilio.

Ajustada la indagación sobre el nuevo personaje aparecido, lo obtenido no dejaba de ser de sumo interés para la investigación policial, ya que se trataba de un individuo de raíces gallegas, con amplios antecedentes policiales por narcotráfico y contrabando de tabaco. Estaba claro que el objetivo de la lancha no era el recreo sino el transporte de hachís.

La investigación había dado un vuelco completo. Ya no estábamos ante el albañil que vendía porciones o dosis de hachís, sobre todo a los jóvenes, ahora nos encontrábamos ante el narcotraficante, el contrabandista que aportaba o tenía los medios necesarios e imprescindibles para el transporte de la droga.

De nuevo habíamos subido un tramo más de las escaleras. La madeja seguía desarrollándose, el hilo escogido era el bueno.

Y es en este estado de la investigación cuando echamos manos de las antiguas pero nuevas para nosotros tecnologías, en este caso la intervención telefónica del número de teléfono usado por el narcotraficante de procedencia gallega.

Un buen día, a través de estos medios, llegan a nuestros oídos un apodo y un número de teléfono móvil. No parecía decir nada, pero la agudeza y el instinto policial nos indicaban que ese número de teléfono había que comprarlo, que era el décimo de lotería que nos llevaría a alcanzar el premio, el último tramo de escaleras que nos faltaba por subir, el último tirón del hilo que acabaría con la madeja desliada.

El décimo de lotería se compró. La suerte estaba echada.

La máquina de escribir de la marca Olivetti se convirtió en mi compañera sentimental inseparable, durante muchos meses, demasiados meses, más de un año de interminable trato, acariciando sus negras y frías teclas diaria y continuamente, desde las nueve de la mañana hasta las tres o las cuatro de la madrugada del día siguiente. En muchas ocasiones, en los días en que las operaciones de tráfico se retrasaban hasta las seis. Durante esa época conocí a tres intérpretes de árabe. El primero iba solo dos horas por la tarde, había que ir a recogerlo y llevarlo a su domicilio. En verdad no se enteraba de nada, pero en defensa de él, hay que decir que tampoco cobraba. Resultado: cintas acumuladas y cabreos. El segundo, impresionante y

extraordinaria persona. Empezó con sus traducciones a darle forma a la investigación, permaneciendo al pie del cañón, sin ir la mayoría de días a comer a casa. Tomábamos un aperitivo en algún bar y vuelta al trabajo. Este llegó a cobrar algo, pero mal y tarde. El tercero, el más académico, sí que cobraba y apuntaba las horas.

Mientras tanto, el otro componente del grupo que había insistido en continuar con la investigación, dotado de ese arsenal técnico con el que contábamos, -delante de un ordenador viejo, de recortes caseros, importados de alguna casa de amigos o de algún deshecho bancario- continuaba empotrado en una silla, intentado reflejar las andanzas del individuo gallego y su joven acompañante.

Hecho el rodaje inestable de los primeros meses, la investigación empezó a dar sus frutos:

El responsable, y única cabeza de la organización, un solo individuo, de nacionalidad árabe, afincado en algún lugar del mundo, posiblemente España. Con conexiones en toda Europa y Marruecos. Trabajador infatigable, sus jornadas empezaban a las diez de la mañana y terminaban entre las cuatro y las seis de la madrugada del día siguiente, sin fines de semana, ni horas de comida. Todas sus conversaciones en árabe, excepto algunas en inglés. Con una red de compra, venta y distribución del hachís que podría ser la envidia de cualquier gran marca comercial.

El principal problema en la investigación radicaba en llegar al conocimiento suficiente para distinguir:

- Las redes que usaba para la compra y adquisición del hachís. Compuesta por individuos de nacionalidad marroquí e instalados en Marruecos.
- Red encargada del transporte del hachís desde los almacenes en Marruecos, hasta el punto de embarque a los barcos, veleros y lanchas de los compradores. También de nacionalidad y residencia marroquí.
- Red de almacenaje, y distribución a los compradores en España, de nacionalidad marroquí, pero con residencia en España.
- Y, sobre todo, localizar el punto del Mediterráneo, el lugar de nuestras costas donde se llevaba a efecto el trasbordo de la mercancía.

Con el tiempo llegamos a distinguir a cada una de estas redes, por lo que podíamos saber en cada momento qué clase de operación se realizaba, si de compra o de venta. Si era venta, sabíamos cuándo era en España, pero nunca el lugar donde se desarrollaba la operación. Nunca daban referencias. Estas operaciones se sucedían dos o tres veces al día.

También pudimos, partiendo del punto de salida en las costas marroquíes, donde sospechábamos podía originarse la salida de las lanchas porteadoras de la droga, establecer el punto de trasbordo en el mar. La investigación ya estaba madura, solo faltaba recoger la fruta que diese el premio a tantas y tantas horas de trabajo.

En las conversaciones que se producían entre los componentes del grupo manteníamos la tesis de que teníamos controlado casi en un 80 % todo el tráfico de hachís que llegaba a nuestras costas. Es posible que parte de razón tuviésemos en lo referente a la droga que tocaba tierra en nuestra provincia, pero no las que pasaban sin tocarla, en eso sí estábamos verdes e ignorantes.

La confirmación nos llegó con la recogida de la cosecha. En muy poco tiempo, fueron cayendo, en diversas operaciones marítimas, distintas organizaciones de origen europeo cuando transportaban la droga, utilizando los medios de transporte marítimos, barcos, lanchas, veleros. Las estadísticas del grupo fueron creciendo, pasando a sumar la mercancía de los alijos, de kilos a toneladas.

Sin embargo las caídas y pérdidas sufridas parecían no preocupar lo más mínimo al responsable del tinglado, quizás porque él ya había cobrado y entregado la mercancía. Sus redes de distribución seguían intactas y clientes tenía en abundancia; razón por la que tenía que seguir con su frenética actividad.

Habíamos subido el último tramo de escaleras y solo nos faltaba el escalón final, la madeja desliada a falta del último tirón, pero ese momento parecía no llegar nunca, el premio gordo se resistía.

Fue en una mañana espléndida, ya cerca del mediodía, con un sol radiante entrando por las ventanas de las dependencias policiales, cuando el ruido del equipo de grabación se pone en marcha y, por primera vez en muchos meses, la voz que surge del aparato,

no es en árabe, sino en perfecto español. La voz que responde también lo hace en español. El motivo de la llamada telefónica: quejas por no ir al aviso de instalación de una antena parabólica. Excusas del empleado y como si estuviese escuchando nuestras plegarias, señala: "deme usted de nuevo su dirección". El silencio en el despacho era absoluto, la espera eterna. La voz no se hizo esperar: calle, número y población fueron saliendo pausadamente, sin prisas, - para que no hubiese errores en la anotación-, por los altavoces, del aparato, del viejo Uher, que fueron impregnado la atmósfera del despacho con aires de victoria y de inmensa alegría.

El momento había llegado, la escalera había llegado a su fin, la madeja totalmente desenrollada, el número comprado había resultado agraciado con el premio gordo de la lotería.

El sonido del timbre del portero automático no sorprendió ni lo más mínimo al ocupante del chalé de aquella urbanización de la Costa del Sol, ya que esperaba la llegada de unos empleados para la instalación de una antena parabólica. El brillo de las placas policiales le hizo salir de su error. El apodo ya tenía identidad.

Gracias al éxito de esta operación fuimos plenamente conscientes de que las tecnologías funcionan y que los métodos de trabajo tenían que cambiar, cosa que no costó demasiado tiempo asimilar. Pero ¡qué recuerdos lo de aquellos primeros años!; añorados con nostalgia, tuvieron peligro, trabajo, penas, sufrimientos; pero también momentos inolvidables, triunfos, compañerismo, y lazos de amistad irrompibles. Formamos una gran familia.

Nadie puede quitarnos ese recuerdo. Lo llevamos grabado en el último y más apreciado rincón del alma.

José Villanueva Zamora

(Almería, 1947) ingresó en el Cuerpo Nacional de Policía en septiembre de 1970. Estuvo destinado en sus primeros años en Madrid y Barcelona como agente de patrulla. Esa experiencia, en contacto directo con la realidad de la calle en las dos mayores ciudades españolas, le hizo desarrollar una extraordinaria intuición en la lucha contra la delincuencia. Destinado en la Comisaría Provincial de Almería desde principios de la década de los 80, estuvo desde un primer momento muy vinculado a investigaciones sobre tráfico de drogas.

Estos conocimientos le valieron para ser elegido como uno de los fundadores del Grupo de Estupefacientes de la Comisaría de Almería, en el que permaneció hasta su paso a la segunda actividad, en el año 2007. Este equipo logró algunos de los mayores éxitos en la lucha contra el narcotráfico de toda España, y llegó a convertirse en referente para otras comisarías, gracias a la calidad profesional de sus componentes, a la originalidad de sus métodos de trabajo y a la gran cohesión que lograron como grupo.

Media docena de hombres, de curtidos policías. Largas noches de vela agazapados tras los matorrales en solitarias playas de la costa almeriense, al acecho de cargamentos de droga. Muchas horas de muchos días escudriñando los movimientos de personas, localizando garitos, recorriendo intrincados vericuetos de invernaderos o cañaverales, hablando con confidentes, localizando información. En unos años en que los teléfonos móviles o los GPS no eran de uso corriente, un simple detalle cogido al vuelo, el tono de una voz o la marca de un licor podían dar la clave definitiva para desarticular a una peligrosa red de narcotraficantes.

Las hazañas del Grupo de Estupefacientes del Cuerpo Nacional de Policía de Almería creado en la década de los 80 del siglo XX se gestaron a base de grandes dosis de profesionalidad, sacrificio, intuición, capacidad colectiva de análisis y una lealtad inquebrantable entre ellos.

Este libro narra la historia de aquel grupo que alcanzó tal prestigio profesional que incluso policías de otros países, como Francia, Holanda o Italia, requirieron su colaboración en más de un caso. Aún hoy, muchos de aquellos logros son evocados y puestos como ejemplo para las unidades policiales que se dedican a combatir el narcotráfico.